



El Príncipe
DESENCANTADO

MATRIMONIO DE CONVENIEN-
CIA Y AMOR VERDADERO

CLARA MONTECARLO



EL PRÍNCIPE DESENCANTADO

Matrimonio de Conveniencia y Amor Verdadero



Por Clara Montecarlo

© Clara Montecarlo 2018.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Clara Montecarlo.

Primera Edición.

Dedicado a;

Tamara, por mostrarme el mundo con sus ojos.

Sara, por aceptarme y quererme tal y como soy.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

PRIMERA PARTE.

LOS RESULTADOS DE UNA MALA NOTICIA.

1

La verdad quiero sentir que nada de esto está sucediendo, en serio, hago lo que puedo para no pensar al respecto, en los problemas que eso me trajo ni en todo lo que me obliga a pensar, porque, no creo que haya pensado tanto en mi vida como lo he hecho en estos últimos meses. Esto no tiene nada que ver con lo que estoy haciendo ahora, pero es bueno reflexionar, encontrarse a uno mismo para poder comprender lo que nos llevó al ahora y disfrutar tanto el presente como el futuro.

¿Quién iba a decir que divorciarse sería tan difícil? Lo peor es que siento que estoy matando a alguien al hacerlo; a mí, a mi hijo, ¡a todos a mi alrededor! Quiero intentarlo, quiero ser un buen padre, un buen esposo, pero no consigo hacer otra cosa que quedar como el culpable, porque ¿si no soy yo, entonces quién?

No soy quien dicta las leyes, ni quien ordena que se cumplan, ese es el trabajo de mi padre, es él quien firma los decretos y se encarga de que todo el mundo se comporte como las personas elegantes e importantes que pueden ser o que son, pero todo esto apunta a que yo fui quien lo causó.

Yo no tengo obligaciones, yo no puedo ser el mejor amigo de cualquiera, el jefe de todos, no sé ni siquiera por qué nací en esta realidad, en este país que no se separa de sus raíces y tengo tanto peso encima y a la vez ninguno que siento que voy a colapsar. Tal vez, si hubiese sido menos permisivo con Vanessa, si le hubiera dado un límite que no podía cruzar, esto no habría pasado.

Justo ahora me encuentro junto a mi hijo esperando por la mujer que arruinó mi matrimonio y la felicidad que creía que venía con él. ¿Estaré siendo injusto con ella? Es decir, sí, se las arregló para dejarnos a todos sumidos en este problema como si fuésemos animales revolcándose en el lodo; no soy muy bueno con las analogías, pero, eso es lo que parece, un simple chiquero. Pero, ¿quién iba a pensar que Vanessa haría todo esto? No cabe en ninguna cabeza. Ni siquiera los noticieros consiguen una explicación a todo esto.

Y, en serio, yo quiero ser quien pueda darle lo mejor a mi familia, darle todo

lo que pueda a mi hijo; él está aquí sentado, a mi lado, inocente y ajeno a todo esto porque no le he dicho, él no tiene que saberlo. Además, quiero ser el príncipe que todos esperan que sea, pero, ¿seré malo porque culpo a Vanessa de lo sucedido?

¿Es ella la culpable? Ni siquiera sé por qué me hago esa pregunta si es tan evidente. ¡Claro que lo es! Pero, no soy mejor que nadie al culparla por lo sucedido porque, es decir, ya no tiene caso pensar en ello, si quiera importa. ¿verdad? No lo hace.

Y la verdad, de algún modo, estoy agradecido por lo que sucedió porque eso me abrió los ojos, me enseñó que las cosas pueden ser peor de lo que parecen y que las personas mienten, porque es así, las personas mienten a su manera, lo hacen y se desentienden del daño que ocasionan y no les importa, así como a Vanessa no le importo hacerme esto, así como a mis padres no les importó jamás lo que me importaba a mí.

Soy un hombre hecho y derecho, de eso también estoy agradecido, más que todo por las nodrizas, un tanto por mi madre y muy poco por mi papá. Pero, sigo siendo bueno, y no me arrepiento de ello; bueno, creo que lo soy.

Estoy a gusto con lo que tengo porque prácticamente se podría decir que lo tengo todo, ¿verdad? Pero eso es nada más una impresión, no es como que pueda tenerlo realmente todo en esta vida porque, no tengo el amor de la mujer que trajo al mundo a mi querido Alfonso, ni la aceptación de mis padres, aunque eso es cosa de ellos, ellos son los que no aceptan lo que estuve haciendo, la forma en que decidí vivir mi vida y las decisiones que tomé para hacerla realidad.

Sí, entiendo un poco lo que ellos quieren decir: es algo apresurado, no es propio de un hombre en tu posición; y es verdad, puede que sea un tanto extraño pero, yo quiero que las cosas marchen de maravilla, quiero que todo tome su rumbo como debe ser y que me haga feliz, ¡Porque quiero ser feliz! quiero poder abrazar a una mujer y que sea la madre de mi hijo, no biológicamente, sino que sea una buena figura materna, que sea una persona que lo quiera y ame como su verdadera madre debería estar haciéndolo justo ahora.

Antes de todo esto, las cosas iban de maravilla, más o menos eso creía, hasta que me enteré de lo que hizo. Fue algo un tanto extraño; Antonio, uno de mis criados, me mostró la noticia de que mi esposa había sido encontrada

siéndome infiel y eso hizo un revuelo. ¿Quién le es infiel al príncipe?

No es como que esté presumiendo, o esté diciendo que soy un hombre al que no se le puede ser infiel por lo que sea, sino que no es como que le faltase algo y si es porque no estábamos juntos, eso sucede porque ella quería, no tenía que estar de viaje todo el tiempo y yo no le iba a exigir que se quedara conmigo todos los días todo el día, pero estaba seguro de que no le hacía falta más de lo que le ofrecía, aunque al parecer me equivoqué.

Claro, luego de eso, las decisiones llegaron tocando a mi puerta sin previo aviso. Debía tomarlas, elegir cual poner en acción y simplemente dejarla fluir porque debía hacer lo que me correspondía como futuro rey, lo que es prácticamente nada porque como príncipe mi única obligación, tal cual dice mi padre, solo es sonreír y verme bien. Todo ello llegó al día siguiente al que me enterase de toda esta locura; apareció como una reseña con más evidencia al respecto. La noticia iba más o menos así:

«La princesa Vanessa, la esposa del actual príncipe Diego D' la Vega, es participe de otro escándalo; como si no fuese poco lo que sucedió el año pasado que demostró su actitud infantil y caprichosa digno de una princesa nacida en cuna de oro que hizo en un centro comercial por no poder tener el vestido del color que quería y que llevo a una demanda por daños y ofensas menores, dejó en evidencia que nuestra princesa podría ofrecernos algo más jugoso y, para aquellos que creían que llegar más abajo luego de tocar fondo es imposible, no han visto los estándares de la realeza. La Princesa, se las arregló para demostrar que cuando te casas con el príncipe azul de tus sueños y lo tienes prácticamente todo, nada es suficiente ¿qué nos quedará a nosotras, las simples plebeyas?»

El príncipe aún no ha dado sus declaraciones, pero se nos ha informado que la princesa no ha llegado a su casa desde que la noticia es «noticia». Pero eso no es todo, amigos, porque no solo se tiene en cuenta el rumor de haberle sido infiel al príncipe, sino que también se ha demostrado que no ha sido la primera vez. Cientos de evidencias han salido a la luz luego de la revelación de ayer en la mañana que garantizan una vida de lujos y excesos que ha tenido nuestra querida princesa Vanessa.

No solo se ha acostado con personas importantes que no pueden asegurarnos pero que no nos queda de otra que aceptarlo, dadas las circunstancias y las evidencias ya vistas, sino que aquellos a los que no les

importa lo que piensen de ellos han dado sus declaraciones y nos han confirmado, con fotos y videos, lo que la princesa es capaz de hacer [...]

[...] así que, replanteando lo que tanto nos preocupa: ¿será que la vida de la realeza no es lo que parece?»

Y así iba. Mi querida esposa no aparecía todavía en ese entonces, así que me resigné. Comencé a aceptar los hechos y eso me hizo recapacitar. Pero, las cosas son un poco más complicado que eso. No solo el pasado, sino el ahora.

Diego D' la Vega se había despertado esa mañana con la intención de comenzar su día sin mucho apremio. Estaba seguro que las cosas estaban marchando de maravilla porque nada se interponía entre él y su felicidad. De alguna forma, estaba bien al tanto de que la vida le había sonreído incluso antes de despertar, o de nacer, por lo que, de nuevo, nada podría separarlo a él de su armonía, de su paz interior.

Daniel ignoraba su entorno, tal cual lo hacía todas las mañanas al levantarse de la cama. No le importaba que su esposa no estuviese a su lado, ya hacía varios días que no se veían o hablaban; un comportamiento normal en ella, no era nada del otro mundo y pensó que podría estar en cualquier lugar justo ahora: tal vez alguna tienda, o en algún viaje recreativo con sus amigas.

No podía exigirle mucho, no todo el tiempo una mujer consigue casarse con alguien que pueda cumplirle todos sus sueños, se excusó creyendo que todo iba bien con ella, a pesar de no saber muy bien lo que Vanessa pensaba.

Es algo con lo que tenía que vivir y lo recordaba segundo tras segundo mientras se ajustaba la corbata en el cuello: mi esposa no tiene nada que ver conmigo; se detuvo y reconsideró lo que había pensado.

Aclaró su garganta.

—No, eso no □ sacudió su cabeza intentando borrar lo pensado.

Se terminó de asear mientras a las afueras de su casa se escuchaba el bullicio del trabajo y la naturaleza: podadoras, martillos porque alguien estaba construyendo algo; el sonido de las aves cantando en los muchos árboles que rodeaban nada más esa ala de la mansión.

El Señor D' la Vega no tenía preocupaciones, nunca las tuvo y, mientras se mira al espejo, colocando cada hebra de su cabello en su lugar, confiaba plenamente en que, tal vez, era prácticamente imposible que las cosas estuviesen mal.

Y eso, de cierta forma, hizo que se sintiera realizado, cómo si se hubiese despertado luego de un sueño reparador tras un largo día de trabajo; a pesar de que no había trabajado nunca en su vida. Se terminó de acomodar su corbata, de nuevo, se rebajó un poco más el peinado, se buscó algún vello

facial fuera de su lugar y pensó que todo estaba en orden.

Puso las cosas que había usado en su lugar: su cepillo, su afeitadora, su espuma para afeitar. Todo en perfectamente ordenado justamente cómo sus padres le habían enseñado a que debían ser las cosas. Se acomodó el saco y salió de su baño completamente perfumado, apagando las luces y dejándose llevar por el sutil rocío de la mañana que permeaba a través de la ventana hasta la puerta de su habitación.

—Buenos días, Sara. ¿Cómo amaneciste hoy? preguntó Diego, tan cordial cómo podía con sus empleados.

—Buenos días, Diego; de maravilla. □ Respondió Sara, sin apartarse de sus deberes.

Sara aclaró su garganta, como si quisiera decir algo, llamando la atención de Diego, quien supuso sería así. Mantuvo su oído alerta esperando a lo que le dirían, pero su empleada de servicio no dejó salir ninguna palabra. Le pareció extraño, pero continuó caminando como si nada, pasando a su lado y volviendo a concentrarse en el mismo ritual matutino al que ya había dado partida al saludar a Sara.

—Buenos días Don Julio ¿cómo está usted hoy?

—¡Oh! Diego, por fin has despertado. □ Don Julio se apartó de lo que hacía.

Se encontraba colocando unos vasos de cristal sobre una bandeja cómo siempre lo hacía a esa hora. Pero, esta vez, dejó de hacerlo inmediatamente Diego anunció su presencia, agitándose tal cual sucede cuando alguien es descubierto haciendo algo indebido.

—Qué sucede, Don Julio, ¿se encuentra bien? Diego, comenzaba a darse cuenta que había algo diferente en el ambiente al que estaba acostumbrado.

—¿Suceder? No, no sucede nada señor. □ Don Julio se dio la vuelta y se recostó, a la defensiva, sobre la pequeña mesa apartada a un lado de aquel inmenso pasillo en donde colocaba los vasos de cristal.

—Don Julio ¿seguro que no sucede nada?

Diego ya se había detenido a inspeccionar la mirada de su fiel empleado buscando alguna respuesta o indicio que le explicase por qué se estaba comportando de ese modo. Le daba la impresión de que algo le preocupaba, de que estaba asustado, tal cual si hubiese presenciado un crimen y tuviese

miedo de confesarlo.

—Sí, señor Diego, todo está en orden, sólo estoy un poco... Don Julio intentó amainar las sospechas, necesitaba mantener la compostura □ Es solo que estoy un poco cansado □ se llevó la mano a la frente, apartando sus ojos del campo visual de su Señor e intentando parecer afligido. □ Eso es todo, no se preocupe.

—Si quieres se recuesta un rato, Don Julio, no tiene que estar trabajando todo el día.

Don Julio, le sonrió en agradecimiento, habiendo sido juzgado adecuadamente por su gobernante, sabiendo que no es bueno ocultarle nada, pero que lo hacía por su propio bien; si se enteraría, no sería a través de él. Asintió con la cabeza e intentó darse la vuelta para continuar con lo que hacía.

—No, Don Julio, vaya a recostarse de una vez, no importa, deje eso así que los vasos no van a moverse de ahí.

Don Julio, intentó que su Señor le dejase continuar, pero este insistió. Diego estaba realmente preocupado por el bienestar de Don Julio así que no dudó en usar su autoridad para que le hiciese caso.

Así qué, cómo si de un asunto de vida o muerte se tratase, Don Julio asintió con la cabeza cumpliendo las ordenes de su Señor y marchándose sin más que decir. Diego, a su manera, sintió que había hecho algo bien, ignorando por completo el motivo por el cual su mayordomo se comportó de aquella forma. Así que continuó con su camino, impávido y distraído de los asuntos del mundo exterior.

La casa estaba tan animada como siempre, todo apuntaba a que sería un buen día: el sol, la paz interior, el olor de un excelente desayuno que impregnaba la casas porque por algún motivo los que habían construido aquella inmensa infraestructura, hicieron fuera lo que fuese que preparasen allí, perfumase cada rincón sin dejar ninguno afuera. Así que, el desayuno estaba invadiendo su atención.

—Buenos días □ dijo por aquí, señalando y saludando a los empleados que se conseguía en el camino.

Se movía con el porte de todo un caballero y todos estaban atentos de sus pasos porque el señor de la casa siempre requería ser visto; no porqué él lo dijese, sino porque todos estaban a gusto trabajando con él.

Pero, de todos modos, a pesar de que las cosas marchaban de maravilla, aun podía sentir esa extraña sensación de que algo se escapaba de su escrutinio. Todos lo saludaban y apartaban la vista con temor a ser juzgados, a que pudiesen decir algo que no debían porque saben que los asuntos del señor son de él nada más. Diego sabía que algo sucedía.

Se mantuvo calmado, caminando entre los pasillos, bajando las escaleras, incomodo por tener que moverse tanto en la casa para poder conseguir un buen desayuno.

—Buenos días, chicos, cómo amanecen. □ Diego se dirigió a los cuatro criados que estaban en la cocina preparando su mesa para que él pudiera desayunar. Hasta ahora, todo iba bien.

—Buenos días □ los cuatro, al unísono, y deteniendo sus labores, se fijaron en él y respondieron al saludo habiendo embozado una sonrisa primero.

Y, casi de inmediato, bajaron sus miradas, expidiendo un vaho de preocupación. Diego, de nuevo, pensó que algo no estaba yendo como de costumbre. Le intrigaba la actitud de todos los que había saludado en los últimos minutos y se preguntaba qué era eso que los obligaba a comportarse de ese modo.

—Muy bien □ dijo, arrastrando cada silaba, dubitativo, tratando de entender lo sucedido. □ ¿Qué tenemos para desayunar hoy?

En ese momento, uno de los que estaban en la cocina, colocó ante él una bandeja colorida y visualmente muy apetitosa. Ante Diego, se encontraba una taza con un café claro cuya espuma dibujaba una perfecta D en honor a su nombre, cosa que le pareció cursi pero no de todos modos sonrió al ver.

Al lado, una copa con jugo de naranja probablemente recién exprimido porque era el tipo de cosas que le prepararían para el desayuno. En el plato, unas cinco rodajas de kiwi al lado de dos panes de carácter francés uno dulce y el otro untado con queso en crema. Y, junto a todo eso, un pequeño plato de cereal con fresas rebanadas para aportar fibra a su dieta.

—Vaya, vaya. Espectacular cómo siempre.

—Que tenga buen provecho señor. □ Quien le entregó la bandeja servida, se inclinó con un ademán de cortesía y se apartó.

Diego no estaba prestando atención a su entorno porque sus ojos estaban

evaluando y degustando lo que había en su plato con sumo cuidado. Tres de los cuatro criados que estaban haciendo sus labores diarias en la cocina, se quedaron en una esquina mascullando unas palabras incomprensibles para Diego. El joven que le entregó la comida se acercó a ellos.

Todos, jóvenes y despreocupados, atendían a un asunto con tal cuidado que no le fuese posible a Diego que supiese de lo que hablaban.

—Creo que no sabe nada □ el joven se acercó a ellos, acomodando su tono de voz para no ser escuchado.

—¿Cómo lo sabes? ¡La única mujer de los cuatros parecía sorprendida.

—Está muy tranquilo. ¿No lo ven? Los cuatros se fijaron en Diego, quien estaba sumido en su desayuno.

—¿Quién se lo dirá? Preguntó la chica.

—Yo no □ se excusó el joven que entregó la comida.

—Ni yo. □ Dijo otro de los cuatro.

—Nadie le dirá nada, no nos corresponde decirle nada a nadie porque no es nuestro asunto. □ Este, trató de mantener el tema lo más controlado posible, sus ideas eran las más sensatas de los cuatro.

La chica esperaba contárselo en persona, mientras que el joven que le entregó la comida opinaba lo contrario; no quería hacer nada que pudiera hacer molestar a su gobernante ya que él no iba ser el portador de malas noticias. Pero, el más sensato, tenía la última palabra. Era quien más conocía a la familia porque tenía más tiempo trabajando para ellos así que sabía cómo actuar en asuntos como esos.

—Pero de alguna forma debe enterarse. □ Dijo la chica.

—Claro, pero no por nosotros. Debemos mantenernos callados porque si no... y □ cómo si hubiese llamado directamente a su nombre, Diego reaccionó.

—¿De qué están hablando?

Diego los observaba a lo lejos murmurando de cosas que no tenían asunto con él, no desde su punto de vista, pero, la forma en que se mantenían agrupados, junto con las otras actitudes extrañas de los demás en su casa, le hacía creer que algo, definitivamente, iba mal. Los cuatro, se mantuvieron callados

mientras él hablaba, y luego, también, porque no querían tener ningún problema, ni ocuparse de asuntos que pudiesen arruinar su estadía en aquella mansión.

—Este... dijo la chica, suponiendo ser la que parecería más convincente de los tres. □ No es nada, señor. Sólo estamos hablando de algo que nos sucedió anoche.

—Uhm... Diego tenía todas las de sospechar; no sabía qué podría ser ese asunto tan importante que pudiese poner a todos de esa forma, pero sabía que no era «nada».

Los cuatro se mantuvieron impávidos, procurando silencio y una extrema actitud pasiva para que su Señor no se molestase con ellos. ¿Cómo se molestaría si no sabía siquiera qué sucedía? Pero a ellos no le preocupaba eso, le preocupaba lo mucho eso le podría afectar a él.

—Vamos a decir que les creo, entonces □ Añadió; Diego no era tonto, pero tampoco tenía ganas de interrumpir su desayuno para recibir alguna mala noticia □ pero, si quieren hablar, pueden ignorar que esté aquí y seguir con lo suyo o pueden marcharse, si no quieren que los escuche..

El criado más antiguo entendió la indirecta, suponiendo que pudieron haber ofendido a su Señor.

—Oh, no, no, señor, nada que ver. No es que no queramos que no escuche es que... Trató de acomodar lo sucedido.

—Antonio, no importa, seguro no es nada del otro mundo □ embozó una sonrisa y se introdujo un bocado de su cereal. □ ¿Qué tan malo puede ser? ¿Es grave?

—Este, señor... Antonio no quería mentirle a su Señor, pero tampoco quería darle las malas noticias.

—¿Qué sucede, Antonio? Diego sonreía, ingenuo y ajeno a lo que sucedía.

Al no recibir respuesta, los miró a los cuatro, tratando de entender lo que sucedía tras escrutar sus rostros callados. Su sonrisa se mantenía, causando en sus empleados una sensación de culpa que, a pesar de no estar al tanto de lo que el otro pensaba, estaban seguro que el sentimiento era colectivo.

—Este, señor □ el joven que le entregó la comida intentó ser el primero en hablar.

—No, Luis, no. Yo le digo □ Antonio le interrumpió

Lo hizo colocándole la mano en el pecho como si estuviese evitando que cometiera un gran error, como si estuviese a punto de tropezar contra un poste. Estaba seguro que la mala noticia debía ser entregada de la forma más prudente posible y sabía que Luis no lo haría. Diego los observaba confundido; su sonrisa fue borrándosele del rostro mientras los dos se debatían quien debería decirle a él lo que sucedía.

Por un momento todo aquello le pareció que guardaba relación: la actitud extraña de Sara, de Don Julio, y de los demás que estaban en su paso a la cocina, incluyéndolos a ellos cuatro. No quería pensar en eso porque podría ser algo más complejo de lo que esperaba.

Se contuvo, prefirió mantener la mente fría para no sacar conclusiones apresuradas. En ese momento, Antonio aclaró su garganta, respiró profundo con los ojos cerrados tratando de mantener la compostura. Diego había dejado de comer.

—Señor... hizo una pausa, quería tomárselo todo con calma e imprimir esa misma sensación en él. □ ¿Realmente quiere saberlo?

Esa pregunta le dio de todo. Una extraña corriente le recorrió la espina; un vértigo desagradable a la altura del diafragma como si estuviese suspendido en una roca a lo más alto de una montaña y el cuello comenzó a molestarle como si no fuese parte de él. «¿Realmente quiere saberlo?» es el tipo de pregunta que se le hace a una persona cuando quieren ocultarte algo realmente malo. Diego quedó pálido, inmóvil y preocupado con lo que podrían decirle. Se esperaba lo peor.

—¿En serio quiere que le diga? insistió Antonio.

Antonio sabía muy bien lo que podría significar eso para él, lo grave de la noticia y lo que le afectaría si no se lo decía apropiadamente, aunque, había quedado de acuerdo consigo mismo de que, de todos modos, el asunto le dolería como una puñalada en la espalda, porque, evidentemente, eso era.

Diego no sabía cómo responder a su pregunta. ¡Rayos!... pensó, indeciso y temeroso a lo que podría decirle si decidía dar una respuesta afirmativa. Claro que quería saberlo, eso no estaba en discusión, pero, de entre todas las cosas que «podrían» ser, la incertidumbre era lo que le mataba más, así que, sin más preámbulos, ordenó sus ideas y decidió dar un paso en ciego.

—Sí, vamos. Dime. □ Dijo con confianza □ Es capaz de que no sea nada tan grave, seguro es sólo una noticia cualquiera y ustedes están tomándoselo muy a pecho. □ Embozó una sonrisa. Esperaba que quitándole importancia podría hacerlo más llevadero.

Todo apuntaba a que podría ser peor.

—Mi señor, me temo que no podré asegurarle eso. □ Antonio explicó □ no es que no quiera decírselo sino que no hayo las palabras para explicarle lo grave que es ni lo mucho que podría afectarle. Nosotros □ se volteó y miró a sus compañeros queriendo trasmitirle su pesar al Señor □ estamos preocupados por usted porque velamos por su interés y nos preocupa lo que puede hacerle daño o no, porque, de entre toda su familia, es usted y el amo Alfonso quien nos tratan mejor. Más aún que ahora vivimos en su casa, pero, creo que, de una forma u otra, deberá enterarse. □ Diego le observaba atento, escuchando cada palabra y tratando de entender a qué se refería.

—Vamos, Antonio, dime. □ insistió Diego.

Antonio se aclaró la garganta de nuevo.

—Es sobre la señora Vanessa, señor.

—¿Qué le sucedió a Vanessa? dijo, con apremio sin siquiera pensar en el asunto.

Exactamente luego de que preguntó, lo primero que le cruzó por la mente fueron una serie de accidentes desagradables que rápidamente negó sacudiéndola porque de ser así, se habría enterado mucho antes. Trató de imaginarse diferentes escenarios lo más rápido posible, pero no reparó en ninguno. No lograba asegura nada.

—No le sucedió nada, señor. No es que haya tenido un accidente ni nada por el estilo □ explicó Antonio □ Más bien, es algo que hizo.

¿Qué pudo haber hecho su esposa? No entendía por qué tanto misterio.

—Vamos, Antonio, dime que sucede. □ Diego comenzaba a desesperarse.

—Ya va, es mejor que lo vea por usted mismo.

Antonio, se giró y buscó en la mesa a su espalda el control del televisor porque sabía que a esa hora todavía estarían hablando del asunto que le concernía a su Señor. Le molestaba que tuviese que ser el quien se lo

mostrase, pero, como él mismo había dicho, tenía que saberlo tarde o temprano. Cogió el control y apuntó hacia Diego porque la tv estaba a su espalda, por lo que este se giró para ver qué le querían mostrar.

Antonio, lo encendió apuntando con el control y comenzó a cambiar entre los canales buscando uno que tuviese las noticias más recientes del día. Diego solamente miraba lo rápido que cambiaba, sin saber qué esperar ni cuál era la intención de su criado para tener tanto misterio.

—¿Qué intentas? Antonio. □ se giró sobre su hombro para preguntar.

—Ya va, señor, espera un momento. Por algún lado deben estar hablando de eso.

—¿Hablando de qué? Insistió Diego. Quería saber y no le daban las respuestas. La incertidumbre se hacía cada vez mayor.

Los demás criados, los otros tres, estaban detrás de Antonio porque suponían que así podrían protegerse de su ataque de ira. Nunca habían visto molesto al príncipe, pero se imaginaban que sería una actitud desagradable y atemorizante que podría costarles el trabajo. Sus imaginaciones, nefastas y propias de paranoicos, los obligaban a apartarse lo más que podían. Diego no era agresivo ni nada por el estilo, el criado más antiguo lo sabía; lo que le hacía tensarse era lo que podría sucederle a la estabilidad emocional de su Señor.

—Ya va, señor, ya va... repuso Antonio, sin quitar la mirada del televisor.

Diego miró de nuevo a los otros tres criados recludos detrás de Antonio. Ellos no dirán nada, pensó, para luego concentrarse en el televisor al igual que el criado más antiguo en esa cocina con la idea de que tal vez podría encontrar la respuesta en la pantalla. Y, justo cuando se fijó en ella, su petición fue atendida.

—Ahí... vociferó Antonio, al encontrar lo que buscaba.

Diego se quedó en silencio, esperando que le revelaran el secreto. Antonio le subía el volumen al programa. Era un noticiero, en donde se vía una atractiva presentadora hablando en inglés. En la parte baja de la pantalla, en una franja de color rojo que combinaba con el logo del noticiero se leía «Princesa descubierta cometiendo adulterio». De inmediato, Diego unió los cabos sueltos.

—Según informa nuestras fuentes, la princesa no ha dado ninguna declaración al respecto ni mucho menos la familia real, lo que nos deja esperando saber que opinan los reyes y el príncipe al respecto. En la esquina superior de la pantalla, en un cuadro aparte, se muestra una foto de Vanessa □ . Han pasado dos horas desde que la noticia se hizo pública a través de un portal de chismes de internet que tuvo la exclusiva...

Diego se dio la vuelta para buscar alguna expresión en el rostro de Antonio; debe ser una broma, se decía, intentando suavizar la noticia, hacerla menos real, tal vez era un sueño, tal vez confundieron los hechos y lo que sucedía eran simples suposiciones. Pero, su criado no tenía mucho que decirle.

—¿Antonio? Preguntó Diego, esperando alguna de las cosas que quería escuchar.

—Sí, mi señor, es eso lo que trabajamos de ocultarle.

—¿Es verdad?

—No sabría decirle, mi señor.

—No se sabe si el príncipe Diego D' la Vega sabe algo al respecto, ya que no ha salido al público ni se han obtenido imágenes de él luego de lo sucedido. En cuanto a su esposa, la princesa Vanessa de D' la vega, tampoco ha salido al público luego de que se hizo conocer su adulterio. A causa de la poca información que tenemos al respecto, pero en lo que sepamos más, se lo haremos saber. Mi nombre es Johana Stewart, gracias por sintonizarnos.

Luego de que terminó de hablar la reportera, Diego tragó saliva y se enderezó en su silla viendo hacía su comida. Ya no tenía ganas de comer; observaba el platillo sintiéndose ajeno a lo que podría ofrecerle, su esposa le fue infiel y hasta donde sabía, a pesar de que quería que no fuera cierto, todo indicaba lo contrario. Antonio intentó acercarse a él, pero se detuvo a unos dos pasos de la mesa en donde estaba sentado.

—Señor, ¿se encuentra bien?

—No lo sé, Antonio... dejó escapar un suspiro, casi como si se estuviese siendo absorbido por la nostalgia. □ no lo sé.

Antonio quería darle unas palabras de apoyo, lo que fuese para hacerlo sentir mejor. Intentó decirle algo, en incluso abrió sus fauces para dejar salir unas palabras que le demostraran a Diego que entendía su sufrimiento, a pesar de

que no había pasado por ello; algo de apoyo debía de estar queriendo, pensó.

Se acercó un poco más, pero, en lo que intento decir que podría contar con él, se detuvo. Diego suspiró de nuevo con un aire de nostalgia; no parecía necesitar que alguien le dijese que todo podría salir bien cuando no estaba seguro de que fuese así.

Se dio la vuelta para hacerle una seña con la cabeza a sus compañeros para que se marcharan, debía dejarlo solo.

—Si necesita algo, sabe en dónde encontrarnos, señor. □ Y los cuatro dejaron la cocina y a Diego.

Diego estaba convencido de que las cosas no podían ir peor. Por lo menos todo el asunto no era más que una sospecha, y no podría saber nada al respecto antes de que se hicieran públicas las evidencias que avalaran lo sucedido. Hasta donde sabía, todo era sencillamente eso, pero, no podía evitar sentirse decepcionado.

El desayuno pasó por su garganta como un coral entero, arrancando todo en su interior mientras iba arrastrándose y despellejándolo. No quería pensar al respecto, no quería nada que pudiese arruinar más lo que ya estaba completamente podrido. Antonio le había dicho a los que se acercaban a menudo a la cocina que no lo interrumpiesen, que el Señor requería tiempo a solas; todos lo entendieron, todos sabían por qué era así.

—No puede ser peor, estoy seguro de que no puede ser peor. □ Diego dejó caer la última rebanada de kiwi en el plato, no tenía ganas de algo ácido, no tenía ganas de nada.

Miró a su alrededor y se dio la vuelta para observar el televisor apagado; Antonio lo había dejado así para que no recordase la amarga verdad que tenía a sus espaldas. Sentía que debía encenderlo, observar todo lo que pudiese, alguien debería decirle la verdad, alguien podría notificarle los hechos de manera correcta.

—No, no... mejor no, no lo vale. □ se dio la vuelta de nuevo para fijarse en su plato medio vacío.

La única pregunta que resonaba en su cabeza era un ¿por qué? Que no lograba responderse a sí mismo.

—Es decir, ¿Qué demonios hice? □ apartó el plato, no lo quería ver más □ se supone que lo tenía todo, que podía ser feliz. Pero, ¿por qué? Esto es mi culpa □ se levantó, caminó hasta la mesa en donde había dejado Antonio el control y trató de cogerlo.

Quería intentar no hacer nada, pero se sentía en la necesidad de saber, quería saberlo todo; no podía quedarse con esa, así que, pensó en otra forma de averiguarlo.

—Vanessa... ella sabrá qué decirme. □ dijo.

Se giró para ver si había dejado su móvil en la mesa al lado del plato, pero al voltear no lo vio, así que buscó entre sus bolsillos.

—Dónde lo dejé. □ se tocó los bolsillos del saco que llevaba puesto y lo sintió □ aquí.

Diego introdujo su mano en el bolsillo en donde lo había depositado su móvil y lo cogió. De inmediato se imaginó varios mensajes de voz de Vanessa explicándole lo sucedido. Estaba seguro que ella le daría un motivo razonable, que le diría que todo era un mal entendido.

Desbloqueó el aparato y se encontró con lo que menos se esperaba: nada; de ese modo, de nuevo, una sensación desagradable le invadió el cuerpo; otra señal de que algo no andaba bien.

No cabía duda de que Vanessa no era precisamente la más comunicativa, no había hablado con ella en toda la semana, no había enviado ni un mensaje ni hecho alguna llamada, por lo visto estaba muy ocupada y no había ninguna otra explicación; por la forma en que entendía las cosas, ya debería haberse enterado, porqué, de no tener nada que ver con el asunto, con la noticia volando de la forma en que lo llevaba haciendo en ¡apenas dos horas de haber sido publicada! ¿cómo era posible que no hubiese llamado?

Respiró profundo, se acomodó el saco y salió de la cocina.

—No importa... se dijo, consolándose a sí mismo □ no importa. Esto no importa...

Lo repitió varias veces antes de encontrarse con otro empleado que pudiera demostrarle de forma diligente sus condolencias como si se tratase de una muerte. No quería que le tuviesen lastima así que caminaba con el mismo porte de caballero que siempre llevaba. Asentía con la cabeza en lo que su mirada se cruzaba con la de otros mientras se acercaba cada vez más a la puerta de su mansión.

—Que tenga un buen día, señor. □ dijo el portero.

—Gracias □ respondió Diego, embozando una sonrisa cortés y amistosa.

No tenía la intención de ser descortés, sus problemas no eran asunto de nadie, todos eran tan victimas como él de las mentiras de su esposa.

Al salir, un coche negro con dos banderas del escudo en armas de su familia lo esperaba. En frente de este se encontraba Max, su chofer y confidente.

—Buenos días, señor Diego, ¿cómo amanece? dijo, mientras Diego se acercaba. Le abrió la puerta para que ingresase.

—¿Cómo crees que amanecí hoy, Max?

—No creo que sea el mejor de sus días, pero, podría ser peor.

—Ni que lo digas □ entró al coche.

—¿Para dónde vamos hoy, señor □ preguntó antes de cerrar la puerta.

—A la casa del primer ministro, tengo una cita con mi padre.

Max se montó en el asiento del chofer y encendió el motor, haciendo mover el vehículo lentamente por el largo camino a la salida del castillo. Una hectárea de jardín separaba su humilde morada del mundo exterior.

Diego observaba los árboles pasar por la ventanilla al mismo tiempo que escuchaba al fondo las canciones del reproductor de Max; discutiéndose si realmente lo que le estaba sucediendo era real.

Esta mañana, al despertar, todo estaba yendo de maravilla, no sabía nada y todo era mejor. La ignorancia es un gran regalo que no sabemos apreciar, pensó, y estaba seguro de eso porque no había nada más doloroso que saber que la mujer que creía que amaba le apuñaló por la espalda, despiadadamente, sin siquiera pensar en las consecuencias de sus actos. Es que: un título real, un heredero, los prestigios y los lujos que sólo su apellido y su puesto en el mundo le podrían dar ¿qué demonios necesitaba para serle fiel?

El silencio de los dos hizo que Max se diera cuenta que su Señor necesitaba que le dijeran algo.

—¿Sucede algo, señor?

Max bajó el volumen de la música e intentó, infructíferamente, buscar la mirada de Diego por el retrovisor.

—¿A caso no te enteraste de lo que sucedió con Vanessa? dijo, sin quitar los ojos de los árboles que pasa

—Sí mi señor, claro que me enteré de ello. Sólo preguntaba porque quería saber cómo se encontraba. Usted sabe, uno se preocupa por su señor.

—No pongo en duda, Max.

—Claro, no llevamos conociéndonos tanto tiempo para que no me preocupen

sus asuntos. Usted sabe que lo quiero señor, y por eso me interesa que esté bien. □ Diego dejó de ver por la ventana para poder enfocarse en su chofer, quien amablemente intentaba hacerlo sentir mejor □ Por eso le preguntaba si todo se encontraba en orden; no es por nada, pero esa noticia se corrió rápido, era imposible que no me enterase, mucho menos tratando de estar al tanto de todo lo que sucede.

—Lo sé, aprecio tus palabras, Max, pero no me siento a gusto con todo esto.

Diego mantuvo su mirada fija en el retrovisor del vehículo, perdiéndose en las palabras de su chofer. No tenía ganas de escuchar a nadie, pero por algún motivo él se las arreglaba para hacerse notar.

—¿Y quién lo estaría? No es cómo que sea algo bueno que nuestras esposas no sean infieles. □ Bromeó.

—No creo que sea lo mismo conmigo.

—Ah, ¿no? ¿Por qué habría de ser diferente, señor? buscó los ojos de su Señor en el retrovisor y se fijó en ellos.

—Porque no creo que una mujer engañe a su esposo sea tan grave como que una mujer engañe al príncipe.

—Claro no, pero, ¿acaso no somos todos príncipes ante los ojos de nuestras esposas?

—Al parecer, no ante los ojos de Vanessa. □ se acomodó en la silla, inclinándose al frente para acercarse más al asiento del chofer □ Max ¿qué demonios hice para que esto me sucediera? ¿Acaso no le di todo lo que me pidió? Creí que era feliz. ¿No la hice feliz?

—No sé qué decirle, mi señor, pero por lo visto, no fue suficiente.

—Sí... pero es que... pensó mejor lo que quería decir □ no sé, Max, creo que estoy confundido.

—Ni que lo diga. Y, ¿por qué? Señor.

La pregunta retumbó entre sus orejas, haciéndole notar que no había forma de que lo entendiese siquiera si lo intentaba. Vanessa no había dejado ninguna pista al respecto.

—Por eso mismo, Max, por eso mismo. ¿Por qué? Ella lo tiene todo, Max ¡todo! Y aun así se las arregló para demostrar que no le era suficiente. ¿Por

qué?

—No sabría decirle, señor. Yo no conozco muy bien las motivaciones de su esposa.

—¿Ella no hablaba contigo cuando la llevabas de compras?

Max negó con la cabeza, decepcionado por no poderle ofrecer más nada a Diego.

—No señor, ella no es muy conversativa, y usted lo sabe.

Diego pensó que tenía razón, se resignó.

—Claro, alguien que no dice nada, debe estar ocultando algo. □ miró por la ventanilla y observó a unos cuantos hombres caminando por el campo □ ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta? dijo, reflexivo y contemplativo □ ¿Cómo no te diste cuenta, Max? se fijó de nuevo en Max □ Eres su chofer, al igual que el mío.

—Mi señor, para serle honesto, si hubiese visto algo extraño, se lo habría dicho de inmediato, pero, nada parecía fuera de lo normal, además, desde mi punto de vista, una mujer con todo lo que un hombre de su posición puede darle, no debería tener motivos para buscar aventuras en otro lado.

—¡Exacto! exclamó, inclinados aún más hacia al frente, acercándose tanto que casi podía susurrarle al oído a Max □ No lo pudiste haber dicho mejor, es decir, todo esto parece un maldito chiste. Pero, □ miró a través del parabrisas □ ¿sabes qué? tampoco entiendo sus motivaciones. □ se apartó del rostro de Max para poder hacer contacto visual □ Es decir, es un misterio, ella siempre ha sido un misterio para mí. ¿Puedes creer que no me ha mandado ni un mensaje? Nada, Max, nada. ¿Qué puede ser más importante que esto?

—No sé, □ Max volteo para verlo rápidamente y continuar mirando al frente como un conductor responsable □ mi señor, no sé qué decirle.

—Creí que la conocía, creí que sabía lo que necesitaba de ella, pero, me equivoqué.

—No me lo imagino.

Sus palabras iban saliendo conforme se sentía más tranquilo hablando al respecto.

—¿Te han sido infiel?

—Sí, mi señor, una vez.

—¿Cómo te enteraste? No creo que haya sido por las noticias. □ Diego embozó una sonrisa, seguro de que estaba ganando en una discusión que cambió por completo de rumbo.

—No, mucho peor.

—¿Peor? Cuéntame. □ Preguntó, extrañamente entusiasmado por ello. □ ¿Cómo lo superaste? Vamos a ver si puedo hacer lo mismo.

—¡Ja! se mofó Max. Estaba seguro que lo que estaba a punto de decirle no le reconfortaría mucho.

Diego comenzaba a tomarse con calma lo sucedido, Todo está bien, las cosas no son tan malas, se puede salir de esta situación. Pensó. Para él, lo peor que podría sucederle ya le sucedió, después de todo, no esperaba que las cosas empeorasen, pero, ¿no es la ley de Murphy la que dice «...si algo puede salir mal, saldrá mal»? ¡Es un completo estrés siquiera pensar en ello!

Pero, Max tenía cierto don para hacerlo sentir bien con sus palabras. Tal vez era la costumbre, la nostalgia; la conversación con su chofer estaba ayudándole a desahogar toda esa frustración que le estaba carcomiendo el pecho; tal vez porque lo conoce de toda la vida, pensó, y, como un analgésico, esa platica fue amainando la pena y el dolor que se habían apoderado de él.

Se acomodó en el medio del asiento trasero, apoyando sus hombros sobre los espaldares del asiento del piloto y del copiloto para poder acercarse más a Max. Acostumbraba a hacer eso de niño, siempre conversaban de cualquier cosa. En ese momento le invadió la nostalgia que le obligó a recordar las veces que viajaba al colegio con su chofer favorito trascendiendo en cuantos temas pudiese imaginar.

—Bueno, □ añadió Max □ lo superé llorando por un año y medio.

—¿Qué?! se sorprendió. □ Mentira, no pudo ser tan malo.

—En serio, fue realmente deprimente para mí. □ Max fluctuaba su mirada entre el camino y su Señor para hacer más dinámica la conversación □ Resulta que nos íbamos a casar, estaba seguro que era la mujer de mi vida; lo tenía todo: hermoso rostro, un gran cuerpo, una buena familia, era grandiosa en el sexo y, hasta donde yo creía en ese entonces, tenía un buen corazón.

—¿Y qué pasó?

—Dos semanas antes de nuestra boda, la conseguí fallándose a mi papá.

—¡Maldición! Que nefasto.

—Sí.

—Pero, ¿cómo? ¿Qué rayos?

—Lo mismo digo. Mi mamá tampoco se lo tomó tan bien.

—¿Qué? ¿Qué demonios le sucede a tu padre?

—No lo sé, mi madre y yo dejamos de hablarle hace años. □ Miró a Diego a través del retrovisor □ pero, sí, fue así de grave la situación.

—¡Rayos! Diego se recostó en su asiento, sorprendido; en definitiva, la forma en que se enteró fue peor. □ Qué fuerte, siquiera sabía que eso era posible.

—Ni yo, mi señor. Y, al parecer, tenían tiempo en eso; mi padre estaba muy sumido en los preparativos y siempre se reunía con ella a hablar de «cosas de la boda» levantó una mano del volante y simuló unas comillas.

—Sí, claro, «hablar» dijo, con cierto tono sarcástico.

—Exactamente.

—¿Y qué sabes de ella ahora?

—Bueno, no mucho, pero espero que no le vaya muy bien.

Diego deja un espacio de silencio para poder asimilar esa información, la noticia y el repentino cambio de ambiente que se produjo en el coche. Todo se sentía más tranquilo, cómo si el hablar las cosas las resolviese casi por completo; pero era sólo por ese momento, por ese breve instante dentro de aquel vehículo en movimiento. Sabía muy bien que inmediatamente abriese esa puerta y saliera a la calle, al mundo exterior, los problemas le darían un balazo a quemarropa con una escopeta de corto alcance. Ya sentía la presión en el pecho.

—Así que sí me entiendes.

—¡Claro que lo hago!

—Ahora que lo pienso, puede ser que podamos compartir nuestras

experiencias después. □ Suspira, queriendo sacar los problemas de sí cómo lo hace con el aire □ esto promete ser un gran desastre.

—Ni que lo diga. Es bastante nefasto ya y apenas han pasado dos horas desde que el mundo se enteró.

—¿Podrías creer que me enteré porque Antonio me mostró una noticia que estaban dando? Es decir. ¿Qué demonios? ¿Qué dirá Alfonso de todo esto? ¿Por qué le hizo esto a su propio hijo?

—Señor, esto es un misterio para mi tanto como para usted.

Diego se lamentó en silencio, fijándose de nuevo en lo que sucedía a las afueras de ese coche. Faltaba poco por llegar a los límites de su terreno, así que pronto entrarían a la ciudad y se enteraría de cómo se estaba tomando el resto del mundo su devastadora noticia.

Para él, no era más que una cosa personal, algo con lo que debería lidiar y aprender a vivir, pero, para los demás, probablemente sería una especie de escándalo retorcido y jugoso con el que podrían lucrarse.

Estaba afectado no sólo porque era su esposa; de por sí, ya era devastador ser objeto de la inconformidad de una mujer que lo tenía todo y no podía quejarse. Pero, Diego, sin importar qué, se sentía terrible porque realmente la amaba. En verdad llegó a estar enamorado de ella.

La respetaba como la madre de su hijo, la quería como una amiga y estaba, sin importa la forma en que ella nunca estaba en casa o no compartía con ellos, feliz a su lado. Sin embargo, todo pareció ser una farsa. La vida era así, y él había sido decepcionado por el amor.

—Por cierto, señor, prepárese. □ Dijo Max, justo en lo que llegaron a las puertas que divide los límites del castillo.

—¿Por qué? Diego miró confundido en dirección a Max.

—Para las cámaras.

Y, de inmediato, los focos y las preguntas comenzaron a abalanzarse sobre el coche. Las personas golpeaban con sus micrófonos y sus manos la ventanilla blindada que eran de doble cara, la cual les evitaba ver hacia adentro; pero no les importó, porque sabían que ese era su príncipe; era la casa que le correspondía cómo hijo del Rey, y nada más él usaba ese coche.

Todos querían la exclusiva, saber qué pensaba el príncipe Diego de los actos de su mujer.

—Odio a los paparazzi.

—Igual yo, señor. Igual yo.

La casa del primer ministro también estaba siendo invadida por los periodistas buscando información, acumulados a unos cuantos metros lejos de la reja que separaba la casa de la calle. Adentró pudo ver el coche de su padre y, parado junto a él, su chofer.

—Mi padre ya está aquí □ le dijo a Max. □ Me pregunto si ya se enteró.

—Lo sabrá pronto, señor.

Le dieron la bienvenida correspondiente al acercarse a la puerta e ingresó a la casa del primer ministro.

—Buenos días, príncipe Diego, por aquí, el primer ministro y el Rey lo están esperando. □ La secretaria se adelantó y lo guio por la casa.

Caminaron hasta el comedor, en donde estaba su padre cómodamente sentado a la cabeza de la mesa junto al ministro, conversando con dos platos llenos de comida. Diego supuso que a penas y los habían tocado. En lo que lo vieron, el primer ministro se levantó para saludarlo.

—Buenos días, Diego. ¿Cómo estás? preguntó el primer ministro.

La naturaleza de su pregunta le hizo creer que no se habían enterado, algo extraño tomando en cuenta la cantidad de información que ellos manejaban.

—Bien, supongo. □ repuso.

El primer ministro se volvió a sentar para hacer como si estuviese comiendo. Si el rey no lo hacía, él no podía comenzar a comer.

—¿Bien? ¿estás bien? interrumpió su padre □ ¿cómo puedes estarlo con lo que está sucediendo ahora?

Si lo sabían, al parecer el primer ministro solo quería ser cortes.

—Ya veo que te enteraste. □ diego apartó una de las sillas que estaban más cerca de él y se sentó.

—¡Claro que me enteré! Cuando me desperté todo el mundo ya lo sabía.

El Rey estaba molesto por la facilidad en que el rumor se esparció; hasta donde ellos sabían, todo no era más que eso, pero, falso o no, representaba un problema para la corona, y él no podía dejar que eso sucediera.

—Papá...

Aquella tarde, de un martes cualquiera, Diego estaba con su hijo sentados en un centro comercial. Ya había pasado tiempo desde que decidió salir al público y mostrar su rostro, por mucho que lo hubiese querido, no dejarían esconderse tanto como lo intentó. «Debes dar la cara, hijo, compórtate como un príncipe» le dijo su papá cuando le enfrentó porque no quería salir.

Ahora, en el centro comercial, esperaba a Vanessa, quien le había prometido una reunión familiar que él veía imposible de concretar.

Justo cuando creía que podía resolverlo todo, en el preciso instante en que suponía que, por lo menos, había visto una pequeña posibilidad de lograr que todo saliese bien, ella se las arregló para fastidiar mi paciencia. Aquella vez creía que íbamos al cine; sé muy bien que, de haber llegado, no habría conseguido la solución a mis problemas, pero, ¿acaso soy un romántico por pensar que podría solucionarlo de esa forma? ¿dándole una oportunidad a lo nuestro?

—Vanessa ¿dónde estás?

—Primor, ¿cómo estás? Estoy de compras con Karla, mi vida. ¿Por qué?

Diego tomó aire lo más fuerte que podía. Aquellas palabras le llegaron a la coronilla de la cabeza obligándolo a tratar de tragar toda la saliva que podía para no gritarle al teléfono.

—¿Cómo que de compras? Tenemos más de una hora esperándote, la película ya va a comenzar.

—¿Era hoy? preguntó Vanessa, despreocupada e indiferente.

Esa actitud le había metido en problemas en primer lugar, y a Diego le sobraban los motivos para no soportarla más. Estaba seguro que algo así sucedería, pero, sin embargo, en contra todo pronóstico, prefirió confiar en su palabra y creer que realmente iría, pero, lo peor que temía se cumplió.

—Creí que eso sería el martes □ añadió.

—¡Hoy es martes! grita Diego, para luego sentir que debía mantener un perfil bajo, así que lo repitió murmurando, como si de un secreto se tratase □ hoy es martes, Vanessa, se supone que íbamos al cine con Alfonso.

—¡Maldición! Lo olvidé □ dijo, sonando apenada pero no estándolo realmente. □ Dile que se lo voy a compensar cuando nos veamos.

—¡Vanessa! Diego comenzaba a alterarse cada vez más □ Esta era la salida de compensación por la vez que no pudiste ir al parque de diversiones.

—Pero ¿qué quieres que haga? se defendió, buscando la mejor forma de victimizarse □ estoy muy ocupada, Diego. Dile que lo siento en verdad.

—¡Ven y díselo tú misma! se estaba enfureciendo □ no vuelvas a dejarnos plantados...

—Lo siento mucho, querido □ Vanessa actuaba como si nada hubiese sucedido □ debo irme, adiós.

—Vane...

De repente, sonó la alerta de que la llamada había terminado, Diego no creía todavía que le hubiese colgado, lo sabía, pero no quería aceptarlo. Le parecía absurdo que estando en la posición en que se encontraba, sobre tal tela de juicio en la que ella misma se había puesto, fuese capaz de comportarse así con él. Le irritaba a pesar de que siempre fue así y que antes lo dejase pasar porque ahora no la veía con los mismos ojos, con lo que había hecho, no confiaba para nada en ella.

—¿Aló? ¿Vanessa? le dijo a la nada.

Y, habiendo aceptado lo que su esposa había hecho, apretó el móvil cómo si estuviese a punto de romperlo en su mano como el frágil cascarón de un huevo, levantó el brazo como si fuese a lanzar una bola de béisbol e intentó lanzarlo lejos, pero reprimió su impulso porque la culpa no era del aparato, así que se lo metió en el bolsillo para guardarlo.

Quería gritar, quería golpear a alguien a sabiendas de que no podía. Miró a Alfonso, sentado en uno de esos cohetes que comienzan a moverse luego de que le insertas una moneda y que entretienen y divierten a cualquier infante. Su hijo se encontraba emocionadamente concentrado en su aventura por el espacio mientras que él discutía con su madre.

No sabía qué decirle, ni cómo explicarle a su pequeño que su mamá no podría ir; claro, él no tenía idea de que se encontrarían con ella ya que, por fortuna, Diego se había preparado para ese posible escenario y no le dijo qué harían, aunque, de todos modos, no era justo para un infante que su madre no le

prestara la atención adecuada.

¿Por qué tengo que estar lidiando con esto? Pensó mientras buscaba una solución; quería liberar la presión que sentía en el pecho, las ganas desesperantes de gritar que lo obligaban a insultar a alguien cuando estaba molesto.

No tenía a nadie a quien acudir; buscaba en su alrededor si a ver si se encontraba con algún amigo, con algún conocido de confianza, pero no había nada. Todos sabían que él estaba ahí, sus guardaespaldas estaban dispersos por el lugar cuidándolo, su chofer estaba haciendo guardia en la puerta evitando que los paparazzi entraran y él, solo con su hijo, esperando por una mujer que no iba a llegar.

Diego buscaba una solución cuando una idea se asomó en su cabeza. Cogió el teléfono y marcó el número de Daniel, su mejor amigo. No sabía por qué no lo había pensado antes, tal vez porque no era necesario tomarlo en cuenta o porque no era asunto suyo, pero, de entre todas las personas que conocía, él era quien podría darle un poco de apoyo.

Esperó que la llamada cayese, y mientras lo hacía, le levantó la mano a su hijo para saludarlo a lo lejos; este le devolvió el saludo, como alegre, embozando una sonrisa, con el entusiasmo y la alegría pintada en el rostro; quería que su padre supiera que estaba disfrutando al máximo aquel interesante paseo por el espacio.

Diego estaba completamente a gusto con su pequeño, Alfonso, porque sin importar los lujos que tuviese, las cosas que podría ofrecerle y todo aquello que le daba cuando podía (todo el tiempo, siempre podía darle todo) este se divertía con cosas tan sencillas que su inocencia le daba a su padre una nueva cara al mundo que conocía.

—¿Aló? ¿Daniel? Es Diego. □ dijo Diego, al escuchar un «aló» al otro lado de la línea.

—Sí, sé quién eres, tengo tu numero guardado.

—Sí, sí □ dijo Diego con apremio, como si el hablar más rápido ayudaría a que su amigo estuviese allí cuanto antes □ Dany, escucha...

—¿Qué escucho?

—Si me dejas hablar... ¿qué estás haciendo ahora?

—No mucho. ¿Por qué?

—¿Estás ocupado?

—Un poco... rēpuso Daniel, trivializando sus asuntos, cosa que le molestaba a Diego.

—¡Joder! Para ya, dime sí o no. ¿Estás ocupado?

—No, no estoy tan ocupado □ dijo Daniel, riéndose al escuchar a su amigo molesto.

—Bien ¿Puedes dejar de hacer lo que estás haciendo?

—Puede ser, mi amigo, ¿para qué soy bueno?

—Vanessa no vendrá al cine conmigo y Alfonso. Estamos en el centro comercial, el que tiene el cine grande ¿sí sabes? ¿no?

—Sí, sí, ya sé, el que venden las palomitas acarameladas que me gustan.

—Ese mismo. ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Que le dije a Alfonso que nos veríamos con alguien aquí y no puedo simplemente decirle que su mama volvió a cancelarnos. No es bueno decirle eso a un niño ¿sabes?

—Sí, ¿y quieres que yo vaya a ser «esa persona»? ¿cierto?

—Eres como su tío, él te quiere □ Diego cambio su tono de voz por uno suplicante y manipulador.

—Está bien □ vaciló □ puede ser que vaya.

—¿Cómo que puede ser? lēvantó la voz y vociferó con autoridad □ ¡Trae tu maldito trasero para aquíde una vez! Estamos esperando. □ cambió su tono por uno más pasivo □ vamos... v̄aciló □ no seas así, sabes que quieres venir. No le rompas el corazón a Alfonso.

—Vale, vale, yo voy. No seas tan agresivo, pero podrías pedirlo con más amabilidad. □ dijo Daniel, como si estuviese haciendo que una bestia salvaje amainara su furia para no ser mordido por ella.

—¿Qué amable ni un demonio? Vente, eso es lo que importa.

—¿Ves? Amabilidad. □ Se empezó a burlar de Diego □ eres un amor, por eso te amo, hermano.

—Jódete.

—Muac □ Daniel hizo la onomatopeya de un beso □ primero.

—No me digas así, sabes que no me gusta.

—¿Qué? Pero si Vanessa te dice así.

—Y me engaño, Daniel, tú lo sabes.

—Uy, qué malote. Está bien, está bien, yo voy.

Diego embozó una sonrisa al escuchar la afirmación de su mejor amigo.

—¡Bien! Aquí te espero.

—Sí, sí, me debes una.

—¿Deberte una? Soy tu maldito príncipe, no puedo deberte nada.

—¿A poco quieres que no vaya? ¡ē retó □ Yo puedo no ir, ¿sabes? No tengo ninguna obligación.

—Está bien, está bien. Tomate tu tiempo, no me debes nada □ Diego sonó como todo menos como un príncipe confiado. Su mejor amigo no tenía ningún respeto por su autoridad civil ni por lo que pudiera ser y él apreciaba eso.

Los dos se despiden y cuelgan sus llamadas, apretando al icono de colgar que se mostraba en sus pantallas a pesar que sabían que sólo uno de ellos la había terminado primero. Ahora solo le quedaba esperar por su amigo y así podría ofrecerle un agradable día a su hijo sin algún drama o algo parecido. Estaba consciente de que en algún momento le debía decir a su pequeño que su madre no iba a poder estar con él todo el tiempo.

Era un tanto dramático de su parte pensar que ella no compartiría con su pequeño, situaciones extremas requieren medidas extremas, era lo que usaba para justificar lo que estaba pensando, pero no era tan sencillo.

En ese entonces no estaba tan preocupado... no, sí, estaba realmente preocupado por todo, hasta por lo más mínimo e insignificante. Pero, cuando menos me lo esperaba, sucedió. Aquel día Daniel había llegado al poco tiempo que dijo que lo haría así que nuestro emocionante día con Alfonso apenas iba a comenzar. Cuarenta y ocho horas antes de todo esto, porque justo en el momento en que estuvimos esperando por Dany, se marcó un antes y un después; bueno, cuarenta y ocho horas antes de todo esto, mi padre me hizo una llamada desagradable.

—¿Cómo que te vas a divorciar de Vanessa? *Lo primero que pensé fue que estaba exagerando, para ese momento, ni siquiera había considerado aquella posibilidad. Incluso, creo que fue él quien me dio la idea.*

—¿De qué hablas papá? Aún no he pensado en nada...

—Cuando te dije que tomaras una acción, no me refería a esto.

Claro, eso. Eso me lo dijo el mismo día en que todo salió a la luz, hace más o menos, para ese entonces, casi dos meses; no estoy seguro. En lo que llegué a la casa del primer ministro mi padre me había interpelado de la forma en que sólo él sabe hacerlo. Con agresividad y autoridad.

—¡Claro que me enteré! Cuando me desperté todo el mundo lo sabía.

—Papá...

—¿Qué sucedió? ¿Diego?

—¿Qué quieres que te diga, papá? Estoy tan sorprendido como tú, nos enteramos de la misma forma.

—¿Cómo dejaste que esto sucediera? ¿No tienes control alguno sobre tu esposa?

—¿Cómo que...? La pregunta le parecía absurda. De alguna forma, su padre logró que todo eso fuese su culpa □ ¿Qué demonios, papá? ¿Ahora es culpa mía?

Ambos comenzaron a levantar sus tonos de voz. Diego no sólo estaba molesto por la actitud de su padre al menospreciar su posición y al buscar que todo lo que había sucedido fuese su culpa, sino por todo lo que le había sometido hasta ese momento: abandonar las escuelas cuando sentía que se estaba acostumbrando, obligarlo a alejarse de sus amigos cercanos por no cumplir con sus «expectativas sociales», obligarlo a casarse con Vanessa y luego incitarlo a que tuviese un heredero... su padre estaba sumido en todos sus problemas. Es absurdo, incluso para un padre, el tener que tratarlo de esa forma y esperar tanto a cambio.

Diego sentía que su padre colocaba mucha presión en sus hombros como para que sus funciones como príncipe fuesen prácticamente nulas. Por su parte, el Rey estaba inconforme con los resultados demostrados en las últimas horas. La manera en que su hijo no había resuelto nada le parecía absurdo, para cuando era joven las cosas se hacían diferente, los hombres cumplían con sus

obligaciones y mantenían el control de su entorno como parte de la familia real. Que su hijo se viera bajo todo ese escándalo, no podía significar otra cosa: era su culpa y de nadie más.

—¡Claro que es culpa tuya! Al parecer no tienes control de tu mujer.

—Bueno, la última vez que revisé, no tenía control sobre absolutamente nada, papá, sólo sirvo para dar la cara. □ Diego comenzaba a retar a su padre con cada una de sus palabras.

—Oh, por favor, no vayamos a empezar ahora, Diego, sabes que no te corresponde estar pensando en esas cosas ahora, a penas eres un príncipe, además, ya tienes suficientes problemas sobre tus hombros como para estar pensando en si sirves para algo o no.

—¿Acaso lo hago papá? ¿Sirvo para algo?

—¡Qué ya te dije que ese no es el asunto! ▯vociferó con autoridad. □ No tienes derecho de estar quejándote justo ahora, mucho menos con el problema que tienes entre manos.

Diego no podía hablar en esas situaciones. Estaba consiente que en su juventud no tenía la valentía para levantarle la voz cuando se molestaba, pero esta vez, mientras observaba a su padre enfurecer por algo en lo que no tenía la culpa, lo menos que quería era responderle.

Su rostro, impávido e indiferente a sus quejas, no se mostraba afectado por sus palabras, era costumbre tener que escucharlo y la cantidad de tonterías que salían de su boca perdían sentido una vez que le dejabas de dar importancia. Poco a poco su autoridad iba bajando por el retrete, pero, seguía siendo el rey, le debía respeto, así que solo se mantuvo callado esperando a que dejara de proferir estupideces sin sentido.

—¿Qué piensas hacer al respecto? ▯añadió el Rey. □ ¿Qué acciones piensas tomar? Debe ser algo importante, no puedes tomártelo a la ligera, esto es muy importante para todos.

—No lo sé, papá, no sé qué se suponga que deba hacer con el adulterio de mi esposa.

—Pues piénsalo lo más rápido que puedas...

Su padre cogió el tenedor al lado de su plato y trato de coger un poco de su desayuno. El primer ministro le siguió el paso, el hambre le estaba matando,

pero era imperdonable comer sin que el rey comiese primero. Las extrañas leyes con las que se habían forjado los cimientos de ese país, ahora estaban tocando a su puerta; no obligándolo a cumplirlas, pero con la imponente presión que imprimía el Rey ante él, le obligaba a considerar dos veces las cosas antes de hacerla.

—Déjame adivinar □ interrumpió Diego □ este es un asunto serio para la corona.

El Rey, ofendido, dejó caer el tenedor con furia, cómo si las palabras de su hijo le hubiesen arruinado el desayuno. El primer ministro, con el tenedor en frente de la boca, vio frustrado su intento de comer... no diferenciaba lo que sentía del miedo al respeto.

Para él, ambas cosas eran lo mismo. No puedes respetar a nadie sino sabes de lo que es capaz y aprendes a temerle; suele decir el Rey. No es lo más sano que ha escuchado, pero, su posición no es contradecirlo sino acatar sus órdenes.

El primer ministro observaba al monarca y al príncipe discutir; qué valiente era Diego al responderle a su padre de esa forma. Sabía que no tenía la capacidad de hacerlo, aunque lo quisiera.

—¡Claro que lo es! vaciló, iracundo ante la interrupción de su hijo □ Y lo sabes muy bien. Esto no es uno de tus estúpidas bromas de niño.

—No estoy... intentó defenderse.

—No hables. □ Ordenó, Diego se calló, no porque tuviese qué, sino porque sabía que no tenía caso discutir con él □ ¡todos los asuntos son serios para la corona!

—Sí, todos □ mascullo, a pesar de saber que no tenía caso □ no puedo hacer nada sin que la corona sea afectada. □ Se fue para atrás en su silla y cruzó los brazos como un adolescente regañado.

—No vayamos a empezar, Diego.

—¿Empezar? Nunca terminé con esto papá, ni siquiera cuando me obligaste a casarme con Vanessa.

—Eso lo hice por tu bien, además, ella es de tú tipo.

—¡No, papá! No era, era de tu tipo □ vociferó Diego, recordando a la mujer

con la que se iba a casar Max y su padre; trató de ignorar la epifanía, la relación tan estrecha que guardaba. □ Ahora mira, mira lo que has ocasionado. Si me hubieses dejado elegir yo...

—Tú no tenías derecho a elegir... exclamó el Rey, enmudeciendo a Diego y obligando al primer ministro encogerse en su silla.

El Rey se levantó, apartando la silla en un arrebato de sus piernas y golpeando la mesa para dar fuerza a sus palabras. Es el Rey y él tiene la última palabra. Tanto el príncipe como el primer ministro, se quedaron callados, sintiendo la imponente presión que emanaba como un vaho espeso de él. De entre ellos, lo único que se escuchaba era la fuerte respiración del monarca.

—¡Yo soy el rey! añadió, exclamando con furia. □ No me importa qué demonios tengas que hacer, pero resuelves todo esto antes de que pase a mayores.

En ese momento, me marché, furioso y frustrado. Discutir con mi padre no tenía caso, es realmente ridículo siquiera pensarlo porque, de alguna forma u otra, se las arregla para quedarse con la última palabra así no tenga razón. Durante toda mi juventud me vi obligado a tener que vivir con ese fantasma detrás de mí, observando, juzgándolo todo, tanto a mí, como a mis acciones y relaciones. Pero, él me dijo que tomara una decisión y, aunque no lo había hecho inmediatamente me llamó en ese entonces, me ayudó a concretar mis ideas.

—Cuando dije que tomaras una acción, no me refería a esto.

—Papá, aún no he decidido nada.

—Vanessa me dijo que tenías pensado divorciarte de ella.

La acusación le pareció innecesaria, pero, no fue lo que le sorprendió.

—No he hablado con ella en semanas... hizo una pausa □ además, ¿qué haces hablando con Vanessa? ¡E parecía absurdo, siquiera él había hablado con ella. □ ¿Por qué hablaste con ella?

—Alguien tenía que hacerlo. Ella me dijo que no has hablando con ella desde ese día.

—Por supuesto, pero eso no quiere decir que tú puedas hacerlo □ de inmediato, se arrepintió de lo que dijo.

—Yo puedo hacer lo que me plazca, Diego, soy el Rey y...

—Sí, sí, tú dices y los demás deben hacerte caso... pensó bien que diría después □ todos somos borregos y tú eres nuestro gran pastor. □ Menospreció Diego.

Su padre, al otro lado de la línea, estaba completamente furioso, incapaz de poder expresar su autoridad con simples palabras.

—No he hablado con ella porque no he querido, papá. No puedes obligarme a hacer lo que no quiero.

—¿Y por qué no la has dejado ver a su propio hijo? Explícame eso.

—Porque no debe papá, quiero alejarlo de todo este problema. ¿De qué lado estás? de nuevo, se arrepintió de decirlo.

—¡Del lado de la corona!

—Claro □ murmuro a penas de forma audible □ cómo pude siquiera dudarlo. □ El Rey hizo caso omiso a sus asuntos.

—Debemos velar por los intereses de la casa real, Diego.

—¿Intereses? se molestó □ ¿Cuáles malditos intereses, papá? Me fue infiel, y está embarazada...

Sí, parte de los motivos por los cuales no quise hablarle por un largo tiempo, fue por los rumores que habían corrido acerca de su embarazo. No había hablado con ella, pero, me llegó una notificación de que mi esposa estaba haciéndose una prueba de embarazo la cual había salido positiva. Para ese entonces, no estaba seguro en qué creer, pero, tomando en cuenta todo lo que había hecho, me pareció más que evidente que no había forma de que no fuera verdad.

—Hasta donde sé, esto sólo me concierne a mi □ añadió □ además, no me dijiste por qué estabas hablando con ella.

—Porque dice que está arrepentida, quiere acomodar las cosas. □ cambió de tema □ Y, de todos modos, no sabes si es cierto eso del embarazo.

—¡Claro que debe ser cierto! ¡Papá! Diego intentaba no gritar más alto de lo que ya estaba haciéndolo □ ¿Cómo puedes siquiera dudarlo, papá? ¿No has visto todo lo que ha estado saliendo de ella en las últimas semanas? Es como que le fascinaba pasarse nuestro matrimonio por el culo, lo pisaba y a la

familia Real junto a ello.

—Está arrepentida, debes perdonarla, por el bien de la familia.

—Y ¿por qué no se arrepintió cuando se acostó con el equipo entero de rugby? se escandalizó.

—Porque no sabemos si es cierto.

—Claro que es cierto papá, y los malditos videos lo demuestran.

—Diego, debes hacerme caso, soy el Rey y yo...

—Tú nada, papá, soy yo quien debe resolver este asunto. Déjalo así ¿quieres?

—Más te vale resolverlo, ya. Habla con Vanessa. □ El Rey dejó pasar la ofensa de su hijo, intentando buscarle un final a la discusión.

—Yo lo haré, sólo no te entrometas □ apartó el móvil de su oreja y colgó.

Todo eso, llevó a que llamara a Vanessa. Tal vez porque quería hablar con ella, tal vez porque ya era hora o, en parte, porque mi padre me lo había dicho y aun no me había librado de esa necesidad de tener obedecerlo. Las normas se acatan, pero no se cumplen. Sin embargo, sin importar qué, terminé hablando con ella. Y, tal cual me lo esperaba, era como si nada hubiese pasado.

Lo único que puedo rescatar de todo esto es a Alfonso.

—Tenemos que hablar □ dijo, sin preámbulos, diligentemente. No quería interponer ningún pensamiento o sentimiento en ese momento.

—¡Diego! Exclamó Vanessa, afligida, casi se podía sentir su arrepentimiento al otro lado de la línea □ ¡primor! Diego respiró profundo, odiaba que le dijese así □ ¿por qué me llamas? ¿por qué no vienes? Vamos a hablar.

—No tenemos nada de qué hablar, Vanessa, las cosas ya están dichas.

—Pero, amor, tenemos que conversar, tenemos que resolver esto.

—¿Resolver qué? ¿Qué te acostaste con medio mundo a mis espaldas? ¿Qué estás esperando un hijo que no es mío? Diego quería que fuese mentira, pero la evidencia hablaba por sí misma.

Tal vez, con esa llamada, intentaba que ella me dijese que todo era un sencillo mal entendido; no había hablado con ella en semanas, siquiera

antes de que todo sucediera, de que todos los medios me desestimaran y me trataran como un hombre que no puede mantener una relación adecuadamente. Tal vez, sólo tal vez, esperaba una buena noticia: no, querido, todo es mentira. No sé.

—Que te amo □ dijo Vanessa. No reflejaba que fuese mentira, o que los medios estuviesen difamándola. Sus palabras parecían más una excusa que una afirmación.

Diego entendió de inmediato. No sabía si estaba arrepentida realmente, no le importaba. Con esas tres palabras confirmó todas sus sospechas. Quería poder gritarle, exigirle que le diera una explicación. ¿Por qué lo hiciste? ¿Qué esperabas conseguir? ¿No te quise lo suficiente? ¿No te di todo lo que querías? Era tan difícil encontrar la pregunta adecuada porque eran tantas que podía hacer que ninguna cumplía su cometido, no por completo.

Cada una dejaba algún cabo suelto, se prestaba para poder ocultar algún otro secreto que ella no quisiera hacer público o que la hundiera más en el hoyo que había cavado y en el que se había metido.

—Vanessa... vaciló; quería tener una pregunta que sirviera para la causa □ ¿cómo pudiste?

Y Vanessa no respondió... ¿cómo podría imaginar que me sentía? Es difícil. ¡Sí que es difícil! El saber que tu esposa no te quiere, tal vez, que nunca te quiso, al igual que cuesta ver que lo que creías que era el amor no es más que una vil mentira. No puedo decir que era un capricho, o que era costumbre. No me dio ninguna excusa esa vez, pero, estaba seguro que no la tenía porque no existía. Y, por eso es difícil de imaginarse.

—No importa, ya nada importa...

—¿Entonces por qué me llamas?

—Cállate, Vanessa, déjame hablar... no respondió a eso □ debes ver a tu hijo.

—¿A Alfonso?

—¿A cuál más, Vanessa? Maldita sea ¿qué demonios sucede contigo?

—Lo siento, primor □ su tono de voz amainó, sonaba como una persona que había dejado caer una vajilla invaluable por accidente y estaba apenada; pero, a diferencia de eso, él no se creyó sus palabras. □ Yo, □ vaciló □ yo

no sé qué sucede.

Quién sería yo si dejo que eso suceda así ¿quién sería yo si le permito a ella demostrarme que lo que hizo puede ser perdonado? Parte de las cosas que deseo, son estar feliz, estar seguro que lo que he elegido en mi vida, las pocas cosas que me he dado el lujo de seleccionar de entre una vasta variedad de opciones, las que tomé en cuenta son esas que me darán lo que quiero.

Pero, ¿no había decidido ya estar al lado de Vanessa? Ella podría ser quien quisiera, estar mintiéndome, manipulándome como siempre lo hizo y dejé que hiciera, o diciéndome la verdad. Para mí, en ese momento, lo que más me importaba era asegurar mi futuro.

Diego quería exclamarle que no le creía, que dejase su farsa, estaba ávido por exteriorizar su ira, su frustración, todo lo que definía su molestia a causa del descaro de su esposa; por haberse victimizado. Pero, sin importar lo que le dijese, ella todavía era su esposa.

—Este □ vaciló, no sabía cómo actuar. No quería causar más problemas y, sin saber bien el curso de sus motivaciones, decidió que sería suficiente. □ El iremos al cine, espero que vayas. Necesitas pasar tiempo con mi hijo.

El haberla sacado de aquel posesivo fue uno de los primeros pasos para sacarla a ella de mi vida.

—Nuestro hijo □ acomodó Vanessa, ajena a lo que estaba sucediendo en la cabeza de Diego □ nuestro hijo, primor. □ embozó una sonrisa invisible para él, estaba segura que todo se acomodaría y las cosas serían cómo antes. □ Y sí, estaré ahí.

No debía emocionarse, no tenía por qué pensar eso, pero no se lo diría en ese entonces; el hijo que estaba esperando y cada una de las personas con las que se había acostado, sumado al hecho de que no se excusó ni trató de explicarlo, motivaron sus acciones.

Y ese ha sido el resumen de mi vida en estos últimos meses. Las conversaciones con mi padre me llevaron a considerar ciertas opciones que no habría tomado en cuenta por mí mismo porque, de alguna forma u otra, yo sólo me estaba fijando en el panorama completo; no en lo que eso podría significar para la corona sino lo que podría significar para mi hijo, para nuestra felicidad.

Yo, necesitaba salvar a Alfonso de todo ese asunto a como diera lugar; puede que no lo haya mencionado antes, pero, no porque no lo hubiese hecho, quiere decir que no es así.

Alfonso significa todo para mí, y, junto a mi búsqueda por una estabilidad emocional (¿acaso es mucho pedir algo así en mi posición?), hasta ahora, es lo que estoy tratando de conseguir. En este punto de mi vida, el dolor no es más que una pequeña fracción de lo que realmente me disgusta, me deprime y me hace daño. Estoy siendo consumido por algo más que la necesidad de sentirme útil para mi pueblo, dentro de mi familia y para mí mismo.

Y, gracias a la insistencia de papá, llegué a una conclusión.

SEGUNDA PARTE

UN PLAN DE ACCIÓN.

4

Aquella tarde de un martes cualquiera, luego de aceptar que su esposa no se tomaría en serio su papel de madre, se encontró con su mejor amigo, Daniel, para ofrecerle un buen día a su hijo. La noticia de que su mujer le había sido infiel, que ya para ese entonces había dado la vuelta al mundo, no le afectaba tanto como antes. Habían pasado varias semanas desde que se enteró, junto a otra luego de hablar con ella. SU expectativa comenzó a rondar los niveles del subsuelo con respecto a Vanessa.

Diego se había hecho a la idea de que debería divorciarse de su esposa por diferencias irreconciliables, por desgracia, para él, las cosas no funcionaban igual. No sabía cómo reaccionaría su padre si le decía que estaba siquiera pensándolo, o los medios, a causa del escándalo que eso podría ocasionar. Ya era suficiente humillación para la corona tener a una mujer que no respetaba los votos del matrimonio y mucho menos, que estaba embarazada de alguien que no era el príncipe con el que se había casado.

Pero, ese martes, mientras caminaba al lado su mejor amigo y con saltando y corriendo unos cuantos pasos más delante de ellos, con un cono de helado en la mano y observando las vitrinas de las tiendas como un ciudadano normal, el príncipe enfrentó por primera vez aquella realidad fuera de su cabeza.

—¿Ya te decidiste entonces? —estaban hablando desde que se encontraron acerca de eso, a escondidas del pequeño Alfonso. La conversación fluctuaba entre secretos y murmullos que no dejaban llegar a nada.

La pregunta que le hizo Daniel, resonó en su cabeza como un cuarteto de barbería: palabra tras palabra se repetía como un eco haciéndolo dudar, reconsiderar siquiera lo que quería hacer y sentir que mientras más se acercaba a la resolución del problema, más se hundía en él.

Suspiró, queriendo quitarse el peso de encima.

—Estoy tratando de ordenar mis ideas, no quiero hacer nada estúpido ni desesperado.

—¿Estúpido y desesperado? Tu esposa se acostó con medio mundo a tus

espaldas y ¿tú crees que lo que decidas será estúpido y desesperado? Diego miró a los ojos de Daniel, buscando apoyo □ no puedes sentirte así, te derrotas demasiado rápido.

—Pero es que esto es mi culpa... intentó decir Diego.

—Ahora te estás echando la culpa de algo en lo que no tenías nada que ver. ¡No seas imbécil! exclamó Daniel □ no puedes estar suponiendo que todo esto es tu culpa; eso es lo que el Rey quiere que pienses para que te sientas culpable, y no deberías.

Diego estaba consciente de ello; incluso, a pesar de haber discutido con su padre al respecto por el mismo asunto, la situación se perdía en un pozo de ideas confusas que lo obligaban a buscar refugio en la culpa. Pero, era así, su amigo tenía razón, él no podría ser el culpable de absolutamente nada si nunca hizo nada que justificara el adulterio de Vanessa.

Diego solo lo miró, esperando que continuara con su explicación.

—Lo que debe preocuparte ahora es lo que piensas hacer □ mira al frente para que Diego se fije en su hijo □ lo que importa es Alfonso □ ambos vuelven a mirarse mutuamente.

—Lo sé, eso es lo que me preocupa □ Añadió Diego. □ ¿Y si le afecta lo que haga?

—¿Qué? Exclamó Daniel; le parecía inaudito que dijese eso □ ¡claro que le va a afectar! Es de su mamá de quien estamos hablando. A mí me afectaría.

Diego buscó sus ojos y lo miró con tristeza, como si la verdad le hiciera daño.

—Mira... añadió Daniel □ cualquier decisión que tomes, debes tener en cuenta que le afectará a él, a corto o a largo plazo. Además, es un niño, apenas tiene cuatro años, no te preocupes. □ Se aparta un poco □ Digamos que decidas quedarte con Vanessa, que le perdones todas sus tonterías ¿cómo le afectará eso a tu hijo? O si decides divorciarte de ella ¿cómo le afectará, en dado caso?

—No lo sé.

—Debes pensarlo, mi príncipe amigo. □ Daniel le coloca una mano en el hombro y con la otra con la que sostiene su helado, apunta al frente como si estuviese contemplando el futuro □ estamos en el medio de una decisión que no sólo te afectará, o a tu hijo, sino que demostrará de lo que eres capaz □ se

fija en sus ojos, para darle más dramatismo a sus palabras □ ¿Eres un cobarde? ¿Eres un esposo pasivo? O ¿eres un príncipe decidido y voraz que sabe qué acciones tomar? ¿un hombre que no se deja pisar por las acciones de nadie? Dime, ¿qué crees que diría cada una de esas cosas de ti?

—Uhm...

Diego se ahorró sus palabras. La imparcialidad de su amigo en el asunto, le ofrecía un mejor enfoque de la situación.

—Seamos sinceros □ añadió Daniel, sin dar paso peros □ ¿qué es lo que quieres? ¿cuál es el plan más loco que tienes en mente?

Daniel bajó su mano del hombro de su príncipe para concentrarse en el helado que tenía en la mano.

—Divorciarme de Vanessa □ no estaba muy seguro de su propia decisión.

—¿Seguro? le enfrentó.

Diego aclaró su garganta y repitió con seguridad.

—Divorciarme de Vanessa.

—Bien □ le dio una probada a su helado □ y... ¿Los príncipes puedes hacer eso?

—Sí, creo que aquí sí.

Ambos se mantuvieron callados por unos segundos, concentrándose en sus helados, dándole prioridad al problema más próximo: que no se derritieran.

—Entonces ¿qué te detiene? dijo, con helado en la boca.

—Alfonso... dijo Diego luego de tragar.

Los dos se fijaron en el pequeño que se había detenido en frente de una juguetería, perdiéndose en los colores y las figuras exageradas de juguetes y objetos que llamaban más la atención de lo que servían para jugar. Ambos se fueron acercando poco a poco a él hasta que se pararon uno a cada lado del niño, mirando al interior de la juguetería como si fuesen dos niños más de entre todos los que estaban adentro.

Diego, se perdió observando, desde donde estaba, a través de los pasillos. Los recorría mentalmente y se imaginaba tomando todo lo que le llamaba la atención: coches, pistas, figuras de acción, cartas, juegos de mesas, muñecas.

Todo lo que podría un niño desear estaba en aquella tienda, pero, no lo que necesitaba.

El príncipe quería decirle a Daniel lo mucho que deseaba que Alfonso tuviese una madre; alguien que lo atendiese de la forma que Vanessa sólo hizo mientras lactaba al pequeño; que estuviese a su lado cada cuanto pudiera y no al otro extremo del mundo acostándose con quien mejor le pareciera.

Le parecía un sencillo insulto a la familia, al concepto que él tenía sobre ello, a su hijo, a su matrimonio. No podía perdonarla por mucho que quisiera y agradeció que no estuviese ahí porque habría sido muy difícil de afrontar.

Seguía viendo al interior de la tienda, lamiendo su cono de helado, buscando alguna respuesta entre tantos juguetes y personas, hasta que, sin previo aviso, el pasado tocó a su puerta.

Karen Petrel, había llegado a su trabajo temprano en la clínica de Neurodesarrollo infantil D' la Vega al igual que todas las mañanas, apresurada y lista para ofrecerle sus servicios a la comunidad como terapeuta ocupacional.

Karen, no era una mujer que se fijara en los asuntos que envolvían a su país porque le gustaba sumirse más en lo que a ella le concernía: sus niños y sus terapias. Ajena al mundo exterior y a las cosas que lo hacían girar, se despertó aquella mañana directo a su regadera, luego a su cocina y después a su coche para llegar lo más rápido posible a su trabajo. Todo estaba en orden, según ella creía.

En lo que llegó, sus compañeros de trabajos, agrupados al lado de la recepción de aquel piso, se encontraban medianamente concentrados en su oficio, mascullando palabras entre risas y chismes, señalando al televisor de vez en cuando mientras reían entre palabras.

Karen, hizo caso omiso a ello y llegó hasta donde realizaba sus consultas. Un cuarto amplio con juguetes, columpios, toboganes, colchonetas. Todo un paraíso infantil y terapéutico.

Dentro, estaba Angélica, su compañera, recogiendo todo y colocándolo en orden para que las cosas estuviesen listas a la hora de llegada de los niños de la mañana. En lo que vio que Karen había entrado, se giró, sin detenerse, para saludarla.

—Buenos días □ dijo, Angélica □ Karen, ¿cómo amaneces? sonrió.

—Bien, un poco apresurada. Tengo que preparar las actividades para la terapia de hoy. No lo pude hacer anoche. □ Karen soltó sus cosas en una de las mesas para niños que estaban pegadas a la pared.

En ese momento, se escucharon unas risas afuera de la sala en donde se encontraban. Eran aquellos que mascullaban.

—¿Qué con ellos? dijo Karen, mientras cogía los cuadernos de la mesa en donde anotaba todo lo que hacía. □ ¿Quién se murió?

A Angélica dejó los cojines de colores que tenía en la mano en el suelo, se irguió y miró a su amiga de frente, sorprendida de que Karen no supiera nada

al respecto, más aún porque la noticia llegado a todas las casas del país de la misma forma en que llegaron los rayos del sol.

—¿No te enteraste? preguntó, incapaz de creerlo □ la princesa engaño al príncipe con otro hombre. □ embozó una sonrisa, como si le agradase que eso hubiera sucedido.

—¿A Diego D' la Vega? preguntó, porque de seguro había otro príncipe del que no sabía.

—Sí, a ese mismo. Esta mañana lo dijeron en las noticias. La princesa fue descubierta anoche con otro hombre, y, hasta ahora, han salido varias acusaciones de que lo ha hecho otras veces.

La noticia, a la cual habría sido ajena en otras circunstancias, le sorprendió, no por lo que implicaba la infidelidad, sino por la forma en que eso le podría afectar a Diego.

—Rayos... que mala suerte. □ miró a Angélica, sin poder creer lo que sucedió, llevándose el cuaderno al pecho como si eso la reconfortase □ ¿cómo es posible que engañen al príncipe?

—¿Verdad? Está loca. Yo no lo habría engañado. □ Angélica, aceptando ahora que es amiga ya estaba al día, continuo con lo que hacía. □ Yo no habría siquiera pensado algo como eso □ levantó la mirada □ ¿crees que si yo fuera ella, estaría con cualquier patán dejando que me toque? la miró □ ¡no...! arrastró la monosílaba □ ¡Yo estaría sobre ese hombre todo el día □ enfatizó □ si pudiera! se concentró de nuevo en lo suyo □ estúpida □ mascullo.

Karen, estaba preocupada por lo que sucedió no porque fuese su príncipe, ni porque estuviese añorando aquella vida que todas querían; ella no era así. La situación de Diego D' la Vega era algo más complicado para la señorita Petrel. Durante muchos años había ignorado los asuntos que concernían a la familia real, desde que su mejor amigo de la infancia, se vio obligado a irse de la escuela en donde estudiaba porque «no era propio de un príncipe».

Diego y Karen compartieron un pasado el cual los había perseguido por un tiempo y que luego dejaron atrás porque sus vidas continuaron, porque él, como el príncipe, tenía asuntos que debía atender a su manera y ella, cómo una persona más, no podía hacer nada a cambio. Pero, la señorita Petrel no había olvidado a su Real amigo.

Durante un tiempo se imaginó cómo sería su vida si hubiese mantenido esa férrea amistad de la que estaba tan orgullosa cuando pequeña. La amiga del príncipe de la gran nación de Leonardia, tenía tantas expectativas para el futuro hasta que se desvanecieron con la excusa de que no era buena influencia para alguien tan importante. Pasó parte de su infancia pensando que las cosas que quería la abandonarían tarde o temprano hasta que entendió que no era más que un drama absurdo de infante.

Los años pasaron e hizo de una vida mientras que su antiguo amigo hacía de la suya. Se las arregló para ignorar su existencia de tal forma que la mera mención de su nombre no traía ningún recuerdo; se había vuelto una palabra vacía, incluso trabajaba en una clínica con su apellido y eso no le afectó en lo absoluto. Es casi imposible olvidarse de algo tan relevante como lo que ella había vivido en su infancia, con todo y eso, lo logró, hasta que Angélica le dio el ultimátum.

—Me pregunto cómo lo estará tomando □ dijo Karen, viendo al vacío entre ella y una pared distante, preguntándose más a sí misma que a Angélica.

—No lo sé, no creo que lo esté tomando bien.

Karen presenció cada noticia de Diego inmediatamente salía, haciéndose la misma pregunta una y otra vez. No lo lograba explicar, su vida le afectaba como nunca lo habían hecho antes, incluso habiendo aprendido a desconectarse del resto del mundo porque no afectaba el suyo: aquel en el que se encargaba de ayudar a la mayor cantidad de niños posibles a que tuviesen una vida más normal, una vida cómo ella la tenía.

Pero, esa misma realidad, esa misma «normalidad» que antes utilizaba de excusa para ignorar la existencia Real de su antiguo amigo, por algún motivo desapareció en el momento justo en que se enteró que algo malo le había sucedido.

Desconoce al hombre que es ahora, ¡quince años sin hablarle! Es suficiente para entender que no es la misma persona que antes, que no importa cuanta empatía sienta por él, eso no hará cambio alguno en su situación, ni en lo que eso pueda significar, sin embargo, le preocupaba tanto que se sumía en todas las premisas que salían al respecto; cazaba las noticias, buscaba en las redes sociales, las páginas de chismes y leía los artículos del periódico como si fuese un vicio, cómo si lo necesitase para poder dormir tranquila por muy a pesar de que no la ayudara demasiado.

Se había sumido en una tristeza tremenda que la obligó a exteriorizarlo, lo que llamó la atención de todos a su alrededor.

—¿Qué pasó? ¿Por qué estás llorando? Preguntó Gabriel, su hermano menor, al ver que una gota corrió por su mejilla. □ ¿Qué ves? se paró a su lado y se fijó en el televisor.

Por mera casualidad se dio cuenta de ello. Acababa de llegar su estudio y se encontró con Karen sentada en frente del televisor abrazando una sábana acompañada por cierta melancolía.

—A Diego...

—¿Y por eso estás llorando?

—Es que no sé cómo se estará llevando lo de su esposa. Creo que está mal...

—¿Crees que está mal? preguntó con cierto desdén □ ¿Exactamente por qué piensas eso?

Karen no apartaba la mirada del televisor; estaba concentrada en lo que ahí se decía, escuchándolo todo, analizándolo todo porque eso era de vida o muerte, porque saber al respecto era crucial para entender la situación actual de Diego D' la Vega.

—No ha salido en ninguna entrevista o dicho algo, eso es lo que me preocupa.

—¿Qué vas a estar logrando al preocuparte por eso? ¿A ti que te importa lo que le suceda a él ¿Acaso viven juntos? Gabriel destruía palabra tras palabra cada una de las preocupaciones de Karen. Ella no dijo nada, ni siquiera apartó la mirada del televisor. □ No ¿verdad? Deja de pensar en eso. ¡Estás obsesionada!

—Pero es que □ subió la mirada para fijarse en su hermano; vaciló □ es importante. □ se reincorporó y trató de sonar como una mujer adulta □ y no estoy obsesionada con él.

Desconocía por qué tanta preocupación, pero sentía una presión en el pecho cada vez que salía una nueva noticia al respecto, como si fuese su trabajo ocuparse de los asuntos pensionales de Diego.

—Pero nada, Karen... vociferó su hermano □ no tienes nada que ver con el príncipe.

Karen se levantó, dispuesta a enfrentarse a su hermano menor, de defender a su

amigo el príncipe.

—¡Claro que sí! Él es mi amigo.

Su hermano se apartó un poco para poder verla directo a los ojos. Karen bajó la mirada porque no quería perderse ningún detalle del asunto. Habían mencionado el nombre de Diego mientras lo defendía ante su hermano, así que se fijó únicamente en el televisor, ignorando la voz de Gabriel.

—Karen □ le habló con el mismo tono con el que se le habla a un niño cuando defiende algo que no tiene sentido □ por favor, no son amigos desde hace años □ levantó los hombros □ tal vez ni se acuerde de ti. Estás ridículamente obsesionada por un hombre del que te enamoraste □ Sus palabras, le hicieron sentir incomoda □ cuando eras pequeña; supéralo. □ se fijó en sus mejillas húmedas por las lágrimas que comenzaron a correrle □ Deja de llorar.

Karen vuelve a mirar a los ojos de su hermano. Sus palabras, las que le hicieron sentir incomoda, también le hicieron pensar. No había reflexionado al respecto, ni si quiera lo había considerado como una posibilidad. Para ese entonces, era una chica estúpida y sin mucho qué decir, ni siquiera se acordaba de la mayoría de las cosas que había hecho, pero, todo tenía sentido; su hermano tenía razón.

—No estoy llorando □ se seca las lágrimas que le corren por la barbilla y justo al lado de los ojos y succiona los mocos que se le escurren de la nariz. Aclara su garganta y repite: □ no estoy llorando.

—Compórtate como una mujer adulta □ Gabriel se expresó con cierta autoridad moral que siempre usaba en su contra, como si él fuera el hermano mayor y se sentía el más experimentado.

Hay un breve silencio entre los dos. Karen baja de nuevo su mirada y se enfoca en el televisor, en donde se muestra una foto reciente de Diego. En eso, Karen mira a su hermano, al televisor, a su hermano y luego señala con la mano a la pantalla para que Gabriel se enfoque en lo que está viendo.

—Pero Gabo, mira... hizo una pausa □ míralo, está sufriendo.

En la pantalla se veía a un Diego adulto, muy diferente al que ella recordaba de joven, con un móvil en la mano, lentes de sol y frunciendo el ceño por el resplandor del astro que intentaba aplacar con las gafas que no cumplían bien con su trabajo. De la mano, llevaba a su hijo. La noticia mostraba las fotos recientes tomadas por paparazzis que cazaban las actividades del príncipe, y,

mientras mostraban la imagen tomada, explicaban lo sucedido.

—*El príncipe de Leonardia, ha sido visto últimamente saliendo con su hijo, pero sin compañía de su esposa. ¿Qué habrá resuelto el príncipe Diego de su matrimonio? ¿Será que ya no lo tomará en serio? ¿Se separarán?*

Gabriel observa la imagen mostrada, ignorando la voz de la presentadora al fondo sintiendo que las preocupaciones de su hermana eran realmente absurdas. No notaba nada especial en la foto que le habían tomado; para él, se notaba bastante relajado y sin ninguna preocupación en mente, la actitud propia de una persona que lo tiene todo resuelto en la vida.

—¿Sufriendo? Karen, qué demonios va a estar sufriendo un príncipe □ señala a la pantalla, para que vea exactamente lo que él □ lo tiene □ vacila □ ¡literalmente todo! □ puntualiza vociferando □ no es como que el que le sean infiel lo haga menos rico o menos agraciado.

Karen no aceptaba las palabras de su hermano, estaba segura de lo que sentía, dispuesta a dar lo mejor de sí misma para ofrecerle su apoyo a su amigo del pasado; no tenía ni la más mínima idea a qué se debía ese repentino deseo de ayudarlo, ni siquiera sabía si realmente estaba preocupada o era un capricho. Pero, las palabras de Gabriel no le eran suficientes.

—Sí está sufriendo, Gabo, y yo lo sé.

Día tras día se preocupaba más por él, pensando en los asuntos que le concernían, suponiendo que pronto estaría solo y no sabría qué hacer. De algún modo u otro, el joven que había conocido: tímido, indefenso, que no soportaba el linaje de su familia ni aceptaba ser un príncipe sin funciones, obligado a ser una simple imagen, una cara bonita hasta que su padre muriera, le parecía un desperdicio de vida, se encontraba sufriendo por lo mismo que antes; más ahora que estaba enfrentando algo tan delicado como una infidelidad que podría costarle su título y, Karen Petrel, estaba segura que él no había cambiado.

Estaba convencido de que ella se había mudado de este país, de que no tendría la oportunidad de verla de nuevo o siquiera de reencontrarme con ella en algún pasillo o en la sala de algún hospital (ella me había dicho que quería ser doctora).

Hasta donde a mi concernía, ella había dejado de existir en el momento en que mi padre me obligo a alejarme de mis amistades de ese entonces, con la excusa de que no eran los amigos propios de un príncipe □ ahora que lo pienso, me pregunto por qué sigo siendo amigo de Daniel entonces, tampoco es lo que mi padre considera un «amigo apropiado» □ y eso me ayudó a odiar más sus decisiones.

Sí, no era la primera vez que lo hacía, a veces siento que es mi culpa el sentirme así por haber permitido que Karen se adueñase de mi afecto, por haberme dejado llevar por una amistad que sabía muy bien no iba a resultar.

Era una chica hermosa, inteligente, buena persona; podría jurar que un tiempo estuve enamorado de ella por su forma de ser, por su manera de ver la vida y por su naturaleza compasiva. Creo que era la única que me entendía en ese entonces, incluso antes de Daniel, ella era mi mejor amiga, pero, las circunstancias nos obligaron a tomar caminos separados.

Pero, justo cuando no tenía a nadie, aparte de Daniel, a quien acudir, aparece en frente Karen Petrel. Mi primera reacción fue entrar a la tienda, tratar de saludarla, preguntarle cómo estaba; me detuve porque no podía entrar comiendo, así que me introduje lo que quedaba de mi porción de helado en la boca, lo apreté todo, aguanté el frío, me lo tragué y entré a la tienda luego de entregarle la galleta del cono a Daniel. Estaba dispuesto a reencontrarme con ella, no sé por qué, pero parecía que lo necesitaba; sería bueno un poco de tranquilidad por un momento.

Diego se introdujo el helado en la boca sin pensarlo demasiado, lo saboreó como pudo y entrego lo que quedaba a su amigo, quien no tenía idea del repentino agite de su príncipe amigo por entrar. Él simplemente le siguió la corriente

—Quédate aquí con Alfonso un momento.

—¿Para dónde vas, papá?

No tenía idea, pero obedeció sin queja. Sostuvo al hijo del príncipe por el brazo para que no lo siguiera y se quedó viéndolo mientras entraba a la tienda. ¿Por qué habría entrado a una juguetería sin Alfonso? Se supone que él es el niño.

Diego, cruzó el umbral de la tienda confiado, imponiendo su presencia de príncipe incluso sin intentarlo, lo que hizo que aquellos que estaban en la tienda se fijaran en él, entre ellos, unas cuantas mujeres. Todos conocían de rostro al señor Diego D' la Vega, el príncipe del país en el que vivían, era prácticamente imposible no reconocerlo a penas lo veían.

Comenzaron a murmurar.

—Ese es el príncipe...

A la persona que tenían al lado, sin darle importancia de si las conocían o no. Todos hicieron lo que pudieron para no ser demasiado obvios, a pesar de que Diego ya estaba acostumbrado a ese nivel de «sutileza». No le hizo caso a nada de eso y caminó hasta dónde había visto a Karen.

Ella se había movido de ese lugar, buscaba unos cuantos juguetes para su terapia, le gustaba entrar a las jugueterías para saber qué podría comprar y cómo lo podría usar en su trabajo. Se encontraba sumida en sus propios pensamientos, divagando entre qué juguete era mejor, si este mono servía con este coche, en si estas sillas serían más cómodas que las que ya tenía en la clínica.

Para ella, todo era un simple proceso más de su oficio que disfrutaba sin mucho esfuerzo. Y, gracias a ese mismo enfoque, ignoraba lo que sucedía a su alrededor.

Eso le ayudaba a distraerse un poco de lo que le estuvo molestando las últimas semanas con respecto al príncipe; su hermano tenía razón, él no se acordaba de ella, él no tenía nada que ver con ella y no importaba si se preocupaba o no por él. Su actitud comenzaba a avergonzarle, y la mejor forma de superar esa vergüenza era comprando.

Diego, la busco entre los demás pasillos de aquella enorme tienda de juguetes, esquivando los artículos esparcidos por el suelo, los personajes de tamaño real que servían para promocionar una marca o un juguete en específico. Se sentía en un paraíso para niños y ni siquiera se acordó que su hijo podría disfrutar de ello; Karen se había apoderado de su atención completa: quería

saludarla, hablar con ella.

—Karen... dijo Diego, al encontrarla cerca de la sesión de colchones y juguetes para bebés.

Karen respondió a su nombre moviéndose hacia donde había escuchado la voz que la llamaba. No sabía quién estaría buscándola, pero le pareció normal que alguien la reconociera allí siendo una juguetería, era obvio, trabajaba con niños, ahí se compran cosas para niños: seguro era el padre de un paciente. Pero, en lo que se enfocó en el rostro de Diego, sintió como un golpe de corriente le daba en los brazos obligándola a soltar las cosas que tenía en la mano.

Todo cayó al suelo, esparciéndose por todos lados porque al parecer los juguetes de los niños rebotan, pero, no le dio importancia. Su mirada seguía fija en el rostro de un amigo del pasado, de alguien a quien estuvo viendo y siguiendo cada paso en las últimas semanas porque estaba segura que necesitaba de su ayuda. Su respiración se agitó, sus sentidos se volvieron locos, haciéndola sentir mareada y desorientada.

Diego recogió los juguetes que se habían caído, se los extendió para que los tomará, pero al ver que no tenía ninguna reacción, la cual no era de extrañarse porque probablemente estaba en shock por el encuentro y sabía que no era culpa de ella, puso los juguetes a un lado y se apartó un poco de ella para darle espacio.

—Diego □ balbuceó, ella □ El príncipe Diego.

Su reacción no era propia de una persona que conocía a Diego de antes, sin embargo, es prácticamente difícil controlarse en una situación como esa. ¿Qué hace aquí? ¿Cómo me reconoció? ¿Por qué vino hasta mí? ¿Qué demonios está pasando? No sabía a cuál pregunta buscarle la respuesta primero. Todo parecía confuso, extraño... ¡todo era confuso y extraño!

—Karen Petrel □ dijo Diego, embozando una sonrisa y con un tono de voz amistoso, con el que se saluda a alguien que conocen de años pero que no ven de un tiempo largo para aquí.

—Diego... vaciló □ D' la Vega...

Diego supuso que estaba sorprendida, por lo que intentó ser lo más natural posible, hacer lo que un hombre de su posición haría: abrirle los brazos e ir hasta ella para abrirla.

Karen se sorprendió por el gesto, pero eso no la detuvo de responderle casi sin pensarlo, dejándose abrazar y abrazándole con fuerzas.

—¡Diego! ¡Tiempo sin verte! de entre todas las cosas que podría decir, esa fue la que pudo condensar tras un gran esfuerzo.

—Lo sé...

Ambos sonreían y se reían como si nunca se hubiesen dejado de ver, como si solo hubiese pasado días desde que se apartaron.

—¡Qué sorpresa! ríe con una carcajada de alegría, cómo si no pudiera creérselo □ ¡Karen! No esperaba encontrarte aquí.

—¿Encontrarme aquí? preguntó, impulsivamente □ ¿Esperabas encontrarme en otro lado?

No coordinaba sus palabras con sus pensamientos, lo que hizo suponer que lo que dijo no fue precisamente lo más amable que podría decir, ni siquiera quería decir eso: ¡Qué grata sorpresa!, habría sonado mejor y se ajustaba más al momento. Tragó saliva, preocupada por haber dado una mala impresión; de todos modos, sabía que podría ser peor, por otro lado, no tenía idea de cómo se mantenía de pie.

—¡Jajá!, no, o sea, es sólo un decir □ dijo Diego, ignorando todo por lo que ella estaba pasando en ese momento.

—Sí, sí □ se acomodó el cabello, colocándoselo detrás de la oreja como si lo necesitara realmente cuando sólo lo hizo para mantener sus manos ocupadas □ este □ vaciló □ sí, es cierto □ embozó una sonrisa como si hubiese dicho algo más estúpido de lo que realmente dijo, resoplo y levantó los hombros □ claro. □ Sentía que había arruinado el encuentro.

Diego la acompañó en su risa, asimilando naturalmente el ambiente que se había creado entre los dos. Miró sus manos y lo que le había recogido e intentó entregarle, pero ella no cogió. Todo le parecía extraño ¿qué estaría haciendo ella aquí en esta juguetería? Se notaba muy interesada en los juguetes, se veía como que los quería comprar y eso sólo podía significar una sola cosa.

—Y... ¿qué haces por aquí? preguntó, seguro de sus ideas □ ¿estás comprándole el regalo de navidad a tus hijos? Había asumido que ella había continuado con su vida de esa forma.

No estaba seguro de qué preguntarle porque había tantas cosas de las que quería hablar; no era sólo porque me parecía inoportuno que nos consiguiéramos precisamente en ese momento tan extraño de mi vida, sino que, realmente me daba gusto de ver a alguien que fue tan especial para mí en el pasado. Todo lo que podía imaginar se deshizo en ese instante porque sólo quería ponerme al día con ella, discutir nuestras vidas, a pesar de que la mía ya era de dominio público.

Karen miró a su alrededor, recordando en donde se encontraba. Todo parecía dibujarse como si antes de eso, nada más estuviesen ellos dos parados en un vacío infinito.

—¿Qué? comenzó a reírse nerviosamente □ no, no, es para mis pacientes, compro juguetes para mi terapia.

—¿Si eres doctora entonces?

—¿Doctora? dijo, extrañada.

—Sí, ¿no querías ser doctora cuando nos conocimos? Diego trato de explicarse, tal vez había dicho algo mal, no quería sentirse como el que no se acordaba de su pasado.

En ese momento, no sólo recordó que era cierto, que en el pasado quería ser doctora ¿cómo pudo haberse olvidado de eso? Pero, lo que más le gustó fue que se había acordado de algo que le dijo en el pasado. Se sintió realizada, según su hermano, él ni siquiera se acordaría de ella; estaba equivocado.

—¿Te acordaste? preguntó cómo si hubiese sido la cosa más adorable del mundo.

—¡Claro que me acuerdo de qué querías hacer cuando crecieras! exclamó orgulloso □ no dejabas hablar de eso.

Las mejillas de Karen se sonrojaron; embozó una sonrisa cohibida, bajando su cabeza e intentó protegerla con sus hombros. La sonrisa de Karen le pareció algo hermosa y honesta; se sintió a gusto de habérsela encontrado porque su presencia les daba cierto calor a las cosas. Era la misma sensación que experimentaba cuando pasaba el tiempo con ella en el pasado, ahora, con sus problemas atrás y con ella al frente, nada parece importante.

—Y... vaciló, mirando al suelo, tratando de buscar un tema de conversación que no lo hiciera ver como un tonto □ ¿qué has hecho? ¿Cómo

estás?

—Bueno □ Karen no sabía que contarle ni qué le podría interesar al príncipe □ estoy trabajando como terapeuta, no como doctora □ aclaró □ las cosas cambiaron un poco con el tiempo, y descubrí mi vocación en la terapia ocupacional.

—Vaya □ dijo Diego, animado.

—Sí, fue una transición extraña para mí □ repuso Karen, bajando la mirada, mientras jugaba con su pie haciendo círculos en suelo y respirando el olor a juguetes nuevo que impregnaba el lugar. Levantó la mirada y se fijó en él □ Y tú ¿Qué has hecho?

La pregunta le pareció estúpida, sabía que había hecho, a pesar de haberse alejado hace tanto tiempo, sabía más de la vida del príncipe que de su propia vida.

—Bueno, me casé, tuve un hijo.

—Sí, eso escuche □ trivializó.

—Jajá □ Diego, consiguió el sarcasmo en sus palabras □ Sí... fue hace tanto tiempo. Ahora soy un hombre casado, el mismo príncipe estúpido que conociste en el pasado, pero con un hijo.

—Tienes más responsabilidades

—Claro, como padre.

—Eso es importante... Karen miró alrededor, estaban en una juguetería y ella sabía que él no salía sin su pequeño □ ¿Y tu hijo?

—¿Alfonso? Diego buscó a su alrededor, habiendo olvidado por un segundo que lo había dejado con su amigo. □ Este...

—¿Perdiste a tu hijo por venirme a buscar? □ se preocupó.

—No, no... āseveró. □ Solo que no... rēcordó □ Ah... sí, está allá afuera, con un amigo.

—¿Afuera? ¿Lo dejaste afuera de una juguetería?

—Sí, suena extraño.

Diego sintió un poco de culpa; eso lo había pensado antes, pero, no era el momento para intentar culparse de algo que no tenía caso. Miró alrededor,

trató de irse, pero la presencia de Karen lo detuvo...

—Si quieres... puedes venir conmigo. □ Dijo Diego, un tanto nervioso.

Karen tomó aquella invitación como algo más que un simple ¿quieres venir conmigo?, sentía que guardaba un secreto detrás, que tenía un trasfondo más complejo que una simple pregunta insignificante. Había dos posibles razones: o lo había exagerado o estaba en lo correcto.

—¿Quieres que vaya contigo para dónde? preguntó para asegurarse.

—A que conozcas a mi hijo, creo que deberá estar preguntándose por qué entré todo apurado a la tienda □ dejó escapar una risa nerviosa, como si hubiese hecho algo estúpido que pudo haber evitado.

—Está bien □ dijo sin pensarlo mucho.

Diego le hizo una seña con la mano para que lo siguiera, como si fuera necesario para marcar el paso e indicarle que podían caminar. Se sentían extrañamente incómodos y a gusto a la vez.

—Y, entonces...

Diego no sabía cómo comenzar una conversación diferente sin parecer un idiota, así que solamente arrastraba el contexto del tema anterior y le introducía algo nuevo para no dejar morir su charla.

—Eres terapeuta ocupacional □ añadió □ ¿Y qué haces siendo terapeuta ocupacional?

—Bueno, □ Karen apresuró su paso para estar a la misma altura que él □ me encargo de rehabilitar y habilitar a las personas que tienen ciertas limitaciones o enfermedades.

—¿Niños?

—Sí, más que todo niños. Podría estar trabajando con adultos, pero me gustan los niños así que...

—Ya veo □ dijo, sin haber entendido mucho lo que hacía. □ Entonces ayudas a niños enfermos □ vaciló □ ¿de qué?

—Autismo, con problemas sensoriales, perceptivos, con retraso mental, asperger □ arrastró la última sílaba, dando a entender que era una lista larga.

Caminaban entre los pasillos que llevaban a la puerta en donde, hasta donde

sabía Diego, se encontraba su hijo y su mejor amigo. Los dos se miraban a los ojos o al frente, pero siempre trataban tener contacto visual; no se quería perder de vista.

—Oh, ya veo, ya veo □ aseveró. □ Qué bueno, y... ¿te va bien?

—Sí, hago lo que me gusta, tengo mi propia consulta en una clínica. Se podría decir que me va bien.

—Vaya, eso es bueno. Es bueno que hayas emprendido en lo que te gusta y, supongo □ la miró a los ojos □ que eres buena.

—Sí, eso creo.

No sabían de qué más hablar que no fuese obvio. Cada uno tenía una vida aparte de la cual no tenían mucho que decir. Karen, por su lado, estaba intentando no hacer la pregunta que quería hacerle a Diego desde que lo vio, el motivo por el cual se había enviciado con su vida en las últimas semanas y lo que, al parecer, los llevó a encontrarse. Quería saber todo al respecto, no como una fanática desesperada por información, sino para conocer su estado emocional, todo lo que pesaba y cómo estaba enfrentando aquella situación.

—Este... Divagó, insegura en si preguntar o no □ y... ¿cómo te está yendo últimamente?

—¿Cómo me está yendo? Diego pensó saber a qué se refería □ bueno, no muy bien. Supongo que lo sabes.

Karen entendió de inmediato el giro que había tomado la conversación.

—Bueno, sí, me contaron una que otra cosa hace unas semanas.

—Sí... eso supongo □ Diego dejó de intentar verla a los ojos para sólo enfocarse ahora en el suelo, a unos cuantos metros de él.

Cruzaron unos cuantos pasillos como si se tratase de un laberinto. Diego evitó la mirada y hombros de las personas que estaban en frente suyo casi como si fuese una habilidad mientras que Karen trataba de mantenerle el paso, haciendo lo mismo que él para estar a su nivel. Lo observaba perderse entre las personas y no le quitaba la mirada de encima.

—Este... sí. Si quieres no hablamos de ello □ reconsideró la delicadeza del asunto.

—No, no te preocupes □ la miró a los ojos □ quiero hablar de ello. Es

importante...

En lo que pude, le conté lo que había sucedido, hablamos de las cosas que me habían pasado hasta ahora, lo que yo creía que me había llevado hasta ese momento en el que me encontraba entre la espada y la pared con mi matrimonio, la reputación de la corona y la paciencia de mi padre, el Rey.

Karen escuchó atentamente como la amiga que recuerdo haber tenido en ella tanto tiempo antes de eso. Me hizo sentir a gusto, tranquilo; a pesar de que estaba narrándole mi existencia de los últimos meses, lo que me atañía y los problemas que me estaban siguiendo, todo se sentía diferente.

No era esa misma sensación que experimenté hablando con Max; no era una conversación con un camarada, con alguien que sabía que me entendía, ni con Daniel, de quien sabía que encontraría porque es como la voz de la razón.

Con Karen, las cosas eran diferentes, ella no decía nada, no juzgaba, no daba su opinión. Era una especie de apoyo incondicional, algo propio de una compañera de toda la vida. Me miraba impávida, asentía de vez en cuando y de repente, sonreía cuando parecía decir algo gracioso.

Mi resumen fue bastante detallado, creo que caminamos por toda la juguetería sólo para tener más tiempo a solas. Ella, se mantuvo callada todo el camino, escuchándome y eso me hizo sentir seguro. No sé si se debía a que estaba enfrentando el abandono de mi esposa y me refugiaba en la atención de una mujer hermosa, pero, de lo que si estaba seguro es que confiaba en Karen, así tuviese mucho tiempo sin saber de ella, le tenía confianza.

Diego y Karen hallaron la puerta para salir y se encontraron con Daniel y Alfonso. El príncipe, se dispuso a presentar a su antigua mejor amiga con su actual mejor amigo y su hijo; poniéndolos todos al día. La señorita Petrel, intentó irse para no incomodarlos ya que ella misma se sentía incomoda al haber hablado sobre asuntos tan delicados con el futuro monarca de su país, pero los tres insistieron en que los acompañase.

Durante su camino por los bastos pasillos de aquel centro comercial, Diego comenzó a sentir que la respuesta a todos sus problemas se encontraba a su lado. Pero, no sabía a qué se debía. Mientras tanto, luego de caminar por un buen rato, Alfonso le recordó a su padre por qué estaban allí.

—¿Papá? Preguntó Alfonso, repentinamente.

—¿Qué, hijo? Los adultos dejaron su conversación casual acerca de la vida del otro para prestarle toda su atención al pequeño.

—¿No dijiste que iríamos al cine?

Diego estuvo a punto de responder a su pregunta cuando Daniel le interrumpió.

—¿Para qué vas a ir al cine si tienes un cine en tu casa? ¿Ah? dijo, descaradamente.

Karen sintió que había cometido una ofensa, porque eso no se le podía decir al hijo de un príncipe, mejor dicho ¡al pequeño príncipe!

—Pero mi papi me dijo que me llevaría la cine porque no es lo mismo que estar en casa aburrido □ se defendió Alfonso.

—Bueno, pues tu padre no sabe lo aburrido que son los cines normales □ dijo Daniel, agachándose para hablar como si fuese un niño.

Karen observaba la escena en silencio hasta que escuchó al príncipe reírse de la discusión que tenían los dos. Todo parecía sacado de una comedia romántica en donde los cuatros formaban una familia alegre y divertida. Miró a Diego contemplando todo lo que era, lo que representaba, se imaginaba de lo improbable que era que se hubiesen encontrado en tales circunstancias, en el momento en que sus vidas habían tomado el giro repentino que ahora tenían; por lo menos la de él.

Diego, se acomoda para ver a Karen.

—Oye ¿tienes algo importante que hacer más tarde? preguntó Diego.

—¿Algo importante? ¿por qué? Karen miró a Alfonso que continuaba conversando con Daniel.

—Sí, por si estás ocupada y debes irte, tú sabes.

Karen se fijó en Diego, entendiendo la naturaleza de su pregunta.

—Bueno, la verdad es que no tenía más nada planeado para hoy, así que □ dudó □ no sí, no estoy ocupada ¿por qué? preguntó embozando una sonrisa inocente.

—¿Quieres ir al cine con nosotros? preguntó confiado □ yo invito □ señaló, creyendo que si no lo hacía se negaría.

—Oh, este... no sé ¿no tienes problema con que vaya?

Diego, se fijó en su amigo y su hijo y levantó la voz.

—Oigan □ los dos dejaron de discutir para ver al príncipe □ ¿tienen algún problema con que Karen venga con nosotros?

Los dos se miraron mutuamente, como si estuviesen discutiendo al respecto con sus miradas y, cuando llegaron a una conclusión silenciosa, vieron a Karen y a Diego y asintieron con la cabeza, sin ningún problema.

—Sí... ¿por qué no? āseveró Daniel, retomando su postura de hombre adulto.

—¿Ves? dijo Diego, demostrando que no había ningún problema

—Bueno, supongo que está bien.

—Perfecto, entonces al cine.

Los cuatro se fueron al nivel de entretenimiento de aquel centro comercial y compraron las entradas a la película apta para niños que comenzaba lo más pronto posible.

Karen, no podía evitar sentirse fuera de lugar estando con el príncipe de Leonardia y su hijo como si fuesen amigos de toda la vida, como si fuera normal estar con ellos y que ella fuese parte de la familia. Y fue, en ese preciso instante, mientras esperaban para pedir las cosas que comerían en la sala, que recordó la fragilidad de ese encuentro.

El príncipe estaba atravesando un posible divorcio con su esposa y, justo en medio del proceso, lo encuentran teniendo tiempo de calidad con una mujer extraña que nadie había visto, porque ella nunca había sido fotografiada, hasta ese día, estaba segura que no existía en ese mundo y que, ahora, las personas reconocerían su rostro en todos lados.

No sabía cómo decírselo a Diego, o siquiera sacarlo a relucir como un tópico cualquiera. Era imperativo que él supiera que ella no podía ser visto con él en público debido a ello, pero no tenía idea de qué decir.

Sus manos comenzaron a sudar, su corazón palpité rápidamente. No es como que estuviesen tomados de la mano, o se hubieran besado, o estuviesen abrazándose a cada rato. Es absurdo pensar que el príncipe no pueda tener amigas o algo por el estilo... sin embargo, no había otra forma de verlo.

El estrés de Karen se comenzaba a hacer evidente.

—¿Sucedo algo? preguntó Daniel.

Diego estaba atento a lo que su hijo pedía para comer mientras que los dos se quedaban atrás esperando por ellos. En ese momento, Daniel observó cómo Karen miraba preocupada a su alrededor, buscando algo, inquieta, insegura.

—¿Qué? ¿Sucedo algo? No, para nada □ dijo a la defensiva.

Daniel se tomó su actitud como si no fuese gran cosa. Se llevó una palomita de maíz a la boca.

—¿Estás segura? Te ves bastante preocupada. □ Karen hizo lo que pudo para no ser tan obvia luego de que le preguntase.

—Nada que ver, sólo estoy □ vaciló □ buscando algo □ lo miró luego de excusarse.

—Bueno, si tú lo dices □ trivializó Daniel; se volvió a introducir otra palomita de maíz en la boca.

Karen, se quedó viendo a todos lados discretamente para no levantar la atención, hasta que sintió que era ridículo hacerlo. Se fijó en Daniel y volvió la mirada hacia abajo, resignándose.

—Creo que no debería estar aquí.

—¿Ah? dijo Daniel, no estando en el mismo contexto que ella.

No estaba al tanto de lo que hizo Karen luego de que dejó de hablar, para él, la conversación había terminado segundos atrás.

—¿A qué te refieres? agregó Daniel.

—No debería estar aquí, con ustedes □ aseveró Karen, suponiendo que él había entendido y solo estaba esperando que se lo explicara.

—¿Qué? No te entiendo. ¿Por qué no deberías estar aquí con nosotros? □ continuó comiendo sus palomitas, indiferente a lo que sucedía.

—Diego está atravesando un divorcio con la mamá de su hijo, no puede ser visto con una mujer en público.

—Ah... articuló Daniel, por fin entendiendo qué le preocupaba a Karen. □ a eso te refieres. □ La actitud de Karen le pareció adorable, así que dejó escapar una sutil risa.

Karen levantó la mirada, sin entender por qué él se reía de un asunto tan serio.

—No te preocupes, eso no importa □ Agregó Daniel, con la mirada fija en Diego; el asunto era tan poco importante que no necesitaba de toda su atención.

—¿No importa? ¿Por qué?

—Porqué si sale con otra mujer eso no es asunto de nadie. □ Se introdujo otro bocado de palomitas, esta vez, tenía el puño lleno de ellas □ además, si algo sale de aquí, o lo ignorará o sólo dirá que eres una amiga y ya. Para lo que respecta a los demás, ellos no saben ni siquiera qué relación tienes con él, así que no pueden sacar conclusiones apresuradas. □ seguía viendo a Diego.

—Pero lo harán.

—Claro, siempre lo hacen, pero, yo que tú no me preocuparía de eso. En el peor de los casos, te tocaría una vida llena de la atención de los medios.

—¿Eso no te parece lo suficientemente malo como para preocuparme? Karen no lograba verle el sentido a su lógica. Daniel continuaba comiéndose sus palomitas.

—Bueno, no creo que suceda, por eso le restó importancia.

—¿Y si creen que soy el remplazo de su esposa?

Diego suelta una carcajada y se fijó en Karen, para sonreírle como cuando se le sonríe a un niño que hace una acusación o afirma algo de forma adorable.

—Qué exagerada eres. No creo que Diego esté buscando un remplazo para su esposa.

—Bueno, si piensa divorciarse de ella, deberá casarse con otra mujer para poder mantener la custodia de su hijo.

—¿Eso dicen? Daniel volvió a dejar escapar una carcajada.

—¿Qué? Eso sale en la ley. □ Karen no entendía el chiste.

Daniel, masticó las últimas palomitas que tenía en la mano. Se fijó en el rostro serio de Karen y cambió de actitud.

—¿Qué? reconsideró el asunto □ ¿En serio? ¿Eso lo dice la ley? Daniel no había leído nunca nada al respecto.

Karen, ante la revelación de que el mejor amigo del príncipe no sabía al

respecto, se sintió realizada porque tenía información relevante para dar.

—Sí, la ley dice que, en caso de un divorcio de un heredero al trono, este deberá tomar a otra mujer como esposa en poco tiempo del mismo o perderá su puesto como príncipe.

—¿Y eso qué tiene que ver con Alfonso? preguntó Daniel, tomándose en serio las palabras de Karen. La miraba fijamente a los ojos, anonadado.

—Que, si deja de estar agraciado por su inmunidad real y diplomática, ella podrá quedarse con la custodia del pequeño. Es decir, lo mismo que pasa con cualquier divorcio, uno de la gente normal.

—¿Qué? vociferó Daniel, impactado y asombrado por la información que manejaba Karen. □ ¿Qué demonios? ¿Cómo puede ser eso siquiera posible? Eso no tiene sentido.

—Lo sé, hay unas leyes estúpidas que no han cambiado. Normalmente son las que conciernen a la realeza.

—No entiendo cuál es la maldita relación con el divorcio y el principado.

—No sé... aseguró Karen □ ya por sí sola es bastante rara e inusual. Es igual que la ley que no permite que el príncipe tome partido en los asuntos concernientes a al gobierno de su nación. Sólo existe y sonríe. Están allí y ya, arruinándole la vida a los herederos al trono.

—Maldición □ reflexionó Daniel.

La situación había dado un giro extraño, realmente extraño para Diego. Daniel no había considerado la posibilidad de que su mejor amigo se divorciase porque estaba seguro que él todavía estaba intentando hacer las paces con su esposa.

Pero, ¿y si realmente se quiere divorciar? Todo comenzó a tener sentido para él, la absurda preocupación de su amigo por la decisión que podría tomar, la insistencia de su padre en que hiciera algo rápido. Todo, absolutamente todo se condensó en una sola idea.

Daniel, se fijó en su amigo quien estaba recibiendo su pedido y a su hijo saltando por algún motivo extraño y alegre a su lado. De inmediato, luego de que una idea le llegó a la cabeza, se volteó y confrontó a Karen.

—¿Y Diego lo sabe?

—Supongo, no creo que no lo sepa. □ Explicó Karen.

—Maldición □ dijo Daniel, con melancolía. □ Que fuerte es todo este asunto.

—Sí, he estado varias semanas preocupada por Diego.

Daniel, encontró algo extraño en sus palabras. Sabía que tenían tiempo conociéndose, que eran amigos de la infancia, pero también sabía que no se hablaban en años. ¿Qué iba a estar haciendo ella preocupándose por él?

—¿Preocupada? preguntó, con sospecha.

—Sí □ vaciló □ preocupada. Cuando me enteré de que le habían sido infiel, supuse que algo así iba a suceder, □ se fijó en Diego, quien venía hacia ellos □ y que se encontraría en medio de un asunto delicado y cómo no lo había visto en persona en años, no sabía cómo lo estaba tomando así que me preocupe. □ dijo, como si fuese muy normal.

Daniel no sabía qué pensar al respecto, ya de por sí todo le parecía raro. Con las palabras de Karen, su extraña preocupación y la noticia que había recibido, lo raro se abrió paso a su vida, así que todo era posible.

—Eso es raro, incluso para una fanática de Diego.

—¿Fanática? Yo no soy una fanática □ dijo, ofendida y a la defensiva. □ Yo no me preocupé porque estuviese obsesionada con él □ recordó las palabras de su hermano y lo que le dijo cuándo la encontró llorando, lo que le hizo dudar de sus propias palabras □ yo □ titubeó □ yo me preocupé por él porque era mi mejor amigo cuando joven y eso me hizo sentir mal por él.

Daniel no tenía motivos para dudar de sus palabras, le importaba poco, pero, le parecía adorable verla negar que no estaba obsesionada por él cuando, tomando en cuenta la actitud que tuvo, decía todo lo contrario.

—Entonces, si estás enamorada de él ¿no estás obsesionada? dijo Daniel, confundiéndola.

—Sí, no estoy obsesionada con él. No sé por qué lo dudas siquiera □ hizo una pausa.

Karen se percató de lo que hizo Daniel al invertir el sentido de las palabras.

—¡Ey! Tampoco estoy □ lo dudó □ enamorada.

Daniel sólo soltó otra carcajada que se vio interrumpida por la presencia de Diego.

—¿Qué es tan gracioso? preguntó, sonriendo para entrar en calor.

Daniel, dejó de reírse para tomarse en serio lo que estaba a punto de decir.

—¿Tú sabías al respecto? preguntó, cómo si Diego hubiese estado al tanto de la conversación que él tenía con Karen.

—¿Qué? El cambio de tono de Daniel tan repentino, le hizo dudar de la seriedad del asunto.

Miró a Karen, quien estaba roja; ignorando que se había sonrojado por haber dado a entender que estaba enamorada de Diego y al no recibir ninguna señal de ella, volvió a ver a su amigo, quien parecía juzgarlo al adoptar un lenguaje corporal muy imponente.

—¿Decirte qué ¿de qué estás hablando? agregó Diego.

—No te hagas el tonto □ insistió; Diego, confundido, miró de nuevo a Karen □ ¿Por qué no me dijiste que había una ley estúpida que dice que dejarás de ser príncipe si te divorcias de Vanessa?

—Ah... de inmediato lo entendió todo □ ¿Cómo... Daniel, intuyó que iba a preguntar así que señaló a Karen con un movimiento de cabeza para darle a entender que fue ella quien le contó al respecto.

Karen estaba apenada, tanto por lo que había dicho por la información delicada que había revelado sin el consentimiento de Diego. Él no recordaba que ella sabía al respecto, lo que hizo que sintiera que lo había traicionado. El día, hasta ese momento, estaba yendo de maravilla, ahora, sentía que las cosas se habían echado a perder sin siquiera llegar a la mitad de un buen fin de semana.

—Oh... ya veo □ añadió Diego, sin más que decir.

Miró a Karen, y asintió con la cabeza aprobando que estaba al tanto de por qué ella sabía al respecto, lo que explicó todo lo sucedido. Ella, por su parte, bajo los efectos de la vergüenza y los nervios, supuso que estaba pidiéndole una explicación.

—No los enseñaron en «Cátedra de la Realeza» que nos hacían ver en el colegio porque tú estabas allí.

—Sí, sí, yo sé. Lo recuerdo □ le sonrió, supuso que así se calmaría, la notaba muy nerviosa.

Daniel se sentía fuera de lugar cuando no hablaban con él y lo apartaban del tema.

—Vamos, Diego. Dime por qué no me dijiste. ¿Cuándo pensabas decírmelo? Exigió Daniel, luego de ver la forma en que Diego desvió el tema. □ Esto es un tema muy delicado.

Karen reprimió la necesidad de hablar mientras ellos dos discutían sus asuntos.

—Sí, sí, lo sé □ titubeó □ pero es que...

—¿Pero es qué? preguntó de manera retórica, sin entender por qué decía eso a estas preguntas □ No más excusas, Diego. ¿Qué sucederá con Alfonso?

En ese momento, pareció que todos recordaron que Alfonso estaba a unos cuantos pasos de ellos y que podía escuchar toda la conversación. Por fortuna, no había escuchado las partes delicadas de la historia.

—Ahora no hablemos de eso □ dijo Diego, reflejando la autoridad de su voz y señalando sutilmente con su cabeza.

Daniel intentó decir algo, dejar en claro que las cosas no podían quedarse así, que necesitaba actuar, que debía tomar una decisión cuanto antes, pero, no podía decirle nada, no podía simplemente hacerlo ahí en frente de su infante, así que sencillamente lo dejó pasar. Respiró profundo para controlar sus sentimientos encontrados y luego de más o menos, asintió con la cabeza.

Mi intención no era contárselo a Daniel de esa forma, él me había ayudado mucho, pero necesitaba que fuese imparcial en el asunto. Si le contaba lo que eso implicaba, entonces habría dicho de una vez que buscara una esposa nueva y me divorciara; él siempre ha querido lo mejor para mí, así que, el que me dijera eso, era lo más lógico que se le habría ocurrido. Sin embargo, se enteró de todos modos.

De alguna forma, estoy agradecido que haya sido ahí, ese día, en ese lugar y con las personas que estaban presente. Eso me facilitó mucho las cosas después, lo que me permitió pensar con claridad y considerar mis opciones.

Una vez en la sala, aprovechando que no tenía a Karen ni a Alfonso cerca, le expliqué mis motivos, lo importante que era ese asunto para mí y la gravedad de mi decisión.

—De nuevo te pregunto. ¿Qué demonios tienes pensado hacer?

—Hasta ahora, no sé. □ Diego se inclina hacia al frente para poder ver a Karen y a Alfonso, saber si estaban escuchando.

Karen estaba al otro extremo de la fila, justo al lado de Alfonso, conversando y comiendo palomitas. Daniel estaba a su izquierda, así que podría hablarle en un tono de voz que sólo él escucharía.

—Si pienso divorciarme, □ añadió, al confirmar que no los escuchaban □ deberé casarme con otra mujer y no sé si consiga a alguien que no vaya a cometer la misma estupidez que Vanessa, cosa que dudo, pero sigue siendo probable □ hizo una pausa □ es decir, no lo creía de Vane y mira cómo resultó todo. Si pienso quedarme con ella, será un detrimento. Todo está jodido.

—Sí... □ vaciló por primera vez □ parece algo serio. Pero, sigo sin entender por qué me lo dijiste antes; si tu problema era que no me dejara llevar por mis preferencias personales, me lo decías y ya. □ Cogió un puño de su caja de palomitas de maíz y comenzó a comerlas.

Daniel se enfocó en la pantalla apagada de cine; aun no comenzaba la película.

—Ya te dije, Dan, es que no quería tampoco pensar mucho en eso. Quería intentar resolver las cosas con Vanessa, tú sabes. Pero, mira, incluso hoy me dejó plantado.

—Pero, ¿qué esperas para decidir? dijo, masticando las palomitas.

—Que todavía no sé si vaya a divorciarme.

Daniel, movió su cabeza y se enfocó en Diego de nuevo.

—¿Todavía tienes dudas? ¿Incluso con Vanessa embarazada de no sé quién? ¿Qué demonios esperas, Diego? ¿Qué te llegue la respuesta como un rayo?

—Algo así...

—No vengas... Daniel no podía creer que su amigo fuese tan indeciso.

—No, no es eso... □ sonrió, tratando de amainar la tensión en el ambiente.

Diego, se inclinó de nuevo para ver a Karen y a su hijo. Los dos se encontraban conversando, jugando con las palomitas como si fuesen amigos de toda la vida. No le pareció raro porque parecía un tipo de cualidad de una persona que trabajaba con niños. Le pareció que era buena en lo que hacía. Sonrió a gusto por la escena y se volvió a sentar bien.

—Es que quiero que Alfonso tenga a alguien que lo quiera □ suspiró □ Esto no es por mi título, eso no me importa, pero si lo pierdo, podré perder la custodia y tener que soportar a Vanessa toda mi vida como mi ex mujer y sin poder ver a mi hijo, en su defecto, si no me divorcio, tendría que soportarla como mi mujer actual, cosa que ya de por sí es una tortura y sin mencionar los sermones de papá.

—Te entiendo. □ Daniel volvió a llevarse las palomitas a la boca. Se quedó quieto, mirando al frente.

—Por eso no lo he decidido todavía. □ Tomó un poco de su gaseosa □ Pero, sin importar lo que decida, será complicado para Alfonso y para mí.

Los dos hicieron silencio por unos segundos, en ese momento, sólo se escuchaba la voz de Alfonso y la de Karen. Los anuncios antes de la película comenzaron.

—¿Y los rumores de tu divorcio? preguntó Daniel, masticando sus palomitas.

—¿Eso? Es sólo un rumor con mucho sentido. O sea, ¿qué harías tú si te engañan con medio mundo?

—Uhm □ Daniel articuló aquel sonido, con la boca llena, en aprobación a su punto.

—Exacto.

—¿Entonces?

—No sé, sólo debo conseguir a una mujer que sepa tratar a mi hijo como suyo, o perderé mi título y con él a Alfonso. O tendré que soportar a Vanessa por el resto de mi vida.

—Maldición.

—Sí, divorcio o hacer lo imperdonable: perdonar a Vanessa.

De nuevo, un silencio entre los dos; que mantuvo la tensión que Diego tanto quería evitar. Deseaba que las cosas fuesen más sencillas, que las respuestas simplemente aparecieran ante él cómo una señal divina o una simple bofetada que aclarase sus ideas.

Mientras que escuchaba a su mejor amigo masticar sus palomitas, a las demás personas hablar mientras en la pantalla del cine se mostraban los cortes de

otras películas y anuncios promocionales de marcas, el príncipe quería que le diesen la solución de inmediato.

En ese momento, escuchó reír a Alfonso. Por un momento, pensó que no lo había escuchado reír así antes, un poco absurdo porque es un niño feliz que siempre se estaba divirtiendo, pero, lo que realmente le pareció extraño, fue con quién lo estaba haciendo, así que, se inclinó de nuevo al frente y lo vio todo.

En ese momento, cómo una epifanía, lo vi. No era propio de mi pensar en ese tipo de cosas, pero «situaciones desesperadas, requieren medidas desesperadas», claro, eso ahora es sólo una excusa, porque lo que vi fue otra cosa.

Vi a mi hijo divertirse con una completa extraña para él, cómo si la conociera de toda la vida, me deleité al notar que aquella mujer de mi pasado, una gran amiga, una gran persona que conocí siendo joven y que ahora era una mujer completamente maravillosa, mucho más que antes, estaba entreteniendo a mi hijo de tal forma que parecía natural en ella, sabía que se debía a su profesión, pero, había algo en su forma de ser, en la manera en que sonreía, en su mirada, en sus gestos, que me obligaron a verla con otros ojos.

La conocía desde pequeño y estoy seguro que todas aquellas coincidencias de aquel día, prácticamente sucedieron para que yo tomase esa decisión. No sabía si ella aceptaría, o si mi padre estaría de acuerdo, pero, yo quería intentarlo, intentarlo con Karen Petrel, mi amiga de la infancia, mi amor de juventud.

Esa mujer tenía algo que no iba a poder encontrar en ninguna otra persona, en ninguna otra pretendiente; ni siquiera porque fuese posible, o que existiese otra igual. Sólo Karen, por el simple hecho de existir, era la indicada. Sus mejillas y labios rosados, su sonrisa perfecta y sus ojos de mirada penetrante, dibujaron en mi un mapa a la solución más perfecta; debía hacer a esa mujer mi esposa.

Nunca esperé que las cosas sucedieran de esa forma. No lo pensé ni siquiera cuando me encontré con Karen Petrel en la juguetería aquel martes cualquiera y, para ser honesto, ni siquiera entendía qué fue lo que me llevó a pensar al respecto mientras la veía jugar con mi hijo. Pero a pesar de lo confuso que parecía, me decidí a tomar en cuenta esa alocada opción.

La decisión fue tan extraña para mí como lo fue para Karen. Cuando se lo mencioné, con la intención de solucionar cuanto antes mi problema, le pareció una idea racional pero que le costó tomar en cuenta.

No sabía qué estaba pasando por su mente ni qué fue lo que la llevó a aceptar; fuera cual fuese la razón, no tuvo el tipo de reacción que esperaba de una persona a la que se le ofrece ser parte de la Realeza. Se notaba intranquila, agradecida por mi propuesta y sin embargo se veía que algo no le parecía de ello. Tal vez era nuestro pasado, lo rápido en que todo sucedió o, puede ser, que todo lo que ser mi esposa implicaba.

No se lo dije inmediatamente, es obvio, no soy un hombre que se toma este tipo de cosas a la ligera. Me dediqué a pensarlo cuidadosamente porque me parecía una idea descabellada. Yo era un hombre con una necesidad y ella parecía ser la candidata perfecta para sustituir a Vanessa luego de la estupidez que cometió estando casada conmigo.

Mientras más lo pensaba más racional me parecía; era la solución perfecta. Ella sólo tenía que llevar mi anillo, ser mi esposa, convertirse en una buena madre para Alfonso... lo que significaba una gran ventaja para mí y me garantizaba que podría mantener la custodia de mi hijo, a cambio, ella obtenía todos los privilegios que mi nombre llevaba con él: mi mansión, mi chófer, mi dinero, mis títulos, y, como una promesa que le hice: su propia cama.

Era un negocio redondo. Sólo tenía que besarme en la boda. Nada más. Podía hacer lo que quisiese, pero, sus condiciones habían sido selladas y entregadas: no se iba a casar conmigo en público antes de que todo lo que estaba sucediendo en aquel entonces se calmase.

Karen aceptó casarse conmigo en secreto en una ceremonia que sólo presenciasen personas cercanas a nosotros y que garantizara que yo

cumplía con la ley que me imponía mi título. Yo accedí a ello, mi padre, un poco descontento por los orígenes de Karen, por su petición y por las medidas que había tomado; también, lo que la convirtió a ella en la Princesa de Leonardia.

Todo parecía ir en orden; hasta que me di cuenta de la realidad entre los dos; las semanas y los meses pasaron y yo me mantenía al margen con ella. Se mudó con nosotros, cuidó de mi hijo y, cuando salíamos, parecíamos amigos, pero, compartíamos prácticamente todo el tiempo juntos lo que me llevó a verla de otra forma. Ya no era mi mejor amiga porque se había vuelto mi pareja ideal.

Cuando la miraba, veía en ella algo que nunca vi en Vanessa, algo que nunca esperé encontrar en mi pasada esposa. Tenía empatía, tenía un corazón amplio dispuesto a dejar entrar a mi pequeño hijo Alfonso, a darme una oportunidad. Pasó a ser mi esposa ideal.

Y yo, ya no era el cretino sin cabeza que solía ser, no ese que pensaba sólo en sí mismo cuando nos conocimos; el tiempo me había cambiado y ella lo había notado. En ese entonces era un hombre millonario en todos los sentidos de la palabra, tenía éxito, un gran futuro y, más que todo, era un feliz padre.

Creía que Karen tenía todo lo que podía desear, pero, entre tanto tiempo juntos ¿qué pasaba si yo terminaba deseándola a ella?

Karen Petrel se había despertado aquella mañana como la legítima Princesa de Leonardia, al igual que lo había estado haciendo los últimos meses desde que decidió casarse con el príncipe a causa de su propuesta de matrimonio, la mejor opción que tenía para garantizar la felicidad absoluta y poder quedarse con su pequeño hijo.

No sabía cómo lidiar con tanta información, ni siquiera a meses de haber aceptado. Había asimilado tantas cosas juntas que no conseguía un poco de sentido en ninguna de ellas a pesar de que claramente lo tenían. Todo le parecía irreal: las sabanas de algodón que la arropaban, la total calma de aquella inmensa mansión en la que se hospedaba Diego y su hijo.

Las atenciones, los lujos, lo que llevaba el título con ella. Karen no sólo estaba segura que todo parecía sacado de un perfecto cuento de hadas, sino que, las cosas que la rodeaban la trasladaban a un lugar de ensueño que no podía creerse todavía.

Se bajó de su cama como todos los días después de su matrimonio secreto con el príncipe, y comenzó su rutina diaria. No tenía que trabajar, ahora no necesitaba siquiera levantar un dedo, pero, no podía apartarse de su forma de ser, de su naturaleza, por lo que, a su manera, le había pedido eso a Diego.

—Quiero poder trabajar □ pidió Karen.

Los dos se encontraban en la sala de aquella inmensa mansión, frente a un televisor, con Alfonso dormido en sus piernas y unas copas de vino en la mano, repasando el pasado que habían compartido y los términos de su actual relación. Tenían varias semanas de casados, compartiendo el mismo techo y, a medias, la misma vida.

—¿Trabajar? ¿Por qué? No necesitas trabajar más.

Karen negó con la cabeza, segura de su decisión.

—Me gusta lo que hacía, además, aquí sólo tengo que pedir las cosas y se hacen. No estoy acostumbrada a eso, quiero seguir trabajando.

—Pero para eso tendrías que salir de aquí resguardada □ dijo Diego □ no quisiera que te sucediera algo.

—Pero si nadie sabe que estamos casados, ¿por qué necesitaría yo protección? preguntó Karen, sin ver la relación con su petición.

—Uno nunca sabe, Karen □ Diego subió su pierna en el sofá, acomodando a su hijo para que no se moviera y quedar de frente a ella □ cualquier persona podría saberlo ya.

—Nos encargamos de que eso no sucediera □ se llevó su copa a la boca y sorbió un poco del vino.

Diego, sintió que no tenía caso. No recordaba lo necia que era cuando tomaba una decisión, aunque debió darse cuenta de ello en el momento en el que le presentó sus otras condiciones para casarse. A pesar de que le parecía un poco inusual y que no tenía motivos relevantes para hacerlo, sentía que sólo podía resignarse y rendirse ante sus demandas.

Respiró profundo.

—Está bien, no sé ni siquiera por qué me lo dices, no necesitas mi permiso para nada.

Karen se giró para verlo y le embozó una sonrisa.

—No te estoy pidiendo permiso, sólo te estoy avisando □ dijo con un tono de voz muy amigable.

Diego hizo un sonido nasal acompañado de un:

—Uhm.

—¿Qué? Sólo te estoy diciendo. □ Karen sonrió de nuevo, cómo si se tratase de algo tan obvio que era gracioso.

—No, pues, sólo digo. Pero, cuéntame: ¿Por qué quieres trabajar? preguntó, reformulando su punto en su mente.

—Porque no me gusta estar así, sin hacer nada. Quiero poder hacer lo que me gusta, por lo menos por un tiempo, mientras me adapto y podamos hacer esto público.

—Ya veo.

—Sí, quiero poder hacer algo con mi vida ¿sabes? Yo estudié para ser lo que me gusta, ahora que tengo la opción de no serlo, no quiero tomarla. Quiero poder disfrutar esta extraña y nueva aventura □ tomó de nuevo un sorbo de su vino □ y hacer lo que me gusta al mismo tiempo. ¿Es mucho pedir? se fijó

en el espacio vacío entre ella y el televisor; no veía lo que en él se mostraba. Solo, tenía la mirada perdida.

—No, te entiendo. Supongo que lo que quieres hacer tiene sentido. Sólo necesitabas decírmelo de esa forma. □ Vaciló. Miró al frente, a un televisor enorme pero en mute. □ Yo no quiero levantarte barreras; me hiciste un gran favor al decidir casarte conmigo y lo menos que podría hacer por ti es darte la libertad que te mereces. □ Agregó, luego de suspirar y sorber el vino de su copa.

Karen se desconcentró de su contemplación al vacío y giró su cabeza para fijarse en Diego. Diego, estaba siendo lo más amable que podía ser, algo que no siempre hacía en el pasado; ella sabía que era un hombre bueno, con buenas intenciones, pero, ahora, se notaba más maduro, más sabio.

Le gustaba esa nueva faceta en él, una que no demostraba inseguridad ni miedo; además de la ventaja añadida de que se trataba del príncipe de Leonardia, del joven chico del que una vez se enamoró y con el que ahora tenía la oportunidad de compartir una vida.

Y, mientras se acicalaba para ir a su trabajo de la forma en que lo hizo durante todas las mañanas luego de esa conversación, no podía dejar de pensar en el rostro sereno y cuadrado de Diego cada vez que cerraba los ojos.

Salió del baño, con una toalla envolviendo su cuerpo, sintiéndose en un lugar surrealista, en otro mundo, en otra época: las paredes altas, las decoraciones delicadas de la pared y los detalles en cada detalle de los detalles de aquel cuarto, parecían hecho por un centenar de pequeños escultores que no sólo se encargaban de cuidar todos los aspectos de aquel inmenso cuarto, sino que, lo hacían a la perfección.

Karen, no podía evitar perderse en la belleza de las cosas a su alrededor, en la tranquilidad y las maravillas que un mundo completamente diferente al suyo podría ofrecerle.

Cuando ya estuvo lista, bajó hasta la cocina para recibir su desayuno con su nueva familia.

—¿Ya estás lista para trabajar? preguntó Diego, dejando el bocado que estuvo a punto de llevar a su boca.

—¡Karen! Alfonso se bajó cómo pudo de su asiento y corrió hasta Karen para saludarla cómo si tuviese tiempo si verla. No le llegaba sino un poco más

arriba de las rodillas.

—Jajá □ articuló Karen, encantada con la bienvenida de su hijastro □ buenos días Alfonso. ¿Cómo amaneciste?

—Bien... dijo, alejándose de ella e intentando subirse de nuevo a la silla.

—¿Estás comiendo ya?

—Sí... respondió, sentándose en la silla luego de luchar para subirse.

—Vaya, que bueno. □ dijo, acercándose a el pequeño.

Karen, giró su rostro y se fijó en la mirada de Diego, a lo que respondió con una sonrisa nerviosa y cohibida que le hizo sonrojarse. No sabía a qué se debía, ya era hora para que dejara de sentirse cómo una adolescente a su lado.

—Buenos días, Diego. □ dijo, acomodándose el cabello luego de sentarse al lado suyo, entre él y su hijastro.

—Buenos días, señorita Karen. ¿Cómo durmió? Diego, volvió a coger su tenedor y retomar su desayuno.

—De maravilla.

—¿Ya te estás acostumbrando a tu nueva cama?

—Sí, tardé un poco. □ dijo, viendo el plato que del que le hacían entrega como si hubieran sabido en cuanto tiempo tardaba en bajar para servirselo recién hecho.

Aclaró su garganta y tomó el tenedor. No levantó la mirada.

—Ya veo. Y ¿qué tienes planeado para hoy?

—Bueno, voy al trabajo, cumplo mi horario y, no sé, tal vez vaya a alguna tienda a dar unas vueltas, tratar de hacer lo que haría una persona normal.

—Yo soy una persona normal □ interrumpió Alfonso, sin estar al tanto de nada de lo que estaban hablando.

—¿En serio? Preguntó Diego entre risas □ Entonces, ¿qué vas a hacer hoy, persona normal?

—No sé. □ respondió, prestándole más atención a su comida que a su padre.

Diego soltó una carcajada.

—Entonces, saldrás a dar unas vueltas □ repitió Diego □ ¿Quieres que te

acompañe?

Los dos conversaban sin verse a los ojos. Sentían que, si lo hacían, podrían dejar en evidencia lo que estaban comenzando a sentir por el otro. Se sentían a gusto en esa reunión familiar, les parecía tan real como todo lo que les rodeaba, pero, el elefante en la habitación no quería irse.

Habían pasado meses desde que se casaron, la noticia de Vanessa parecía no estar cerca de acabarse porque los rumores de que ya se había divorciado del príncipe estaban corriendo por todos lados. Para sorpresa de ellos, las personas no tenían conocimiento de la ley que los obligaba a casarse o él habría perdido el título de no hacerlo, por lo que nadie esperaba que estuviese casado ya. Pero, para Diego y para Karen, eso era diferente.

Ellos lo sabían y era algo con lo que no querían seguir, su idea de una familia feliz no era estar viviendo todas sus vidas en secreto ni por separado, y eso era lo que pensaban, con lo que se dormían día tras día en esos últimos meses que estuvieron casados a pesar de no expresárselo al otro. Karen comenzó a comer su desayuno, tratando de ignorar el hecho de que ahora era la princesa de Leonardia.

Yo no quería decirle las cosas que sentía a Karen porque todo parecía tan apresurado, incluso con más de seis meses de casados. No sabía cómo acercarme a ella sin sentir que invadía su privacidad, o contarle lo que pensaba, lo mucho que me gustaba que estuviese con nosotros sin que pareciera acoso o algo más. Poco a poco comenzaba a desear estar con ella como deberían estarlo una pareja de casados. Compartir la misma cama, tomarla de la mano y contarle al mundo que vivíamos juntos.

Pero, estaba nervioso por contárselo, por hacérselo saber y por preguntarle si ella se encontraba en las mismas posiciones que yo. Para mí todos esos sentimientos frustrantes, sólo me preocupaban a mí.

Karen salió del lugar abordando su nuevo coche, uno completamente preparado para una persona que estaba casada con un príncipe, y se dirigió a su trabajo, seguida de un hombre vestido de negro que la acompañaría para protegerla.

De camino a la clínica, se preguntaba si había algún motivo para continuar con aquella fachada, de que no se conocían, o de que ni siquiera estaban casados. Habían pasado meses desde la ceremonia secreta que habían tenido y poco a

poco la noticia de lo que había hecho su antigua esposa comenzaba a ser menos relevante.

Girando el volante, manteniendo el coche en línea y viendo a los lados para evitar accidentes, Karen se preguntaba si todo estaba bien, si podría dar el siguiente paso, hacerlo real, hacerlo justo. Estaba segura que no podría simplemente echarse para atrás e ir a un punto en su vida en la que no estuviese junto a Diego porque eso significaba que todo lo que habían estado haciendo hasta ahora era una mentira.

De algo si estaba segura, de que todo era real, de que su casamiento no era simplemente un favor que se le hacía a un viejo amigo y que los dos esperaban que funcionara, que fuese un matrimonio normal entre dos personas.

Pero, sin importar qué, todos esos lujos, esa vida diferente y lo que traía con ella, le obligaban a reproducir todos los eventos que la llevaron hasta ese punto en su vida; necesitaba aceptarlo, asimilarlo de tal forma de que, ahora como su esposa, lo sintiese de forma natural.

Semanas después de haberse encontrado con su amigo de la infancia, tras dejar todo en secreto por temor a que las cosas se salieran de control y las personas supieran de algo que no quería, su teléfono sonó. Diego, de alguna forma, encontró su dirección y le llamó.

—¿Aló? ¿Karen? ¿Eres tú, Karen?

—Sí, soy yo. ¿Quién habla?

—Karen, soy Diego. □ dijo, hablaba con apremio □ . Necesito verte, Karen, debo hacerte una pregunta importante.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Qué sucede? Karen se sentía cada vez más perdida.

—Es algo que necesito decirte en persona, Karen. Y no creo que lo puedas asimilar si te lo digo por teléfono.

Cuando por fin se encontraron, diego hizo su pregunta.

—¿Quieres casarte conmigo? Dijo Diego, luego de saludarla, sin filtro ni preámbulos.

—¿Qué? dijo Karen sorprendida y llena de confusión □ ¿Casarme?

Todo había dado un giro extraño, muy complicado para ella. A pesar de saber por qué él lo hacía, la naturaleza de su petición no la dejó pensar. No estaba

arrodillado, no tenían una relación estable ni amorosa como para que eso sucediera, ni siquiera estaba segura si todavía sentía algo por él. Aquello fue tan repentino.

—Sí, Karen. Casarte conmigo.

—Pero □ vaciló □ ¿Cómo que casarme? Tú ya estás casado, Diego. No puedo simplemente casarme contigo así cómo así. Eso significaría que tú... comenzó a pensar claramente. □ ¿Te divorciaste?

—Sí, me divorcié hace unos días de Vanessa. Y, a causa de la decisión que tomé, debo actuar rápido. O me caso o...

—Sí, sí... yo sé □ aseveró Karen. □ Perderás la corona, la custodia de Alfonso, tu capacidad para hablar, todo... □ vaciló □ pero, ¿qué tiene que ver eso conmigo? ¿Por qué yo?

Karen se hizo esa pregunta en ese entonces y la repitió mientras manejaba su nuevo coche por las calles que la llevarían hasta su trabajo. Diego, se las había arreglado para calarse en su pensamiento tan rápido que no podía deshacerse de los efectos secundarios de un vicio que llevaba su nombre y apellido.

—Sólo puedo pensar en ti, Karen, no conozco a más nadie y no confié en otra persona. Si quieres, puede ser simplemente sobre el papel, no tienes que casarte conmigo, o enamorarte o cualquier otra cosa. Solo, te pido que te cases conmigo.

Karen no lograba entender sus motivos a pesar de comprender sus razones.

—Diego, esto es muy raro. No puedo simplemente casarme con alguien que a penas y vuelvo a encontrarme. ¿Qué quieres lograr con eso? Cualquier otra mujer puede estar encantada de casarte contigo.

—Pero, ninguna otra es cómo tú.

Diego, comenzó a explicarle, detalle por detalle su plan, su razonamiento, lo que lo llevó a esa conclusión y lo mucho que eso los beneficiaría a ambos. Karen podría tener todo lo que su nombre le daba y ella sólo tenía que decir que sí. Y, aun, con el pie en el pedal, una mano en el volante y la otra haciendo los cambios del coche, seguía reproduciendo aquella escena en su cabeza.

—¿Tiene que ser ya?

—Sí quieres, podemos esperar, puedes simplemente casarte conmigo y seguir con tu vida. No sé. Sólo no seas como Vanessa. □ vaciló □ Solo no debes ser cómo Vanessa y ya □ repitió nervioso.

—Este... Karen, no quería negarse.

Diego, intentaba mantenerse erguido y firme ante su decisión, tratando de convencerla mostrando una postura segura, comprometida cuando en realidad los nervios se apoderaban de todos sus sentidos. Karen le miraba, convencida con la idea de que podría llegar a ser su esposa, no había aceptado, aun no, pero y ya estaba imaginándose una vida en la que tendría que estar junto a él sin siquiera estarlo.

Para ella, la posibilidad de casarse con el príncipe nunca fue plausible ni lógica. Pero, al verlo hablarle de aquella forma, tocó en ella lo mismo que la obligó a seguir sus pasos desde que supo acerca del escándalo que tuvo.

—Podría ser... Agregó Karen □ podría ser □ repitió con más seguridad.

Karen se había dispuesto a abandonar todo posible deseo de estar realmente con Diego porque su trato era casarse para que no perdiese la corona ni la custodia de su hijo. Comenzaba a dudar si realmente se lo había pedido a ella por la confianza que le había dicho que le tenía, o porque fuese una buena persona. Estaba segura de quien era, para ella, pero no lo que significaba para él.

Se veía en el espejo como la sustituta de la mujer de Diego, sólo eso. Nada más. Le perseguía el fantasma de un deseo que no la dejaba dormir, que no la dejaba concentrarse en su trabajo ni en el resto de las cosas que necesitaba para hacer de su vida cotidiana precisamente eso: cotidiana. No sabía qué pensaba él, qué podría estar queriendo para los dos o si se sentía atrapado por no poder decirle lo que el estar juntos a medias le causaba. Dudaba si era algo personal o mutuo.

¿Ya sería momento de darse a conocer al mundo? ¿De hacer público su casamiento? Era incierto. Quería estar segura, quería saber que lo que tenían era algo serio, real, claro, si es que tenían algo. No sabía si lo que sentía; esa ávida necesidad de estar con él, de poder dormir en la misma cama, realmente era producto de la atracción que sintió en el pasado. Estaba confundida, desesperada por saberlo e intranquila.

Poco a poco, la realidad se hacía cada vez más delgada y difícil de

controlar. No era sólo que estábamos viéndonos todos los días, sino que compartíamos cada segundo que podíamos. Según lo que decía Karen, Alfonso necesitaba un ambiente positivo ahora que su madre no formaba parte de su vida; yo esperaba que eso fuera solo una excusa.

Todos los días, me despertaba y la esperaba emocionado en la cocina a que desayunara con nosotros.

A pesar de no poder verla al abrir los ojos, el tener una reunión familiar en la mañana era, de por sí suficiente para hacerme la semana, además que había conseguido todo lo que había querido con Vanessa. Alfonso, se sentía a gusto con ella. Era una madre atenta; una madre... me costaba aceptar que ahora estábamos casados, que se suponía que todo eso que sentía surreal era la realidad.

El verla, el olerla, el apreciarla cada mañana y cada tarde cuando regresaba del trabajo, era, en conjunto, un deleite y una tortura que no podía dejar de saborear. El amargo sabor de su ausencia desaparecía con el dulce néctar de su llegada cada tarde a las cuatro de la tarde. Sé que no es relevante, pero, el escuchar sus pasos al cruzar el umbral de nuestra casa, me hacía el resto de la vida.

Me fui adaptando a su presencia, a su forma de hablar, a su manera de hacer las cosas. Desde el momento en que la conocí, o cuando nos encontramos aquel martes cualquiera, no me imaginaba que iba a poder tener algo tan especial con ella.

Pero, ¿Cuándo iba a poder estar a su lado como un esposo de verdad? ¿Cuándo podría decirle «te amo»? ¿Cuándo podría verla con otros ojos que no fuese el de un completo extraño? Quería compartir cosas con ella que no se podía compartir con cualquiera.

Al principio, no esperaba que apareciese la necesidad de dormir a su lado, de despertarme abrazado a ella, de bañarnos al mismo tiempo. La verdad, yo esperaba mantenerme al margen, dejar que las cosas fluyeran del modo que quisieran y disfrutar el camino. Lo que pudiéramos lograr, lo lograríamos, pero, no pude resistirme.

No pude resistirme a su perfume, a su caminar, al dulce sonido de sus palabras, al simple hecho de sentirme visto por sus ojos, y, por la forma en que las cosas sucedieron, ella tampoco. ¿Qué si no teníamos control ante el

otro? ¿Control?

No... no podíamos tener control de nada de lo que sucedía en esa casa, no viéndonos todos los días, preocupándonos por la seguridad de alguno de los dos, compartiendo nuestro tiempo libre. Siendo honesto, yo no lo conseguí porque seguía regalándole la función y atención completa de cada uno de mis sentidos. Su mirada, su piel, sus maneras, ¡incluso sus perfectos labios! Con ello no existía control alguno.

Y, no fue sino hasta siete meses después de casados, que realmente supimos cómo amarnos.

Esa noche, en un jueves cualquiera, Karen estaba en su cama, dando vueltas. Las memorias de Diego e lo que hacía durante el día y de lo que compartía, se hacían cada vez más fuertes noche tras noche. Poco a poco, iban quitándole el sueño y manteniéndola despierta por varias horas antes de que pudiera quedarse dormida en verdad.

Se imaginaba compartiendo la cama con aquel hombre con el que se había casado, hablando de cosa triviales, escuchándolo hablar. Su voz se repetía como un eco en su cabeza de todas las cosas que decía durante el día; lo olía entre sus sabanas a pesar de que no estuviese realmente su olor entre ellas.

Se sentía infeliz al no poder estar con él como una esposa de verdad porque la cosa a su alrededor le parecían cada vez más irreales. Debía comportarse como la mujer digna de un hombre de su posición, aceptar de una vez que lo que tenían no era una fachada sino algo que podía convertir en realidad.

Los minutos pensando en él pasaban y se sentían como una eternidad. Recreaba lo que hicieron durante el día y lo modificaba un poco para hacer que todo sucediera diferente; mostrándose a sí misma un hipotético caso en el sí decía otra cosa, lo miraba de otra forma, lo tocaba o le daba un beso en la mejilla, tal vez, podría haber tenido un resultado diferente.

Ese resultado, se hacía cada vez más romántico, erótico o especial de lo que en realidad pudo ser. Se sentía como una niña estúpida fantaseando con cosas como esas.

Por más que lo intentaba, no conseguía relajarse y quedarse dormida. Estaba inquieta, aburrida, hambrienta. Su estómago comenzó a sonar desesperadamente y quitándole el aire como si no hubiese cenado. Así que, habiéndose resignado tras dar tantas vueltas en la cama por un buen rato,

aceptando que no podría pegar ni un ojo, entonces, se levantó.

Tal vez una película y un bocadillo nocturno podrían ayudar. Karen, se levantó de la cama, completamente desnuda y cogió lo primero que consiguió en su armario. Un vestido de seda que usaba de vez en cuando para andar en casa pero que no se había puesto desde que se mudó para aquella gran mansión.

No importaba, no era como que fuese a ver a nadie a esas horas merodeando por los alrededores de la mansión, además, sólo iría a la cocina. Así que, sólo se lo puso. Era un tanto corto y dejaba poco a la imaginación, cosa que le gustaba porque cuando lo compró, esperaba usarlo en frente de alguna pareja, el único problema era que no tenía a quien mostrárselo.

SI diego la veía, podría cumplir su fantasía. Al pensarlo dejó escapar una sonrisa traviesa; muy dentro de ella quería que eso sucediera.

Trató de buscar sus pantuflas y, al no encontrarlas, el hambre le ganó y desistió en su búsqueda.

—Ah, no importa □ dijo, levantándose del suelo. No estaban debajo de la cama. □ No es como que las necesite.

Se estiró el vestido como si pudiera tapar un poco más de lo que ya, de por sí, no tapaba muy bien. La idea de mostrárselo a Diego desapareció inmediatamente cruzo la puerta de su habitación porque sabía que era ridículo siquiera pensar al respecto. En medio del camino, el frío, comenzó a penetrar por debajo de su pijama haciéndola arrepentirse de haber cogido esa prenda. Ya era muy tarde, podría cambiarse una vez que consiguiera aplacar esa molesta sensación de hambre que tenía.

Una noche de un jueves cualquiera, al igual que todas las demás noches en las que me daba por quedarme despierto viendo televisión, me levanté porqué el hambre comenzaba a molestarme. Siempre lo hacía, no había nada que ver en ello, así que me levanté de mi cama, tomé mi bata y fui hasta la cocina por algún bocadillo nocturno. Yo no esperaba conseguirme con nadie.

Alfonso y Karen estaban durmiendo; desde que nos casamos, siempre hacían eso y yo, sin ánimos de estar toda la noche despierto dando vueltas, también me iba a acostar temprano; una que otra vez lograba quedarme dormido, otras, como en esa noche de un jueves cualquiera, no.

Caminé hasta la cocina, dispuesto a buscar mi comida nocturna, sin

esperarme lo que iba a ver.

Diego, antes de llegar a la cocina, había escuchado unos cuantos ruidos que llamaron su atención.

—¿Qué será eso? se preguntó. □ ¿Será Alfonso? cuestionó.

Caminó con cuidado y con pasos largos pero silenciosos para poder ver qué hacía su hijo a mitad de la noche despierto. Para él, en ese momento, no había otra posibilidad. No era como que fuese la primera vez, así que todo apuntaba a que fuera él.

—Ya vamos a ver qué haces de noche □ se dijo, como si estuviese hablando con su pequeño □ yo sabía que eras tú quien se comía el chocolate a escondidas.

Estaba seguro que se encontraría con su hijo montado en una silla con la nevera abierta, pero, al llegar a la puerta, se encontró con otra cosa. De inmediato, al notar que no era Alfonso quien buscaba entre las cosas de la cocina, se paralizó.

Karen estaba vestida con algo bastante corto de seda que, a pesar de cubrir las partes importantes, lo obligaron a imaginarse que había más allá de los límites de tela. No sabía que decir, ni cómo hacer notar su presencia, ya que, por haberse acercado en silencio, había minimizado el ruido en sus movimientos

Se aclaró la garganta, lo único que pudo lograr superar su parálisis.

En ese instante, Karen se dio la vuelta cómo si la estuviesen atrapando haciendo algo malo. Asustada, dejó lo que tenía en la mano sobre la mesa y se tapó porque, por alguna razón, se sentía desnuda.

—Diego... tú...

Al ver que Karen se tapó, entendió que no quería que la viese, así que apartó la mirada, embozando una sonrisa.

—Karen... este □ vaciló □ buenas noches.

—¿Qué haces aquí? Oh... cierto □ dijo, tras notar lo tonto en su pregunta □ es tu casa, claro que puedes estar aquí.

—Jajá, sí, fue una pregunta bastante tonta. □ Dijo diego, riéndose, sin mirar a Karen.

—No te rías, sólo me asusté.

—Tranquila, sólo no sabía que estabas aquí. Yo sólo vine por un bocadillo y cuando escuché un ruido, creí que era Alfonso. No me esperaba encontrarte así □ vaciló □ este... no esperaba que fueras tú.

Karen, bajó la mirada a sus brazos, que se encontraban tapando sus pechos y su entrepierna. Se percató de que no hacía mucho así que se relajó y acomodó cómo pudo el vestido. Se aclaró la garganta.

—Este, no... no te disculpes, estás en tu casa, no importa...

—Pero, yo. □ Dijo, queriendo poder verla, pero sin saber si podía hacerlo.

Karen, notó que intentó moverse.

—No hay necesidad de que apartes la vista □ dijo Karen.

Diego, se fijó en ella y, así, pudo detallarla. El vestido, dibujaba perfectamente su silueta, dejando en evidencia cada uno de los pliegues de su cuerpo. Sus piernas desnudas, porque el vestido sólo tapaba su trasero, se veían brillantes y atractivas. No era un hombre fetichista, pero, en ese momento, juró que el cuerpo de Karen era su nuevo fetiche.

Aclaró su garganta, tras perderse en su cuerpo. Karen lo notó, lo que hizo que se sonrojara un poco.

—Yo ya me iba □ agregó ella.

—¿Qué? No, no te vayas. No tienes por qué irte. □ Exclamó Diego, entrando por completo en la cocina y acercándose por unos cuanto centímetros a ella. □ ¿Te molesto?

—No, no es eso. Es que... de repente, tembló, lo que interrumpió sus palabras □ me estoy congelando. Solo vine a ver que había y luego me iba a cambiar para regresar.

—Oh, bien □ Diego, se acercó a ella poco a poco, desatándose el nudo de su bata.

Karen, se imaginó tantas cosas en ese momento, que sus latidos y su respiración se agitaron. ¿Por qué se estaba acercando? ¿Qué iba a hacer? No pensó en otra cosa que no estuviese relacionada con ello. En lo que Diego se quitó la bata, pudo verlo sin camisa. Sólo llevaba un pantalón para dormir y, al parecer, unos bóxers. Su torso, estaba completamente desnudo.

No era un hombre fornido, ni con un abdomen redondo. Sus músculos estaban

dibujados, se podía notar cada cuadro de sus abdominales, la forma de sus pectorales, el cuadrado de una espalda de hombre adulto y deportivo y una «v» que comenzaba un poco más debajo de su cintura y se perdía dentro de su pantalón obligándola a imaginarse hacia donde llevaba la intersección de esas dos líneas. Se mordió el labio, pensando en lo más descabellado que podía.

—Toma □ agregó Diego, ajeno a lo que estaba pasando en la mente de Karen. Le extendió la bata □ para que te tapes.

Esas cuatro palabras no pudieron haber sido dichas en peor momento que ese. Karen sintió como todo ese calor que la había invadido al verlo semi desnudo, se disipó por completo. Al parecer, sólo quería ser amable.

Karen, aclaró su garganta para poder hablar, y no dejar escapar su voz lasciva, la cual esperaba para salir en cualquier momento.

—Este... no □ levantó las manos para que se detuviera □ no, ¿y tú qué?

—Descuida, no tengo frío.

—¿Y por qué tienes bata?

—Costumbre □ aseveró □ no me gusta mucho andar sin camisa por ahí.

—No, pero si quieres solo me voy a buscar algo más cálido y que cubra más. No es necesario... Diego la interrumpió.

—No, vale, descuida. No seas necia. Toma □ insistió, moviendo el brazo, para que ella tomase la bata.

Karen, resignada, la tomó. Mientras se la ponía, sentía el perfume natural de Diego en su interior y el calor que su cuerpo probablemente estaría emanando en ese momento. Se sentía increíblemente acogedor y agradable. No pudo evitar respirar profundo para hacer que el aroma de su príncipe se calara en sus fosas nasales.

—¿Tienes hambre? Preguntó Diego, tras ver lo que Karen había puesto en la mesa: dos tomates y una lechuga.

Karen, baja la mirada y luego ve a Diego. No serviría de nada decir que no.

—Bueno, sí □ vaciló □ un poco □ agregó, avergonzada.

Tener hambre a esa hora no parecía propio de una dama. Era normal en ella, pero, ante Diego, todo le era diferente.

—¿No podías dormir? preguntó, sentándose en una de las sillas a su derecha.

Los dos quedaron uno frente del otro. Diego: sentado son los hombros sobre la isla que separaba la enorme cocina. Karen: parada entre la enorme nevera y esta.

—No, sólo □ vaciló para no decir lo que la llevó a pararse □ sólo no tenía sueño, así que pensé que podría comer algo y ver una película.

—¿Sola?

—Bueno, sí. No es cómo que hubiera alguien más con quien verla.

—Yo puedo verla contigo □ dijo, luego de levantar la mano para ofrecerse.

Karen embozó una sonrisa ante el gesto.

—Si quieres, claro □ agregó.

—Por mi está bien.

—Vale □ dijo Diego, comportándose con naturalidad.

Se levantó de la silla, exhalando con fuerza como si estuviese decidido a hacer algo importante. Se acercó a Karen y abrió la nevera. La observó, escrutando lo que había adentro.

—Entonces, ¿qué tenías pensado preparar? miró por sobre su hombro hacia la mesa y luego a Karen.

—Tenía pensado preparar unas palomitas, y un emparedado, pero cómo no las encontré porque no sabía dónde buscar □ hizo una pausa, como si hubiese cometido un error □ sí, ya sé, ya es como para que sepa en dónde está, pero no sabía □ se defendió □ así que se ocurrió que solo un submarino y una gaseosa.

—Vaya □ la miró sorprendido □ ¿Todo eso para un bocadillo nocturno? resopló □ yo tenía pensado en un emparedado sencillo con mermelada y alguna otra cosa.

—Bueno, tengo hambre □ dijo apenada □ y cuando tengo hambre quiero comer rico. □ bajó la mirada.

Diego, embozó una sonrisa y la acompañó con una sutil carcajada.

—Está bien, no tiene nada de malo.

Se apartó de la nevera un poco, sin soltar la mesa y señaló con los labios.

—Las palomitas están guardadas detrás de aquella puerta.

Diego, señaló una puerta de madera grande que parecía una puerta cualquiera a un cuarto diferente. Karen, pasó por detrás de él y se acercó a ella.

—¿Aquí? Preguntó, colocando la mano en el picaporte.

—Sí, esa misma □ dijo después de asomarse rápidamente.

Karen, la abrió. Al hacerlo, todo se iluminó; tenía luces automáticas, pero, por un momento, le dio la impresión de que brillaba como si fuera un tesoro. Había de todo lo que podía imaginarse, de todas las marcas, de todos los tamaños y en diferentes presentaciones. Era un armario grande, tal cual como una habitación cualquiera sólo que llena de cosas para comer.

—¡Woah! exclamó. Todo eso le parecía inefable.

La mera mansión, la cual no le dio ninguna impresión importante, no se comparaba con el tamaño y la relevancia de aquella habitación. Llamarla «armario» resultaba un simple insulto.

—Veo que te gustó □ dijo Diego al escucharla.

—Vaya... tienes de todo.

—Sí, me gusta tener mi cuarto de comida lleno.

—Creí que esto era una habitación más. No sabía que tenías tantas cosas.

Karen, dejó de hablar y se adentró allí para hacer compras. Cogió papas, las palomitas de maíz, galletas. Parecía una niña en una juguetería. De hecho, se comportaba cómo ella lo hacía en una juguetería, sólo que esta vez elegía las cosas que quería para ella.

Diego, sacó varias cosas para agregarle al submarino que Karen había propuesto. En lo que cerró la puerta, se fijó en ella y vio que llevaba los brazos llenos de cosas.

—¡Ey! ¿Te quieres comer todo eso?

—Sí.

—Pero no se va a acabar □ dijo, muy seguro al respecto □ no tienes que comértelo todo hoy.

Karen, con una sonrisa de punta a punta y el brillo de emoción en los ojos, se negó rotundamente.

—No □ porque negar con la cabeza no le pareció suficiente □ yo me lo quiero comer ahorita.

—¿Entonces no vas a querer el submarino? preguntó, moviendo las manos con lo que sostenía (dos bandejas de rebanadas de jamón diferentes).

—No, también me lo comeré.

—¿Estás segura?

—Sí □ aseveró.

Hablaba con el tono de voz de una niña adorable que estaba decidida a hacer las cosas que le gustaban.

—Está bien... dijo Diego, arrastrando cada una de las silabas.

Ambos, se acercaron a la mesa y comenzaron a preparar el emparedado. Diego, había sacado salsas, varias bandejas de jamón, diferentes tipos de queso, rosbif, y otras cosas más que podían agregarle a su sándwich. Karen, estaba emocionada por lo que estaban haciendo.

En ese momento, se sentían a gusto con el otro, habían dejado de pensar en si podían decir algo, en si lo que estaban haciendo los dejaba bien ante el otro. Los dos, se encontraban mal arreglados y trasnochados, lo que les hacía actuar con naturalidad.

—Entonces. ¿Qué película quieres ver? Preguntó Diego, mientras untaba el queso crema en una de las caras del pan.

—La verdad es que no. Esperaba averiguarlo cuando estuviese en frente de la pantalla.

—Oh, claro...

—Pero, si tú quieres, podemos ver lo que te guste.

—No, no, tranquila □ levantó la mirada y sonrió □ tu plan me parece perfecto.

—¿Seguro?

—Claro...

Los dos continuaron con lo suyo. Al terminar los submarinos, Diego bajó una bandeja de plata bastante grande como para colocar las cosas que tenían para comer y Karen colocó las galletas, las papas y todo lo demás que había cogido en tazones diferentes. Abrió las palomitas y la colocó en el microondas.

—Y, ¿por qué no podías dormir? preguntó Diego, habiendo olvidado que ya lo había preguntado.

—Bueno, estaba pensado en... vaciló. Estuvo a punto de decir el motivo por el cual no podía dormir. Aclaró su garganta en varias cosas. Así que me mantuvo despierta. Tú sabes, trabajo, el hambre... esas cosas. Esperaba que le creyera.

—Oh, claro. Sí, sí.

Suspiro de alivio al ver que se lo había creído. No quería parecer muy obvia ni desesperada ante él.

—¿Y tú? ¿Por qué no estás durmiendo?

—Bueno, no suelo dormir tan temprano, pero como ustedes ahora se acuestan antes de las nueve de la noche, sólo estaba dando vueltas en mi cama viendo televisión; pero me dio hambre de repente así que me levanté. Aunque no esperaba verte aquí.

—Sí, también tenía hambre.

—Listo dijo al escuchar la alerta del microondas Las palomitas ya están. Se acercó con un tazón y las sacó del horno.

Las abrió y las vertió en el tazón. Karen sintió el olor a mantequilla derretida y a maíz cocido. El estómago le sonó cómo si entendiese al respecto.

—¿Todo listo? preguntó Diego, con el tazón de palomitas en la mano.

—Sí.

Ambos salieron de la cocina y comenzaron a caminar con rumbos diferentes. Diego sostenía la bandeja y ella llevaba las palomitas. Karen, suponía que irían a la sala en donde estaba el gran televisor.

—¿A dónde quieres ver la película? ¿En la sala o en el cine?

—¿En el cine? ¿A esta hora?

—Jajá Diego entendió su confusión sí, en el cine de al lado dijo

socráticamente y soltó de nuevo una carcajada □ sólo debemos ir a la otra parte de la casa y ya.

Karen, recordó lo que había mencionado Daniel cuando fueron al cine aquel martes cualquiera.

—Oh, sí es verdad que tienes un cine para ti solo. □ Señaló, llevándose unas palomitas a la boca.

—Jajá, sí. Me gustan las películas.

—Sí, a mi hermano también □ dijo con nostalgia.

—¿Lo extrañas? preguntó Diego, luego de mirarla. Ahora él marcaba el rumbo.

Karen, se sentía abrumada por todo lo que había tenido que hacer para ayudar a Diego, y, entre esas cosas, era dejar a su hermano atrás. Gabriel podía cuidarse sólo, pero, por algún motivo, sentía que debía protegerlo todavía.

—Sí... bastante.

Diego, entendía la fragilidad del asunto y lo que eso implicaba. No sabía hasta cuando debían mantener un bajo perfil, pero, en ese momento creyó que ya era suficiente.

—¿Cuándo podremos hacer público nuestro matrimonio?

Karen levantó la mirada, sorprendida.

—¿Qué? ¿Piensas que ya es tiempo?

—Bueno, te preguntó a ti, pues. Tu eres quien lo decide.

Karen, sintió que no era momento para estar triste, así que respiró profundo, se llevó unas palomitas a la boca, embozó una sonrisa y miró a Diego.

—Pero no pensemos en eso ahorita. Hay que disfrutar el ahora. Luego pensamos en eso.

Diego le devolvió la sonrisa.

Ambos, continuaron caminando en silencio y masticando palomitas de maíz. Karen, se llevaba unas a la boca y luego le daba unas a él, colchándose justo en frente para que él las tomara de la mano de ella. Avanzaron unos cuantos metros más hasta que Diego rompió el hielo.

—Y... ¿aciló □ cuéntame, ¿estás cómoda?

—¿Cómoda? ¿Con qué?

—Con esto, tu sabes, la casa.

—Ah... eso □ pensó que era extraña su pregunta □ ¿no crees que es un poco tarde para preguntarme eso?

—¿Lo es? lā miró dubitativo.

—Diego, tenemos siete meses viviendo juntos. Sí es un poco tarde.

—No, vale, no creo. Todo puede variar ¿sabes? Podrías estar cómoda ahorita y no haberlo estado antes, o haberlo estado antes y no estarlo ya. ¿Entiendes?

—Sí, pero no me lo habías preguntado, así que creo que ya no importa.

—Pero no me respondiste. ¿Lo estás?

—Bueno, sí, supongo que lo estoy... cōgió más palomitas, se las introdujo en la boca y le sonrió serrando los ojos.

Diego, privó su necesidad de decirle otra cosa a Karen, así que simplemente se quedó callado hasta que llegaron a la sala de cine. En lo que lo hicieron, eligieron de entre las varias opciones que tenían para acomodarse: camas, asientos amplios, el sofá o el suelo.

—Vamos para abajo □ dijo Karen, en la entrada □ quiero estar cerca.

En ese momento, no había nada entre los dos. Éramos dos amigos que estaban pasando el momento más tranquilo de sus vidas. Eso, por así decirlo, fue lo que más me hizo sentir a gusto ese día. Conversar con ella, de esa forma hacía que olvidase por completo todo lo que me había llevado hasta ese instante.

Allí, sentados, eligiendo una película de entre las muchas que tenía guardadas. Karen y yo estábamos sintonizados. Nos reíamos de las mismas cosas a pesar de que no fuesen del todo graciosas, cogíamos comida del mismo tazón y a veces chocábamos nuestras manos. Todo, absolutamente todo lo que hacíamos, complementaba el movimiento del otro. Entre ambos, sólo sonreíamos y continuábamos con lo nuestro, porque era lo más natural del mundo.

Pero, poco a poco, la situación se hacía más clara para mí. Karen, estaba mi lado en su faceta más natural y perfecta que había tenido desde que nos

casamos, lo que evocó ese tiempo en el que compartimos juntos nuestra infancia y juventud. Me sentía en una zona de confort de la cual no quería salir y eso, me hacía sentir como el hombre más feliz del mundo.

La observaba comer apaciblemente, esperaba a que eligiera una película para coger el submarino y comenzar a comérselo, y me imaginaba una vida feliz a su lado. No cómo una amiga, ni cómo alguien con la que estaba casado y dormía en un cuarto diferente al mío.

No. Me fijé en ella, por primera vez, como una mujer completamente nueva, atractiva, maravillosa y perfecta. Yo ya había detallado esas cualidades en ella, claro. Pero, en ese momento, todo era diferente.

La mujer que estaba ante mis ojos ese día, me hacía querer amarla, me hacía pensar que no había nada en este mundo que pudiese deshacer eso que teníamos. No era sólo el amor, porque para ese entonces no tenía idea de si ella sentía lo mismo por mí, sino una conexión que trascendía el tiempo y la amistad. Estaba encantado con su sonrisa, con la forma en que movía su cabello ligeramente despeinado. La manera en que masticaba las cosas que se llevaba a la boca y la forma en que me veía.

En ese momento acepté que estaba enamorado de ella y, justo ahí, en el calor del momento, decidí que debía amarla con mi cuerpo entero, así que, en un arrebato. Le demostré lo que sentía y la amé.

Karen y diego se miraron a los ojos, luego de tocarse por enésima vez al tratar de coger la misma comida de uno de los tazones de la bandeja. Karen, se sentía completamente a gusto con la presencia de Diego, de tal forma, que ignoró el hecho de que había tenido la necesidad de quitarse la bata.

Ni siquiera lo recordaba. Pero, en el momento en que lo tocó, sintió un extraño escalofrío por todo su cuerpo. De inmediato, se llevó la otra mano, justo al pliegue de su cuerpo y, de forma seductora e involuntaria, comenzó a acariciarse.

Diego, sentía el vaho de seducción que ella emanaba y estaba seguro que podía palparlo. Sus ojos, estaban fijos en el otro, atentos a sus siguientes movimientos. No sabían que podrían llegar a hacer ni lo que el otro quería, pero, sin darse cuenta, estaban de acuerdo, deseando lo mismo, pensando en lo mismo.

Se fueron acercando lentamente, cómo si necesitasen de eso para determinar

que se iban a besar, que querían tener un contacto más físico, más real del que llevaban teniendo desde que se reencontraron aquel martes cualquiera.

Diego, sutilmente, fue apartando la bandeja entre los dos a un lado para que no hubiese forma de hacer un desastre. Podía pensar en ambas cosas a la vez, pero lo que realmente le importaba era lo que estaba a punto de suceder.

En lo que la bandeja estuvo a salvo, prácticamente cómo si lo estuviesen esperando y hubiesen estado de acuerdo desde antes, los dos se abalanzaron sobre el otro en un arrebato de pasión y locura.

Ambos, tomaron entre sus manos la cabeza del otro, porque querían sentirla, querían eliminar esa sutil separación entre ambos a pesar de que no estuviesen tocándose en el sentido físico de la palabra.

Intercambiaban saliva mientras sentían sus labios colisionar en un torrente de pasión; enredaban sus dedos en el cabello del otro, se detenían para tomar aire y verse a los ojos por unos segundos y continuar con su intercambio. Se percataron de que las cosas que estaban haciendo no eran suficiente para llegar al límite que deseaban, al punto de encuentro en el que querían estar en esa situación.

Diego, fue levantándose mientras que seguía besando a Karen. Ella lo seguía, buscando sus labios para no despegarse de ellos. Él la fue guiando hasta una de las camas del cine, por fortuna, había algo cómodo en donde recostarse.

No hablaron, no necesitaban de las palabras para hacer entender al otro lo que querían hacer porque ya lo sabía. Diego, tomó a Karen por la cintura y la acercó más hasta que llegaron a la cama y se dejó caer en esta, llevándosela a ella con él.

Karen se sorprendió, y dejó escapar una risa, levemente ahogada por los labios de su esposo.

—¡Chico! dijo.

—¿Qué? respondió Diego, riéndose también.

—No hagas eso, me asusta.

—No te preocupes □ Diego, volvió a apoderarse de sus labios, besándolos, mordiéndolos suavemente.

Su mano, de forma traviesa, comenzó a jugar con uno de los pechos de Karen,

lo que le golpeó con una deliciosa corriente que recorrió todo su cuerpo. No estaban programados, no sabían que le gustaba al otro; lo único que tenían en cuenta era lo que ellos creían que sería bueno, era bueno, les estaba gustando.

Karen deslizó su mano por el pecho desnudo de Diego, tocándolo, tratando de sentir su cuerpo mucho más cerca. Lo presionaba porque lo sentía irreal, porque parecía que nada de eso estaba sucediendo o se podría repetir. Diego apretaba sus pechos, saltando de uno a otro, besándola.

Comenzaron a necesitar probar otras partes de su cuerpo, así que se dejaron llevar por el movimiento de sus labios, concentrándose en el cuello, en la barbilla.

Diego se fue directo hasta su pecho, bajando un poco la tela y descubriendo su seno completamente desnudo. Mientras la abrazaba por la cintura, se llevó el pezón a la boca y Karen dejó escapar un gemido de placer. Respiró profundo, apretó a su esposo contra ella y le besó la frente cómo pudo.

—Sí... ¡exclamó Karen entre gemidos □ qué rico.

Quiso dar el siguiente paso, conocer lo que aquella «v» que vio en la cocina, escondía. Su mano se fue deslizando sobre su abdomen hasta llegar a la liga de su pantalón. Empujó suavemente y la introdujo, rozado su ingle completamente lisa y rasurada hasta llegar a un fuerte, firme y duro falo. Karen, lo acarició un poco y luego lo apretó.

—Qué grande □ dijo, entre sorprendida y encantada.

Diego la abrazó con más fuerza con un solo brazo mientras que con el otro le apretaba las nalgas desnudas, obligándola a sacar el aire que tenía en su cuerpo el cual se escapó como un sutil «ja» en un gemido de placer. Ella, empezó a mover su mano de arriba abajo estimulando el pene que sostenía, ávida a probarlo, controlada por el deseo.

Así que, hizo lo que pudo y se escapó de sus ataduras.

—¿Qué pasó? ¡inquirió Diego, apartando sus brazos y dejándolos caer sobre el colchón.

Karen no le respondió, sólo se acomodó para estar mejor sentada sobre sus piernas; colocó su mano en el pecho de Diego y le dio un pequeño empujón. Él entendió lo que ella quería y se dejó caer en la cama, acostado.

Karen, se puso de rodillas para irse bajando de la cama y llevarse con ella el

pantalón de pijamas de Diego, dejando a la intemperie el pene con el que estaba jugando.

—Ja □ exclamó al verlo rebotar. □ Es perfecto.

Se acercó a él y lo tomó entre sus manos como si se tratase de un tesoro, de un manjar y, de la misma forma, se lo llevó hasta el rostro para olerlo, sentirlo en su mejilla, golpeando sus parpados.

—Es demasiado perfecto □ agregó Karen.

Diego no quería hablar. Había cogido una almohada para poder ver lo que Karen hacía con él, llevándose las manos a la nuca y disfrutando el espectáculo.

Ella, lo besaba, lo apretaba, se quedaba viéndolo fijamente para luego subir la mirada y perderse en los ojos de Diego, quien se sentía encantado, extasiado con aquel desarrollo de los hechos. Atisbó en Karen una expresión lasciva, complacida y complaciente.

—¿Te gusta? Preguntó Diego, con la respiración agitada.

—Me encanta □ aseveró.

De inmediato, bajó la mirada y le dio un último respiro al aroma del pene de Diego, para luego abrir sus fauces y llevarse hasta el interior de su boca. En lo que lo sintió chocando con su lengua, cerró sus labios, apretando el tallo de aquel falo con tanta fuerza cómo pudo. Él, era un hombre que disfrutaba el contacto fuerte, la presión, el peso de una mujer sobre su cuerpo, así que la forma ruda con la que ella se apoderaba de su sexo, le encantaba.

Con su lengua, comenzó a jugar con el glande de su esposo, mientras subía y bajaba su cabeza golpeando los pliegues sensibles de aquel pene con sus labios. Lo succionaba, lo apretaba, lo besaba, lo lamía y lo iba saboreando con el deleite, hambrienta por su sexo.

Karen se introdujo el pene de Diego en la boca de nuevo, con el deleite de una persona que nunca había probado el helado. Estaba consumiendo cada centímetro de aquel hombre sin contemplar más nada porque sólo le importaba lo que tenía al frente. Lo llevó hasta donde pudo sin ahogarse, a lo que Diego le respondía con arcadas de placer que le obligaban a levantar las caderas y le enterraban más el pene. De vez en cuando se turnaba para probar el tamaño de sus testículos.

Karen, descubrió que el tiempo que tuvo a solas había sido tiempo perdido. Aquel pene que la llenaba como si hubiese sido hecho para ella, se ajustaba a la perfección escandalizando cada nervio de su cuerpo, trasladándola a otro mundo en donde las cosas que desconocían eran ahora parte de algo que quería probar todos los días.

De repente, subió su mano para apretar el pecho de su esposo y, de nuevo, llevó el pene hasta los límites de su boca. Diego, tomó un respiro fuerte, al sentir como su pene era apretado por la entrada de su garganta, por los labios de la mujer con la que había decidido casarse.

—Woah □ articuló en un gemido y suspiro salvaje, privándose de sostener su cabeza para empujarla más.

Karen aguantaba la respiración, controlando su reflejo faríngeo y estimulando el glande de su esposo. Tras varios segundos, se lo sacó de la boca, tomando aire en el proceso.

—Vaya... řespiró de satisfacción □ eres grandiosa.

Paso a paso, movimiento tras movimiento, Karen y Diego fueron intercambiando algo más que saliva en ese momento. Sus cuerpos, colisionaban el uno con el otro, tocándose, rozándose, besándose y saboreando cada centímetro del mismo. Ella, luego de un rato introduciéndose a la boca, se recostó e la cama y abrió de piernas para que él le mostrase de lo que estaba hecho.

—Ahora es tu turno □ hizo una pausa □ mi amor □ agregó con una voz seductora y una mirada que la acompañaba.

Diego, acercó su rostro a su entrepierna y respiró su sexo, se deleitó con la humedad de sus labios, con la forma de su vagina. Se acercó más a ella y probó su clítoris, haciendo movimientos circulares con su lengua para causar el mayor placer. Karen, comenzó a mover sus piernas, tratando de controlar la sensación que eso le ocasionaba. Le encantaba, pero a la vez la hacía sentir indomable.

Karen, exclamó de placer cuando Diego le introdujo la lengua, probando sus jugos como si estuviese lamiendo un helado. Extendió su brazo izquierdo hasta la cabeza de aquel hombre y lo enterró aún más su rostro contra su parte baja. Gemía de placer mientras él le expandía las nalgas para descubrir más su vagina.

Al principio creía que sería sencillo, que no se escandalizaría por lo que él hacía, pero, sus movimientos eran cada vez más intentos, más precisos y bien ejecutados. Todo su cuerpo se enloqueció al sentir cómo Diego respiraba sobre ella, la lamía, la besaba y la observaba. Se sentía intimidada, poseída, rendida a sus pies.

—Sí □ decía, entre gemidos □ no, no, no... vociferó, empujando la cabeza de Diego y obligándolo a apartarse de ella. Dejó escapar un suspiro de alivio y levantó su torso, apoyándose con los codos en la cama.

Diego, confundido, obedeció diligentemente.

—¿Qué pasó?

—Es que □ Karen intentaba recuperar el aire que se le había escapado mientras gemía. □ no puedo controlarme.

—¿No te gusta?

—Sí, me encanta □ aseveró, con el rostro dominado por el placer y la fatiga del sexo. □ Pero es que no puedo controlar mis piernas, no sé qué hacer, se mueven solas.

—Pero, si te gusta, deja que te bese.

—Pero...

—No te preocupes □ dijo Diego, embozando una sonrisa y bajando su rostro a la posición que tenía.

Karen no sabía qué hacer; se sentía extraña, incapaz de poder responder adecuadamente. Pero, se dejó llevar por Diego. Quería sentir de nuevo su lengua jugando con su clítoris, sus labios saboreando y succionando los suyos. Sin embargo, en lo que él retomó lo que estaba haciendo, ella sintió de inmediato la necesidad de retorcerse de placer.

Su cuerpo quería escandalizarse, moverse para todos lados sin control alguno, como si cada extremidad de ella tuviese mente propia. Pero, se vio frustrada por algo. Diego, cogió sus piernas entre sus brazos y las sostuvo para que no se moviera.

—Diego, no... pidió ella.

—Deja que lo haga □ respondió, sin apartarse demasiado de la vagina.

Utilizaba sus manos para estimular el interior de su sexo, la lamía por

completo, apretaba su clítoris, le penetraba con los dedos. Karen no podía controlarse, sentía cómo su mundo bajaba y subía tras cientos de ráfagas de placer.

Sentía cada uno de los movimientos de Diego como si se tratase de un escultor que esculpía cada centímetro de su vagina. Le encantaba y a la vez le frustraba no poder moverse. No entendía por qué quería apartarlo y a la vez sentirlo más cerca, más salvaje. Gemía y respiraba con fuerza, dejándose llevar por el deleite.

Con las manos, apretaba su cintura, sus nalgas y, de vez en vez, llevaba la mano hasta la boca de Karen quien se dejaba introducir el dedo y lo succionaba con deleite. Al mismo tiempo, se apretaba los pechos para aumentar el éxtasis que le causaban los besos de Diego.

Gemía, sin ningún tipo de restricción. Se dejaba llevar por el placer, por la adrenalina, por el extenuante deseo que se apoderaba de ella y controlaba sus gritos. Pensaba que no estaban solos, que necesitaba mantener la calma, guardar silencio, pero no le importaba que cualquier persona pudiese escucharlos; eran dos esposos haciendo lo que sus cuerpos les pedían.

La presencia de un tercero era lo menos que importaba. Su voz rebotaba entre las paredes que mantenían el sonido dentro del cine y lo que hacía un eco sublime que retumbaba en los oídos de Diego quien aceleraba los movimientos de su lengua al mismo tiempo en que ella batía sus caderas, intentaba mover sus piernas y se agitaba por completo intentando no gritar más duro.

—Allá voy, allá voy... avisó, para luego dejar que su cuerpo se relajara por completo, consumida por el orgasmo que Diego le regaló...

—¿Ves? dijo levantándose □ no fue tan malo.

Karen abrió sus ojos y lo miró totalmente acabada, sin control de su cuerpo. Pero, no podía negarse a que le había gustado, a que aquella indescriptible sensación la había trasladado a otro espacio, habiéndola destruido y reconstruido al mismo tiempo en cuestión de segundos.

—¿No tienes algo más grande? agregó con un gesto seductor y una voz lasciva.

Diego sólo embozó una sonrisa, mientras se acercaba a ella con el pene en la mano, viendo como abría sus piernas para recibirlo.

Sin mediar palabras, se acercó a su rostro para besarla con la espera de que Karen le respondiera apasionadamente. Ella deseaba tenerlo cerca, que no dejara de hacerla gozar ni disfrutar como llevaba haciéndolo desde hace rato.

Karen respondió a su beso con intensidad y pasión, propia de una mujer que ama su compañero. Lo cogió por el cuello y lo acercó más. El olor que emanaba de su rostro que provenía de los jugos que de ella se escurrían, le resultaba fascinante y delicioso.

Se perdieron por varios segundos en aquella practica antes de que Francis tomase su pene entre sus manos.

—Sí... tengo algo que te puede gustar. □ dijo, apartando sus labios de los de ella.

Se acercó hasta ella y alineó su pene con la vagina de Karen, acercándolo lentamente haciendo que su glande tocase suavemente su clítoris. chocó su pene con su vagina sin penetrarla.

Comenzó a deslizarlo a lo largo y ancho del sexo de su esposa, controlando lo que ella podría sentir. Karen tomo una bocanada de aire mientras sentía el caliente miembro de Diego recorriendo lo largo de su sexo hasta llegar a su puerta. Karen quería sentirlo, pero prefirió esperar... por unos segundos.

—¡Métemelo de una vez! ēxigió, desesperada y ávida.

Diego, se mofó de ella con una sutil carcajada porque le parecía encantadora la forma en que ella lo deseaba, y una vez en posición, él fue deslizándolo hacia adentro sintiendo como los jugos que se corrían desde su interior le envolvían y atrapaban a la vez que sus músculos se contraían para empujar su ser dentro de ella. Karen, abrió sus fauces para tomar una gran cantidad de aire, incapaz de pensar, de moverse, de utilizar alguno de sus sentidos. Por fin estaba completa.

Diego, se acercó a ella colocando su boca cerca de su oreja.

—Estaba deseando poder hacer esto desde hace tanto tiempo. □ Deslizó delicadamente hacía afuera su pene

—Yo también... trató de decir ella, hasta que se vio interrumpida por Diego que, sin haber sacado por completo su falo, lo empujó de nuevo pero con más con fuerza.

En ese momento, otro orgasmo la golpeó de sorpresa. Su vagina estaba

sensible al igual que el resto de su cuerpo y respondió de la manera más adecuada. Estallando en placer.

Él, empezó a embestirla sin prestar atención a su sensibilidad; a sacudir sus pechos, la tela que estaba arrugada en su abdomen, su cabello, sus mejillas y el colchón en donde estaban.

Karen gritaba de placer, gemía ante el choque de sus sexos, de sus almas pensando que aquel era el mejor jueves cualquiera en toda su vida. Sentía cada parte de su cuerpo siendo contraído por el éxtasis y la gloria. Diego, sostenía sus piernas en el aire y la observaba retorcerse; contraerse y relajarse, luchando por controlar sus movimientos y deseosa de más.

Sentía cómo la vagina de su esposa le apretaban, envolviéndolo, estimulando cada centímetro de su pene con la sencilla fricción que generaba. Lo disfrutaba tanto como ella, seguro de que no podría estar haciendo algo mejor durante la noche. Se agitaba, respirando con fuerza el aroma del sexo de su mujer, apreciando los gemidos de placer que profería cada vez que él chocaba con la entrada de su útero o se salía para embestirla con más rudeza.

Karen exclamaba, afirmaba, trataba de abrirse las nalgas, se apretaba los pechos y cogía las sabanas. Estaba inquieta, quería aferrarse a algo. Así que, en un arrebató de sus movimientos, zafó sus piernas de las manos de Diego, y con el mínimo esfuerzo y sin sacarse el pene de la vagina, dominó a su esposo y se montó sobre él.

Comenzó a mover sus caderas al son de su propios sentidos, más rápido o más lento, más violento o más suave. Fluctuaba entre el placer y la gloria con cada roce, con el choque, con el sonido, con el olor. Diego se encontraba acostado, apretando sus nalgas que rebotaban sobre sus piernas, sintiendo cómo su pene era jalado por el cuerpo de Karen cómo si intentase llevárselo como recuerdo del paseo por aquel parque de diversiones.

Ese era su premio de la feria.

Karen comenzó a mover sus caderas como si estuviese cabalgando un toro mecánico. Cogió las manos de su esposo y las puso en su pecho para que los estimulase y apretara, y, con la cabeza viendo al techo y los ojos cerrados, gemía cómo nunca antes lo había hecho, gritándole al cielo que estaba a punto de llegar a sus puertas y que la dejaran pasar.

—¡O dios mío! Sí, así...

Diego exclamaba, mugía de placer y ahogaba su voz con los labios cerrados. Sentía diferente que ella, pero, no quería decir que no lo sintiera tan bien. Karen, aceleraba el paso, moviéndose con más rudeza, dejándose llevar por el deseo de llegar a su siguiente orgasmo de la noche, controlando el pene de su esposo, decidiendo cuando todo eso se iba a acabar.

En vez de saltar sobre él, se deslizaba para adelante y para atrás sin sacar aquel falo, disfrutándolo en su máxima expresión. Karen se inclinó hacia atrás dejando su cuerpo en diagonal, permitiendo así que Diego se apoderara de sus pechos.

De repente, el pene consiguió la forma de salirse por sí mismo. En ese momento, Karen pudo haberlo vuelto a meter, pero, sin pensarlo demasiado, se inclinó hacia el frente, se puso de rodillas, levantó sus nalgas y se dirigió a él sin verlo.

—¡Métemelo otra vez! ¡ē pidió con intensidad, de forma seductora y muy directa

Diego se acomodó para levantarse, inclinarse un poco y ajustar a la perfección su pene con la vagina de Karen. Se detuvo a contemplar con detenimiento aquella perfecta escena. Sus nalgas se abrían dejando verle por completo, casi como si todo aquello solo se pudiera presenciar en sueños. Ella, movía su trasero de un lado a otro, cómo si se tratase de la cola de un perro, con un leve desespero, indicándole que le penetrara de inmediato.

—¡Métemelo, vamos! Dijo, sin poder resistirse al deseo de tenerlo adentro.

—Vale, vale. □ Repuso Diego, dejando de enfocarse en sus nalgas. □ ahí voy.

Tomó sus glúteos con ambas manos y la atrajo hacia su pene, que, al igual que la vagina de Karen, deseaba por completo estar adentro.

Con un movimiento lento, Karen fue sintiendo como aquel largo pene se iba envainado como una espada en su interior, penetrándola de tal forma que no sabía cómo pudo haber resistido tantos meses de casada con ese hombre sin haberse encontrado con algo como eso entre sus piernas. Karen aspiró fuertemente, como si su cuerpo necesitase de tanto aire para sobrellevar la introducción de aquel carnosos agente externo.

La embistió con fuerza, a lo que ella respondía con un grito cada vez que entraba y chocaba con su cervix; una nueva sensación, algo que no había

intentado o disfrutado adecuadamente en el pasado y que, por alguna extraña razón, le llevaba a otro plano astral. Sus extremidades comenzaron a perder la capacidad de sostenerla, no pudo soportar su propio peso por lo que dejó caer su cara sobre las sábanas y puso en reposo sus brazos. Al parecer, no le importaba que su rostro se encontrara en aquella posición, cuando de hecho, la tela se introducía en su boca cuando intentaba respirar, porque, el mero sentir de aquel pene, le hacía olvidar por completo su existencia; se concentraba únicamente en el placer.

La cogió con ambas manos por la cintura acercándola y alejándola de él. Karen gritaba de placer con cada golpe de cadera, deseando que lo metiera más veces por cada una que se salía de ella. Diego la complacía en ese deseo silencioso.

De manera única, sintonizaron sus pensamientos, lo que ocasionó que el otro hiciera lo que uno quería que pasara. Estaban conectado a un nivel diferente de percepción, en donde, las cosas como las conocían, eran reflejo de la existencia única. Algo que se plasmaba ante la idea de que los dos eran uno solo.

Y, de esa forma, seguían conversando con su cuerpo. Los temas que durante tanto tiempo nunca tuvieron la oportunidad de platicar. Fueron desentrañándose en ese instante.

Diego, evaluaba cada centímetro de Karen, explorando todo cuanto podía, haciendo de cada lugar que tocaba una zona totalmente erógena. Ella respondía con un gemido más alto que el anterior, inhalando con fuerza en el momento justo que el pene de su capitán chocaba con lo más profundo de su vagina.

El pene de Diego llegaba más profundo, y la vagina de Karen le abrazaba con más fuerza. Sus embestidas comenzaron a ser más agresivas, más rápidas. Generaba fricción con su piel, con sus manos, incluso el cabello que se movía al compás de sus embestidas le generaba una especie de éxtasis sensorial.

Con un movimiento maestro, Diego le dio la vuelta dejándola boca arriba con las piernas abiertas. Aquella mujer parecía tener mucho que ofrecerle, más placer que darle. Su cuerpo necesitaba exteriorizar su capacidad para reproducirse y él, sin ningún problema, sacó su miembro. Quería controlar lo que saldría y cuando lo haría, así que no tuvo de otra que pararse por unos segundos.

—¿Qué pasó? preguntó Karen, extenuada.

—No quiero acabar todavía.

—Y... vaciló, jadeante □ ¿entonces no me lo vas a volver a meter?

Pero no se acabó allí. Karen pudo recuperar un poco de sus fuerzas y acostó a Diego en la cama. Él estaba a punto de acabar así que era momento de tomar de nuevo el control. Se montó sobre él y comenzó a cabalgarlo otra vez.

En medio de una constante penetración que los trasladó hasta el punto en que ambos solamente se movían y respiraban lo mismo que el otro porque estaban conectados; los dos alcanzaron el éxtasis al mismo tiempo. En el momento en que su pene penetra su vagina, consintieron la gracia de tenerse mutuamente. Karen movía sus caderas suavemente con la intención de que su clítoris chocara con el abdomen de Diego mientras sentía el roce de su miembro en el interior de su vagina.

Era un encanto para ella, porque lo disfrutaba y sabía que Diego lo disfrutaba también. Él, siendo un hombre que apreciaba el contacto profundo, se gozaba los cuarenta kilos que tenía sobre él.

La presión de esas perfectamente redondas nalgas sobre sus piernas, le generaba más placer de lo que podía imaginar. Tanto ella como su cuerpo, expedían un vaho de sensaciones y estrógeno que le hizo falta por mucho tiempo. Sin darle muchas vueltas al asunto, con ambas manos apretó su trasero para marcar el ritmo de sus sacudidas.

—Date la vuelta □ le dijo Diego.

Karen, sin siquiera pensarlo, se giró y le dio la espalda, y comenzó a moverse de nuevo como si estuviese en un toro mecánico.

Gritaba y gritaba de placer mientras que las palabras perdían sentido, que los gestos no tenían forma y sus sentidos se idiotizaban por el gusto que eso le ocasionaba. Diego estaba a punto de terminar, incapaz de poder salirse para no acabar adentro, de controlar sus sentidos y evitar eyacular tan pronto. Karen, lo estaba succionando como si se tratase de un pozo de agua en el desierto. Seguía moviéndose y él no tenía planeado detenerla. Estaba pronto a terminarse.

—Voy a acabar □ exclamó Diego.

—No, todavía no yo... Karen, aceleró el paso, quería que los dos llegasen

al mismo tiempo...

—Pero...

—Ahí voy □ interrumpió ella, advirtiendo lo que su cuerpo estaba a punto de hacer □ ahí voy... sí, sí...

—Voy... ño podía hablar □ a... trataba de controlar las palabras y dejarlas escapar, arrastrando las silabas, hasta que soltó las últimas cuatro de un sólo golpe □ ¡acabar!

Diego soltó su carga en el interior de Karen, al mismo tiempo en que ella se redujo toda sobre su pene. Ambos estaban en perfecta sincronía, consumiéndose mutuamente al instante, quedando agotados y dominados por la fatiga de su sexo.

Karen, se dejó caer sobre él, soltando el peso completo de su peso sin decir nada. Diego, lo recibió con orgullo.

Karen y yo logramos amarnos como pareja aquella noche de ese jueves cualquiera en el cine de la casa. Habíamos logrado completar nuestra relación como dos personas casadas que se querían mutuamente. No había excusas ahora para no compartir como esposa y esposo después de eso. Estábamos a gusto con el otro y no teníamos que estar diciéndolo porque lo intuíamos, nuestros gestos, nuestra forma de respirar e incluso las palabras que obviábamos eran más que suficientes para definirlo.

Karen, tomó aire para hablar y agregó como si hubiese tenido una revelación.

—¿No acabaste dentro de mí? ¿Verdad?

Diego, sintió que había cometido un error; sí lo había hecho ¿acaso no podía?

—Este, sí... pero... estaba apenado. Se dejó llevar.

Karen, lo miró a los ojos, impávida, resistiéndose hasta que no pudo más y embozó una sonrisa acompañada con una sutil carcajada.

—Sólo bromeo. Ya lo sabía □ se dejó caer de nuevo sobre su cuerpo □ y no me importa, soy tu esposa, así que esto es normal.

Diego, sintió que todo su mundo se calmaba por completo, dejándolo flotando en un mar de calma. Estaba tranquilo, a gusto, todo parecía converger a la perfección con todo lo demás. Eso le hizo feliz.

Estábamos seguro que las cosas marcharían de maravilla luego de eso y,

para ser honesto. No había nada que pudiera separarnos. Había otras cosas que no habíamos discutido: la posición de Vanessa, el hecho de hacer público nuestro matrimonio, el formar una familia completa.

Pero, era juntos insignificantes ahora que estábamos juntos de verdad. Aquella noche de ese jueves cualquiera, no habíamos dicho mucho, pero, lo entendimos todo. A partir de ese entonces, nada nos volvió a molestar. Y eso era el pináculo de nuestra felicidad.

UN FINAL DE CUENTO DE HADAS.

9

Entonces, Karen y yo continuamos con nuestras vidas; ahora, no había nada que nos detuviese, que nos hiciera sentir apartados el uno del otro. Luego de casi un año de una relación distante pero lo suficientemente cercana como para hacernos cada día feliz, entendimos que el lugar de los dos estaba en frente de cada uno.

Mi padre, tardó en aceptar que haberme casado de nuevo, aparte de que fue porqué él me había puesto esa condición, había sido lo mejor que pudo haberme pasado y en eso concordamos. No pasó mucho tiempo antes de que hiciéramos público nuestro casamiento en todos los medios; era un millonario cotizado así que casarme era algo que podría afectarle a ella. A pesar de no ser un artista, un actor o nada por el estilo, no importaba porque aun así pertenecíamos a esa parte de la sociedad en la que nos consideraban famosos.

Claro, mi popularidad subió hasta las nubes con lo que hizo la verdadera madre de Alfonso. Todos se preguntaron ¿quién iba a engañar a un hombre que podía darle el mundo? y eso fue lo que disparó el asunto. Ahora, diez años después, ella era asunto del pasado. Gracias a la custodia completa que las influencias de mi padre y las estupideces de la madre de Alfonso nos ganaron, Vanessa no forma parte de nuestras vidas. Nunca fue una buena madre para Alfonso, no cómo lo es Karen ahora.

Y yo, por otro lado, estaba segura de que todo lo que me había llevado hasta conocer a Diego, lo que me permitió reencontrarme con él aquel martes cualquiera, fue decisivo para mi futuro. No sabía que estaba buscando alguien con quien compartir mi vida, ni formar una familia. Antes de que los medios hicieran de él una figura aún más pública de lo que ya era, las cosas para mí eran sencillas. Tenía la edad de una mujer joven y que emprendía en su oficio; no había forma de que me preocupase por esas trivialidades.

Claro, en este punto de mi vida, no me arrepiento de lo que me consiguió haber entrado en aquella juguetería de la misma forma en que lo hacía cuando pasaba por alguna. De hecho, incluso pensé en hacerme de la vista gorda porque sentía que ya tenía suficientes juguetes en mi consultorio. Por

fortuna, no me resistí.

Entonces, esa es la versión de la historia, con unos pequeños ajustes, de cómo nos enamoramos. Karen, en ese entonces era una terapeuta soltera y yo un hombre que estaba atravesando por una etapa complicada de su vida. Las circunstancias nos hicieron reencontrarnos a pesar de habernos distanciado en el pasado y ahora, como una pareja completamente feliz...

—Te tenemos a ti. □ Le dijo Diego a su hija.

Karen y Diego estaban sentados junto a su hija en su cama.

—¿Y qué pasó después? preguntó la niña, acostada en su cama y abrazando sus sabanas.

—Bueno, tu mamá y yo nos amamos, conseguimos hacer que nuestra relación funcionara y recibimos uno de los mejores regalos de nuestras vidas. □ Diego, se acercó a su hija y le dio un beso en la frente □ una preciosa princesita.

—¿Te gustó tu cuento? preguntó Karen, embozando una sonrisa, al otro extremo de la cama.

—Sí □ aseveró la pequeña.

En ese momento, una voz adolescente sonó desde la puerta

—A mí me gustaba la otra versión.

Los dos voltearon hacia dónde provenía el sonido de aquella voz, levantándose para recibirlo con los brazos abiertos.

—¡Alfonso! exclamó la pequeña. □ Llegaste.

—Sí, tengo rato aquí □ dijo Alfonso, embozando una sonrisa y acercándose para saludar a sus padres. □ Hola mamá, papá.

—Alfonso. □ Dijo Karen.

—¿Por qué no avisaste que ya habías salido de la práctica de fútbol? preguntó Diego.

—Porque me quedé sin batería, pero el tío Daniel me trajo así que no hay problema.

Alfonso, cogió uno de los bancos de su hermana menor, y se sentó al lado de su cama.

—Mi versión es mejor.

—¿Cuál? ¿Ah? se le iluminaron los ojos □ ¿Me la vas a contar? dijo la niña pequeña.

—Puede ser, pero no tiene nada de príncipes ni princesas. Es más emocionante. □ Se acercó, como si le estuviese contando un secreto □ tiene acción, suspenso y más acción.

Karen y Diego, fueron apartándose lentamente de la cama, al notar que sus dos hijos iban a distraerse mutuamente. De esa forma, podrían irse a hacer lo que querían antes de que la noche se acabase.

—Pero no es un cuento de hadas.

—¿Y para qué querría yo contarte un cuento de hadas? preguntó Alfonso.

—Porque es mejor.

—Pero si papá no es un príncipe.

—¡Claro que sí lo es! vociferó la pequeña.

—¡Claro que no! replicó Alfonso.

—¡Claro que sí! aseveró la niña.

—Ey, sin gritar. □ Exclamó Diego.

—Ana, preciosa, no tienes que gritar. □ Dijo Karen, con una voz más tranquila que la de su esposo.

—Perdón □ dijo Ana, arrepentida.

Alfonso, se burló de ella, haciendo un mohín odioso con su rostro, propio de un niño.

—¡Mamá! dijo Ana, a punto de llorar porque su hermano no la dejaba tener la razón.

—Alfonso, no lo hagas □ respondió Karen, a pedido de su hija.

—Dile que papá si es un príncipe.

—No lo es. □ aseguró Alfonso.

Karen, se acercó a los dos, colocó su mano sobre el cabello sudado de su hijo y acercó sus labios a la frente de su hija para darle un beso.

—Querida, todos los hombres son príncipes ante los ojos de una mujer que los ama. □ Se apartó de los dos, le extendió la mano a Diego y se dejó abrazar y luego besar por él.

—Pero eso no sucedió así □ insistió Alfonso.

—Lo sabemos □ dijo Diego.

—Solamente estábamos contándole la historia a tu hermana para que se durmiera.

—¡Tiene des años! No debería necesitar un cuento para dormir.

—Y tú tienes catorce, no hay mucha diferencia □ dijo Ana, defendiéndose y sacándole la lengua a su hermano.

—Cállate.

Ambos niños invertían su tiempo dividiéndolo en dos etapas: disfrutando de la compañía del otro y discutiendo. Alfonso no negaba que quería a su hermana, ya que llegó en el momento justo en que él deseaba alguien con quien jugar. Su madre, Karen, le había regalado una de las cosas que el más recordaba que quería, un hermanito.

Karen y Diego observaban a sus dos hijos hablar el uno con el otro, intentando entender cómo llegaron hasta ahí. Entre los dos, se habían convencido que todo lo que habían hecho hasta ese momento fue lo mejor que les pudo haber ocurrido.

Al ver que sus dos pequeños estaban conversando apaciblemente, decidieron retirarse a continuar con su noche. La historia de un príncipe que había sido herido por el amor, que tenía que tomar la decisión más dura de su vida de la cual dependía la felicidad y la custodia de su hijo, no se apartaba mucho de la realidad.

Karen y Diego sí se conocieron cuando eran jóvenes, estudiando en el mismo colegio privado, en donde se habían hecho los mejores amigos e incluso llegaron a desarrollar sentimientos de amor por el otro, y todo iba de maravilla hasta que el padre de él, decidió que necesitaba estudiar en un internado propio para las personas de su clase social. Eso, lo obligó a separarse por tanto tiempo.

Diego, formaba parte de una prestigiosa familia con diversas empresas a su orden, llamadas Leonardia Inc. En honor a Leonardo Da Vinci. Él, era el heredero de su fortuna y, su padre, una persona arcaica, le exigía que debía estar casado y con un hijo que pudiera heredar su legado después de él si quería heredar él todo lo que su padre había trabajado.

Él, había hecho todo lo que su padre siempre le había pedido: se cambió de escuela cuando le obligó, se casó con la mujer que él consideraba apropiada y tuvo un bello hijo que llamó así en honor a su abuelo, de la misma forma en que su padre lo había hecho con él. Por un tiempo, tuvo una vida apacible y feliz que no podía negar, que le demostraba que cosas buenas le pasaban a los hombres buenos, hasta que le llegó la noticia de que su esposa, parte de la familia que poseía una inmensa red de empresas y dinero a su disposición, le había sido infiel.

Diego, tenía la intención de acomodar las cosas, de la misma forma en que lo contaba en su cuento, pero la soberbia e indiferencia de Vanessa, le arruinaron los planes. Así que pensó en divorciarse; algo que su padre no aprobaba.

El padre de Diego le había dado la condición de que, si se divorciaba, lo desheredaría, para que así no perdiese su parte de la fortuna que le daría. Él, hizo lo que pudo para poder convencerlo de que podía hacerlo funcionar, que era lo mejor para todos, dadas las circunstancias del adulterio de su esposa. Estuvo varios meses discutiendo con él hasta que por fin accedió a no desheredarlo con la condición de que se casara de nuevo e hiciera como que todo eso nunca sucedió y que le ayudaría a que ella no se quedara con nada.

La palabra de su padre de que no lo desheredaría, le servía para poder recurrir a él y no perder la custodia de su hijo en la corte ante el divorcio.

Era una gran noticia, los medios la habrían de seguirla. Eso era lo que quería evitar.

Diego, se encontraba en una encrucijada. Ahora, con la palabra de su padre de que no perdería su fortuna con la que pensaba darle la mejor vida a su hijo, debía conseguir una mujer que sustituyera a Vanessa; siendo ahí, cuando Karen apareció de nuevo en su vida. Se encontraron exactamente como lo habían descrito en la historia que le contaron a Ana, al igual que todo lo que llevaban contando, pero con unos sutiles cambios para hacerla más interesante.

La parte en que se mencionaba a Karen en el cuento de princesas y príncipes, no fue tan diferente. Ella era una mujer profesional que se había enterado de la desgarradora noticia de su mejor amigo de la infancia. Ella estaba segura que él se encontraba atravesando una etapa difícil en su vida.

Ambos, convergieron en el pasado y se separaron para volverse a reencontrar y definir un futuro juntos. Diego, logró casarse con una mujer que realmente lo amaba, quedarse con su fortuna y la custodia de su hijo y, a cambio, Karen se había ganado un hombre que la amaba y un hijo que la quería como si fuera su madre real. Al poco tiempo, llegó Ana.

Los años pasaron y su vida solamente cosechaba felicidad y triunfos. Era una relación normal, sólo que tenía cierto aspecto de historia de amor de príncipes y princesas que cualquiera hubiera querido tener.

Karen y Diego, se alejaron de la habitación perdiéndose entre los pasillos de aquella inmensa mansión, prácticamente igual al cuento para dormir que le habían contado a su hija.

—¿En realidad crees que soy un príncipe? preguntó Diego, caminando al lado de su esposa.

Karen, lo observó encantada, embozando una sonrisa de afirmación.

—Claro que lo pienso, eres el príncipe azul que cualquier mujer desea conocer.

Diego, sintió como se le inflaba el ego, para darle paso a la duda.

—¿Por qué le dirán príncipe azul? preguntó, como si fuese una epifanía.

—Cosas raras del pasado. Nada importante.

—Uhm... gesticuló Diego.

Ambos continuaron caminando por los pasillos sin rumbo en aquella casa enorme que tenía tanto para ofrecerles y nunca aburría. Y, mientras caminaban, tranquilamente abrazados, Karen pensó en el uso que podrían darle a esa historia que se habían inventado.

—Deberíamos escribir esa historia, creo que a la gente le gustaría.

—Querida, yo ya escribí ese cuento.

—¿En serio?

—Sí, la verdad, te la iba a mostrar después. □ La miró, soberbio □ ¿A caso crees que me había inventado todo eso ahí mismo?

—Sí, la verdad que sí. □ Aseveró.

—No, amor, ya eso está escrito.

—Vaya...

Karen, dejó la conversación ahí, dejándose llevar por la tranquilidad del momento.

—¿Quieres ver una película? preguntó Diego.

Karen, embozó una sonrisa traviesa, entendiendo a lo que eso quería aludir.

—¿Quieres ver una película ahora?

—Sí... sonrió Diego, con la misma intención traviesa de su esposa □ los niños están por dormirse, y la sala de cine está muy lejos de la habitación de Alfonso, así que □ levantó sus cejas proponiendo algo □ ¿por qué no?

—No sé... creo que deberíamos esperar un poco más.

—Podríamos preparar algo de comer mientras tanto. Tú sabes, para recordar el pasado.

—¿Un par de submarinos después del sexo? preguntó Karen, con una voz traviesa.

—Puede ser...

Ambos, sonrieron en complicidad, pensando en lo mismo, en lo que implicaba hacer eso, algo que se había convertido en un ritual desde la primera vez que tuvieron sexo juntos.

De repente, Karen se apartó de Diego y le dio una palmada en el hombro, reprendiéndolo por algo que había hecho.

—Ey ¿por qué me pegas? Exclamó, creyéndose inocente de los cargos.

—Por decirle a Ana que nos amamos con nuestros cuerpos. □ Masculló, como si estuviese molesta, entre dientes.

—Pero si eso fue lo que hicimos, no podía decirle que tuvimos sexo.

—Tiene diez años, Diego, ella ya puede pensar en eso. Hoy en día los niños están muy adelantados.

—Bueno, bueno, pero seguro no se dio cuenta. No te preocupes. □ se defendió □ además, no dije nada del otro mundo, solo mencioné lo que es verdad.

—¿Qué?

Diego, se acercó a ella, para hablarle al oído; le encantaba que le hicieran eso.

—Que de entre todas las formas que puedo amarte, esa es una de mis favoritas.

Karen sintió cómo una corriente le bajaba por la nuca y le recorría todo el cuerpo. Diego sabía que botón presionar y en qué momento hacerlo. Dejó escapar una risa culpable y nerviosa.

—Basta □ se apartó para ver a los lados, como si alguien la estuviese persiguiendo □ aquí no, que los niños pueden vernos.

—Pero □ Diego, volvió a insistirle, respirándole en el cuello.

Karen, decidida, se apartó lo suficiente para empujarlo.

—No □ vociferó □ aquí no □ dijo, amainando el ímpetu de sus palabras. □ Mejor seguimos con el plan.

Diego, se emocionó al entender sus palabras.

—¿Entonces si quieres ver una película? levantó la ceja derecha, con una mirada traviesa en los ojos.

—Claro que quiero ver una película □ respondió Karen, imitando el gesto de su esposo. □ Pero, quiero hacer algo.

—¿Hacer qué?

Karen se apartó y se dio la vuelta para ir por dónde venían.

—Ve a la cocina y prepara todo. Ya vengo. □ Dijo, acelerando el paso.

—¿Qué vas a hacer?

—Ya vas a ver □ exclamó, alejándose más y más.

Diego, no sabía lo que su esposa quería hacer, pero, no le dio importancia y acató su petición. Se fue hasta la cocina y sacó todo lo que habían sacado aquella noche de aquel jueves cualquiera. Preparó los submarinos, sacó las botanas y las gaseosas, las palomitas de maíz. Había preparado de forma diligente, todo lo que se necesitaba para recrear el momento. En ese instante, Karen apareció de nuevo.

—Toc-toc □ dijo Karen, asomándose en el umbral de la puerta de la cocina.

Diego, levantó la mirada del emparedado que estaba preparando y se encontró con su esposa, con el cabello suelto, y el mismo vestido con el que lo habían hecho aquella noche. De igual forma, no tenía nada debajo que cubriera sus pezones erguidos. Sus piernas se veían iguales que hace diez años. Karen se dio la vuelta, para que su esposo la apreciara mejor.

—¿Te gusta? preguntó con una voz traviesa.

—Claro que me gusta...

—Pues me parece bien, porque me estoy muriendo del frío. □ Dijo Karen, interrumpiendo su postura sensual.

Se acercó a él y levantó su rostro para darle un beso. En lo que lo hizo, Diego le apretó las nalgas con fuerza, deseándola, intentando hacerla sentir poseída.

—Ay, príncipe Diego. Si es atrevido □ dijo Karen, entrando en papel.

—Disculpe, señorita Karen, solo estaba intentando...

—¿Intentando qué? ¿Príncipe Diego?

—Pues □ La tomó por la cintura, la pegó a él y le apretó de nuevo las nalgas. □ hacerla mía, señorita Karen.

Karen y Diego estaban acostumbrados a revivir aquella escena de su vida cada vez que les venía en gana. El ver una película se había vuelto algo especial para los dos, el hacer sándwiches submarinos, compartir del tazón de palomitas de maíz.

De igual forma que hicieron aquel día, cogieron las cosas en una bandeja y las llevaron hasta la sala de cine privado que Diego había mandado a pedir.

—Oye, ¿y cómo te fue con tu hermano? ¿Qué dijo del regalo? No me dijiste. □ Preguntó Diego, de forma casual.

—Ah, eso. Sí. Fue bien. Compramos unas cosas para que acondicionara su casa que dentro de unos días se la llevarán. □ Le acercó la mano llena de palomitas de maíz a la boca para que las comiera.

—¿Qué compró? □ preguntó masticando.

—Unos muebles, □ se introdujo sus palomitas en la boca □ unos estantes para la cocina.

—¿Y del regalo? ¿Qué dijo del regalo?

—Pues, le encantó.

—Lo sabía. □ dijo con orgullo □ ¿Le dijiste que lo elegí yo?

—Sí, dijo que, de hecho, se notaba que lo habías elegido tú.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque las modificaciones que le hiciste a la carrocería eran obvias que no las había elegido yo.

—Bueno, pues si lo hace ver genial ¿por qué no podía hacerlo?

Karen, resoplo, asertiva y dándole la razón a su esposo.

—Sí. Lo importante es que ahora está disfrutando de su nuevo coche y su nueva casa.

—Entonces le gustó el regalo de bodas □ dijo, como si no hubiese escuchado lo que Karen le había dicho.

—Sí... vaciló □ ya es todo un adulto □ dijo mirando con nostalgia al techo como si se tratase del pasado.

—¿Crees que le vaya tan bien como a nosotros? preguntó, para luego abrir la boca pidiendo palomitas.

Karen se las llevó para que las comiera.

—Sí, yo creo que sí.

Karen y Diego siguieron caminando hasta llegar la sala de proyecciones y se fueron directo hasta la cama en la que habían dormido aquella noche que lo hicieron por primera vez. Los dos, se sentaron como si nada en ella, viendo a la enorme pantalla en frente suyo y eligiendo la película que verían esa vez.

Y, mientras se sentaba a su lado, preparándose para ver la película y decidiéndose qué hacer primero, los dos comenzaron a besarse, recordando, evocando aquel entonces en que sus vidas comenzaron a tener sentido la una con la otra; convirtiendo una sencilla historia de dos personas enamoradas, de una mujer sencilla y de un hombre agraciado, en algo mágico, en algo especial porque ambos estaban dispuestos a hacer de ello todo lo que querían en realidad.

Diego, la abrazo mientras la besaba, sin intención de poseerla, no apresurado, no inquieto. Ella, se dejó sentir por el hombre que había jurado amarla años atrás; pocos para ser mucho y muchos para no ser suficientes.

—Te amo, Karen Petrel. □ Le susurró al oído, mientras la abrazaba.

—Y yo a ti, mi príncipe.

Diego, se sentía a gusto con las palabras de su esposa, de su amante, del amor de su vida. Estaba a gusto con las decisiones que había tomado, y, por algún

motivo, hasta agradecía las cosas que había hecho Vanessa y que le obligaron a tomarlas.

Y retomaron sus besos.

Diego, comenzó a tocarla, a tratar de calarla en su tacto, se sentirla y apoderarse de ella. Karen, lo dejaba, haciendo lo mismo porque a pesar del tiempo que tenían durmiendo juntos, conviviendo en armonía, aun le parecía irreal todo lo que les estaba haciendo felices.

Diego le apretaba el pecho, la cintura, el rostro... cada parte de su cuerpo, convirtiéndola en una zona erógena por el simple hecho de tocarle, y lo conseguía, porque para Karen, todo lo que él hiciera con ella era un deleite.

Ni ella ni nadie iba a entender jamás lo que motivó a Vanessa a hacer lo que había hecho, tampoco se lo preguntaron y mucho menos le daban la importancia adecuada para poder mencionarlo o siquiera pensar en ello; pero, Karen Petrel, ahora Karen de D' la Vega, estaba segura de que no cometería tal estupidez porque no había nada en otro hombre que no pudiera conseguir en ese masajeaba su cuerpo.

Diego, apartó de nuevo la bandeja lejos de peligro porque luego de terminar con lo que estaban haciendo, verían la película desnudos y comerían de sus bocadillos nocturnos. Comenzaron a desnudarse para dejarse poseer el uno del otro; no estaban teniendo sexo, se amaban con sus cuerpos, tal cual él lo había dicho.

Suavemente se tocaban acariciando sus rostros, sintiéndose cerca. Karen dejó que Diego le introdujese su alma, su existencia misma, en la de ella. De nuevo, eran uno. Se movían suavemente, sincronizando su respiración, afianzando esa conexión que llevaban teniendo desde tantos años atrás.

Abrazados, intercambiando fluidos; besándose, tocándose. Lo hacían pausada y sensualmente

Karen se agitaba, respiraba, se retorció entre sus brazos, con sus caricias. Los dos, querían sentirse, en silencio, sin nada más. Ella sobre él, sentada, moviéndose a un compás que no era suyo sino de ambos, mientras que Diego se dejaba encantar por sus gemidos, por su aroma tan embriagante y necesario. Estaban acostumbrados el uno del otro de tal forma que lo que era considerado monótono par amucho, se había hecho espectacular para ellos.

Y así estuvieron, por varios minutos, deleitándose con el cuerpo del otro.

Hasta que, de repente, Karen aceleró le paso, yendo un poco más rápido, insistiendo en que estaba a punto de llegar. Y, luego de un suspiro de éxtasis, los dos se dejaron caer en las sabanas color vino tinto.

—Eres increíble □ dijo Diego, agitado, a pesar de no haberse movido casi nada.

—Tú eres increíble. □ Karen lo miró □ me encanta cuando me haces llegar así.

Acostados, Karen sobre él, dejando que el aire seicara su sudor.

—Entonces, ¿quedaste satisfecha? preguntó Diego.

—No sé.

—¿Cómo que no sabes? Diego levantó la cabeza para poder verla.

—Bueno, no es que no me haya gustado, pero, satisfecha, satisfecha □ hizo una pausa □ no creo que haya quedado.

Diego, se levantó, sacando su brazo de debajo de Karen y se sentó en la cama.

—¿Y tú? preguntó Karen, ignorando el hecho de que su esposo había cambiado de posición.

—Bueno... la verdad es que.

Karen, se levantó para verlo y saber por qué no le decía sus motivos.

—Woah, al parecer no estás listo entonces □ dijo, al ver que su hombre estaba todavía tenía energía.

—Sí, pero si tú estás satisfecha, entonces...

—Yo puedo aguantar un poco más.

—¿Y qué pasó con la película?

—Bueno, creo que puede esperar... Dijo Karen, embozando una sonrisa traviesa.

En su intimidad, las cosas eran diferentes. No eran el príncipe y la princesa del cuento de hadas que habían creado esa misma noche, pero, si eran dos personas que se amaban locamente. Ya no les importaba el pasado, ni el futuro, sólo el presente. Karen, estaba más que a gusto con su oficio, su familia y su esposo; Diego, tenía todo lo que alguna vez pudo querer o imaginar. Sus

vidas estaban resueltas y habían marcado un final de una historia que apenas estaba cruzando a la siguiente etapa.

Como un cuento de hadas, se podría decir que culminaron con un matrimonio que los llevó a una felicidad que duró tanto como sus vidas. Tal vez por el dinero, su forma de ser o el simple hecho de amarse. Aquel cuento que vivían, era más que eso. Si fue eterno, no lo supieron, si no era el correcto, no les importaba. Mientras se poseían mutuamente, de nuevo, en aquella sala de cine, a la luz de una inmensa pantalla, la verdad, nada les importaba.

En ese momento, podían decir que así terminó su historia; el final perfecto de algo que realmente, no estaba ni cerca de acabar.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

[— Comedia Erótica y Humor —](#)

[J * did@ - mente Erótica](#)

[BDSM : Belén , Dominación , Sumisión y Marcos el Millonario](#)

[— Romance Oscuro y Erótica —](#)

[La Celda de Cristal](#)

[Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso](#)

[— Romance Oscuro y Erótica —](#)

“*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para

que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y

todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.